

V.F.S.

10

S

1

G.F.S-14-

Teatro: G.F.S.

cuadernos, no. 14.

"El baserío" en Madrid.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

1
"La tración" 5 Noviembre 1926.

SALONCILLOS

La nueva obra de Guridi.

Desde hace ya varios días se ensaya activamente en la Zarzuela "El caserío", zarzuela en tres actos, libro de Romero y Fernández Shaw, y música del insigne maestro Guridi.

Posiblemente, "El caserío" se estrenará el próximo día 11 de noviembre; por lo pronto, el maestro Guridi ha salido ya de Bilbao para Madrid, con objeto de dirigir personalmente los postreros ensayos.

En la interpretación de "El caserío" toman parte Felisa Herrero, Matilde Martín, José Luis Lloret, Antonio Palacios y otros principales elementos de la compañía.

"El debate" 10 Noviembre 1926.

Jesús Guridi es, ante todo, un músico de verdad. En esta época en la que, por no ser menos que en otros países, los españoles nos vamos acostumbrando al bluff más desaprensivo, no deja de ser un orgullo para el crítico el empezar con semejante afirmación. Guridi, aunque establecido en Bilbao y considerado como bilbaíno, nació en Vitoria. Estudió en la *Schola Cantorum* de París y después en Bruselas con Jongen, el actual director del Conservatorio. Desde su vuelta a Bilbao, puede decirse que ha sido el niño mimado de la fortuna. Rodeado de un grupo de fervientes admiradores, ha visto resolverse a su paso las dificultades que embarazan el camino de la vida, tan duro y tan áspero para otros. No diré yo que no haya habido algo de acaparamiento egoísta en esta protección; quizás hubiéramos querido tenerle entre nosotros; pero, después de todo, ¿son tan amargos los primeros pasos de un artista! Creo que hizo bien.

Mi antigua amistad con Guridi me llevó a buscarle al teatro de la Zarzuela, en donde ensaya activamente su nueva obra *El caserío*. Quería yo conocer, en un rato de charla, sus ideas y sus opiniones sobre el estado actual de la música, sobre sus trabajos, sobre nuestros músicos. He aquí un resumen de lo que me ha dicho el ilustre compositor, con la sinceridad y simpatía que le caracteriza.

—¿...?

—El estado de la música en Bilbao progresa de día en día, desde la fundación de la Academia Vizcaína de Música. Posteriormente, se fundó el Conservatorio y, a todo esto, hay que añadir los conciertos de las sociedades Filarmónica y Coral, y los de la Orquesta Sinfónica, dirigida por Marsick, cuyo perfecto acoplamiento le permite interpretar obras importantes. Por mi parte, trabajo incesantemente pues, además de mi labor de compositor, soy director de la Sociedad Coral, profesor de Armonía y de Órgano en el Conservatorio y organista de la basílica de Santiago.

—¿...?

—El dar una opinión sobre la evolución de la música, no deja de ser complicado y resbaladizo. No soy extremista y, si bien Debussy me parece un gran músico, creo que debe considerársele como un caso aislado en la marcha evolutiva del arte. El ultratismo

musical reinante, tan poco sincero y tan desorientado, no es más que un afán de popularidad mezclado con un egoísmo puramente comercial. En la producción actual hay un excesivo abuso del color, y el color no es todo, ~~hace falta~~ algo más hondo para producir la emoción en el arte. Algunos autores dan la sensación de que quieren, simplemente, divertirse a costa de la ingenuidad del público. Admiro las buenas obras musicales, como «Muerte y Transfiguración», de Strauss e «El pájaro de fuego», de Stravinsky, que marcan el verdadero camino.

—¿...?

—Es posible que pueda parecer extraño; pero dado el estado actual de desorientación de la música, me ha parecido interesante hacer una obra lírica popular, de fácil realización y asequible para el público. El marqués de Bolarque me dijo que los señores Romero y Fernández Shaw tenían en proyecto una obra de ambiente vasco. La garantía de dos nombres prestigiosos en materias teatrales y el ambiente vasco, tan familiar a mi género de música, me hizo aceptar sin vacilar. El marqués de Bolarque sirvió de intermediario y de todo esto surgió *El caserío*, cuyos primeros borradores fueron trazados por los libretistas hace cinco años. Musicalmente, la obra contiene cantos populares vascos casi íntegros, retazos de otros y melodías originales moldeadas en fórmulas populares. Algunos temas recorren toda la obra, prestándole unidad, aunque en nada se parezcan al sistema wagneriano. La orquestación no es complicada; pero, dentro de la plantilla usual, he tratado de hacer un trabajo cuidado, dando a la paleta orquestal todo el color posible. Tanto mis colaboradores literarios como yo, hemos puesto toda nuestra voluntad y todo nuestro esfuerzo en *El caserío*, que ofrecemos al público madrileño. Me es muy grato hacer constar el interés que pone en la obra todo el personal del teatro de la Zarzuela, tanto el maestro Acevedo y la orquesta, como los cantantes y el coro.

—¿...?

—No quiero citar nombres, ante el temor de omitir alguno; pero el esfuerzo realizado por los músicos españoles en estos últimos años es admirable. Nuestra música ha entrado de lleno en el mercado internacional; creo, sin embargo, que aún le corresponde legítimamente mucho más.

Y aquí termina el ilustre Guridi sus manifestaciones. Hubiera querido preguntarle algunas cosas más, relativas a nuestro teatro lírico nacional y a su proyectada renovación; sin embargo, no me atreví a hacerlo, ante el temor de una indiscreción en cuestión tan difícil y resbaladiza, y, dejando al gran músico vasco y su amena y fácil charla, crucé los pasillos de la Zarzuela, en plena representación de *La bruja*, por los que pululaban los artistas, esperando el momento de salir al escenario para divertir a los demás. ¡Pintorescos pasillos los de un teatro y verdadero revoltijo de trajes y de épocas! Y, sin embargo, debajo de la carátula teatral se esconde todo un mundo, en nada desemejante al que en el gran teatro social, nos desenvolvemos todos, cual los muñecos de la farsa.

Joaquín TURINA

"El Sol". 11 Noviembre 1926.

UNA NUEVA OBRA DE JESUS GURIDI

"EL CASERIO"

Pasa sin transición el gran compositor vasco Jesús Guridi, desde la escena del teatro Real al de la Zarzuela. Después del éxito decisivo para su carrera y para su nombramiento, ese tránsito es la mejor prueba del criterio que acerca de lo que es la "zarzuela" española y de lo que debe ser sustentan los compositores españoles de primera categoría. No de otro modo puede restituirse este género lírico de tan rancia estirpe nacional al decoro de que siempre había ido acompañado, aun cuando buscarse para llegar a un público humilde, procedimientos de una modestia semejante. La necesidad de que nuestros compositores más eminentes cultiven esta parcela de la gran heredad artística que nos ha legado la historia se hace sentir tanto más vivamente cuanto con mayor generosidad corresponde nuestro suelo al interés que se pone en labrarle. Por inadmisibles paradojas, la "zarzuela", género inagotable en recursos, y el que mejor recompensa el trabajo que se le dedica, ha ido descendiendo a los más ínfimos conformes se mostraba más pródiga en resultados. Su vertiginosa caída experimentada en estos últimos años, iba acompañada de un industrialismo frenético que apartaba de la realidad de la escena a los compositores de valía en la misma medida que éstos se sentían cada vez más alejados de los procedimientos, de extrema ruindad, a que se sometía ese género, tan digno en otro tiempo aún no lejano.

Autores y empresarios, en colusión, eran los responsables a partes iguales. Y si hemos censurado el hecho, menos prudente, probablemente que mal intencionado, de que la actual temporada del teatro de la Zarzuela fuese precedida de unas declaraciones intempestivas, no hemos de asustarnos por la misma razón de justicia, el elogio que supone ese deseo de descubrir la escena lírica del cual es un gran paso el estreno de la nueva obra de Guridi.

Un buen músico y un buen teatro aparecen, pues, en este instante en colaboración para comenzar ese trabajo de restituir a la "zarzuela" a su tradicional prestigio. El hecho merece consignarse y aplaudirse, pero a condición de que no sea un hecho aislado, porque de otro modo será fácil llamarse a engaño y pensar que todos esos proyectos no son más que un disimulo y un vistoso telón que oculte la consabida tramoya.

Bien está este principio: por lo que a Guridi se refiere, en primer lugar, y después, por ser, simplemente un principio. Pero que no sea, a la vez, principio y fin. Las tablas de nuestros teatros líricos, y más cuanto más empingorotadas, están podridas a fuerza de buenas intenciones, de las que sólo se ve la cara de las muchas promesas y de las muchas palabras. Por nuestra admiración hacia el joven músico vasco deseamos que el estreno de esta tarde sea un éxito grandioso. Y, después, para que

ese éxito haga inexcusable, indispensable, el quedarse parados apenas comenzado el camino.

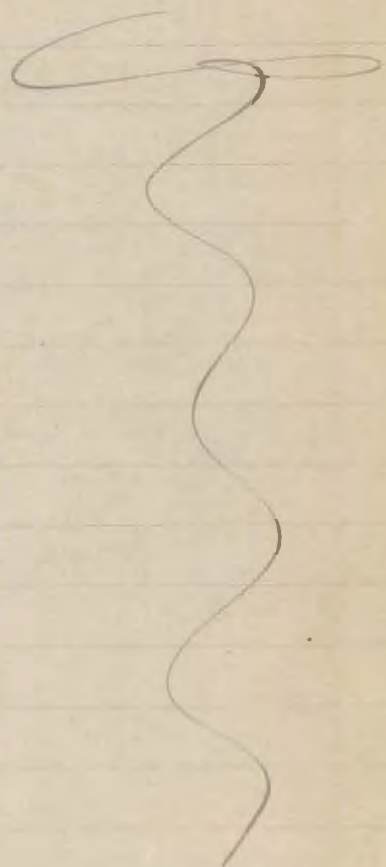
Jesús Guridi no necesita que se le presente al público madrileño, ni a ningún público español. Su renombre en nuestro país va vinculado a un concepto de dignidad y de alto decoro en su concepto del arte y a una imaginación fecunda a la par que fácil y asequible a todas las capacidades. Finalmente poético, su arte prefiere, casi siempre, la nota suave, placida, con un leve tinte nostálgico; pero sabe, cuando las circunstancias lo exigen, ser robusto y fuerte y en "Amaya" o en "Una aventura de Don Quijote" lo ha demostrado. Quizá el talento eminente en Guridi es su habilidad de paisajista musical. El paisaje campestre, el matiz que en él ponen las horas y el curso de las estaciones, es, para ese músico vasco, un inagotable reservorio de inspiración, de emociones cuya transcripción sonora no tiene necesidad de disimularse bajo alguno de los aspectos que imponen al arte las modas en la técnica o en los estilos de expresión. Guridi es tanto mejor músico y tanto más artista cuanto más llano y espontáneo es su discurso, y cuanto más cerca está su sentimiento del alma popular. Por eso "Mirentxu", es todavía, a pesar de ser una obra de juventud, la obra más "sustantiva" de Guridi, la más representativa de su talento y de su capacidad expresiva.

Al lado de esa linda ópera popular, sus obras corales le guardan, probablemente mejor que otra alguna, la recompensa de conservar su nombre en el porvenir. Si sus "poemas sinfónicos", en efecto, no fuesen—mera suposición—mas que amplias páginas destinadas a conquistarle un puesto notorio entre sus contemporáneos, sus obras corales conservarían vivo un nombre que aquellas otras obras, de más poderoso aliento, no habrían sabido, tal vez, mantener con la misma jugosidad y frescura de emoción.

La producción de Guridi es muy abundante, a pesar de su juventud (nacido en Vitoria en 1886): las dos óperas mencionadas, ambas representadas en Madrid, "Mirentxu", en este mismo teatro de la Zarzuela, en una feliz y muchas veces recordada campaña que inició Pablo Luna; "Amaya", hace tres años, en el teatro Real. De sus cuatro poemas sinfónicos, Madrid conoce la "Leyenda vasca" y "Una aventura de Don Quijote", premiado en un concurso del Círculo de Bellas Artes, y, últimamente, el Jurado de los Concursos Nacionales otorgó otra distinción a su poema "En un navío fenicio". Como compositor de piano, Guridi no ha sido más abundante que como compositor de música de órgano; pero en ambas actividades ha es-

crito páginas gustosas, así como algunas obrillas para canto y piano. Diez y ocho cantos a voces solas y los coros infantiles "Así cantan los chicos", estrenados por la Capilla Isidoriana en la Sociedad Nacional de Madrid, forman su repertorio coral, al que hay que añadir su fantasía "La saison de semilles", para canto y orquesta, y sus composiciones religiosas para voces y órgano. Algunas otras breves páginas para combinaciones instrumentales de cámara completan la producción de este artista, que formado bajo la dirección de D'Indy, en París, y Jongen, en Bruselas, ocupa un lugar tan distinguido entre nuestros actuales compositores.

El ensayo general de "El caserio" termina a las tres de la mañana. Esto nos impide, como era nuestro deseo, anticipar un resumen del argumento. Añadiremos solamente que la impresión producida en los numerosos asistentes a ese ensayo es el mejor síntoma del éxito que, sin duda, espera esta tarde a los autores de dicha obra.



ZARZUELA

Estreno de «El caserío», tres actos, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música de Jesús Guridi

En los carteles del teatro de la Zarzuela, y desde que se inició esta temporada, se leía invariablemente todos los días, y como contera del título, este otro calificativo «Teatro lírico nacional».

La gente, que miraba y remiraba los carteles, después de la lectura, volvía la cabeza y sonreía, desdeñosa, como diciendo:

—Déjense ustedes de párambas y demuestren la libertad de lo que dicen!

En la Zarzuela, pese a los buenos esfuerzos de conjuntar una compañía de artistas preeminentes, de dotar los espectáculos de una orquesta como nunca se escuchó en teatros de esta categoría; de servir la escena con todo detalle, y de ensayar a conciencia las obras que se ponían, la temporada iba de mal en peor.

Días de 400 y 500 pesetas en taquilla. Días que daba grima asomarse por la sala.

El defecto estaba en que la gente, harta del repertorio, no mostraba el menor interés por hacer comparaciones. Y como se creía que por algo se había organizado un espectáculo, por algo se le había ayudado, librándole de impuestos, eximiéndole de pago de local, de luz y de recargos en la fijación de los carteles, se esperaba el momento de conocer las producciones nuevas, producciones que nunca Huguini y eran las que forzosamente habían de demostrar la razón de que existiera un teatro lírico nacional.

Pero eso era ayer. Hoy, que amanece tan nuboso, tan frío y tan negro como el pasado, si el ambiente sigue irrespirable por muchas tristes causas que pesan sobre España, en el cielo del arte lírico de nuestro país brilla el sol, tan puro y tan radiante, como lució en sus mejores tiempos.

¡Ya hay teatro lírico nacional! Ya podemos decir a gritos, para que lo oigan los más sordos, que el esfuerzo no ha sido baldío y que en este año de gracia para la zarzuela española hemos tenido la buena suerte de conocer una obra que nos libra en mucho tiempo de la preocupación de creer que se había agotado para siempre nuestro venero lírico.

«El caserío» ha hecho este milagro. Tenemos una zarzuela española con todas las supremas virtudes del género.

Una zarzuela con música española. ¡Con qué alegría y con qué emoción escribimos estas palabras!

A un pobre visionario, a quien indudablemente le amargan los grandes aciertos y que, encaramado en el sillal de crítico, pretendía encontrar defectos en este momento musical, tuvo la mala suerte de padecerle ayer tarde cerca de mí.

El pobre visionario dialogaba con otro rebuscador de gazapos. Y ya en un dúo, ya en una marcha, ya en una romanza, se atrevía a decir ironía:

—¿Has visto? ¡Esto es un fragmento de «Bohemia»!

—¡Esto otro se ha cocido ya en «Tosca»!

¡Pobre doctorzuelo de ignorancias! Consumiéndose en su propia impotencia, no le faltó otra cosa que encontrar contactos con «El gato montés», pongamos como ópera malograda.

Porque Jesús Guridi, dueño de una cultura que ha sabido digerir, es un maestro que no tiene que ampararse en más recursos que los que le dieron los conocimientos de su ciencia de músico.

Juan Belmonte, conceptuado hoy como supremo genio de la torería, el primer día que se vistió el traje de lúces en Sevilla hizo la suerte a la verónica con la misma gracia, la misma justicia, la misma emoción y la misma novedad que ahora mismo la realiza.

Los reviseros praxeron encontrar en esto alguna imitación. Pero después de darle muchas

vueltas a la cosa, no daban con el precursor de Juan Belmonte en ese arte de la verónica.

Y Paco Gómez Hidalgo, que interegó al torero a los pocos días de su presentación en Sevilla, le abordó concretamente con esta frase:

—¿A qué torero se parece usted al dar las verónicas?

Y el diestro de Triana, contento, rápido y orgulloso:

—¡A Juan Belmonte!

¡Para qué quiere Jesús Guridi ampararse en los recursos y lúmas de otros músicos, cuando ha tenido la buena suerte de situarse de los cantos y letrillas de su tierra?

Jesús Guridi es un técnico formidable. Tiene lo mejor que puede tener—no me quiero cansar de decirlo—facultad constructiva.

Y, además, Guridi tiene fantasía rica, un oído portentoso y una caleridad en las concepciones verdaderamente asombrosa.

Guridi es creador, como lo ha sido Belmonte. Cada uno, maestro en su género.

Oyendo la partitura de «El caserío»—de menos a más, como se ve en todas las obras grandes—puede apreciarse la magna labor realizada por Guridi.

Después de «Doña Francisquita», y hasta no atravesaría a decir sin dafío para el reverendo Vives que en alguna ocasión hasta antes, no encuentro nada parecido en el teatro de estos últimos años.

Guridi ha compuesto música vasca en una obra vasca. La pureza de lo que escribió está en la forma tan maravillosa como suena la orquesta.

Un número y otro número, y todos, se parecen a lo que hemos escuchado en los labios de los aldeanos de aquella tierra norteña, tan asombrosamente rica en motivos líricos.

«El caserío» tendrá el más portentoso éxito, precisamente en las tierras donde más difícilmente podría tenerlo, que es donde está concebido el argumento.

Y desde aquel coro lento que se vislumbra en la lejantía, al tiempo de amparar, hasta el dño dramático con que se cierra la comedia, no hay una sola nota que no tenga su encule, ni un solo momento que no respire pleno alor y sabor a las regiones vascas.

Es un verdadero engarce de florituras la partitura de «El caserío».

El público, que escuchó con deleite—rara vez he visto seguir con más interés una ejecución musical—todos los momentos de «El caserío», se desbordó en entusiasmo en algunos números, como el dño de tener y tiple, el dúo cómico, el intermedio y las graciosas y ambientadas danzas del acto segundo.

No hay medio de precisar y concretar más, en este aspecto, cuando se escribe vertiginosamente a raíz del estreno.

Además que hay que hablar del libro, aun cuando no sea más que para decir que sin este libro era imposible, de todo punto imposible, que Guridi hubiera escrito tal partitura.

Para hacer «El caserío», los dos formidables autores de «Doña Francisquita» se han visto en la precisión de trasladarse a las Vascas, y sobre el terreno escribir lo que han escrito.

Si es verdad que hay premios en la Academia, y éstos se dan de verdad al mérito, que no vacilen en dárselo a Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

«El caserío» es la mejor zarzuela española, escrita y compuesta, que se la hecho hace más de veinte años.

¡Bárese bien, que hablo de zarzuela española!

Si «El caserío» no tuviera música, era igual. El público lo saboreaba con el mismo deleite.

Romero y Fernández Shaw, con extrema picardía, sabiendo por dónde andaban, han bas-

cada las situaciones musicales con una naturalidad y una sencillez que es el verdadero tesoro de esta comedia lírica. Respetemos el calificativo que ellos dan a su obra.

De cómo está hablada la obra, de la sobriedad que han puesto en los tipos, dice más el agrado del público, palmeando sin cesar en todo el momento.

En el reparto, y muy en primerísimo término, Antonio Palacios, el excelentísimo Antonio Palacios, que, hoy por hoy, es el primer tenor cómico—grande como una casa!—que tenemos en el teatro. A su admirable fino se debe que el público se entregara en los primeros momentos.

Y en orden de interpretación, consignemos como merece el acierto de Ramona Galindo, una Eustasia que nadie podrá mejorar por su sencillez, su gracia personalísima y la autoridad con que se mueve en escena.

Y seguido, seguido, Angel de León, primer actor de la Zarzuela por derecho propio, que hace de papelines tan contos como el de Manu, tipos de los que está pendiente todo el público.

Y ya en camino, elogiemus como merece la labor de la Pereira, de Adela Segura, de Pilar Cuevas, de Vicenta Carrasco, de Guillot y de Eduardo Hernández.

Todo esto en cuanto se refiere a los que hablaban, que ahora hay que decir, y sin titubeos, que en cuanto a los cantantes, Felisa Herrero, José Luis Lloret y Cayetano Penálver, la jornada de ayer tarde es una de las más brillantes que habrán registrado en el teatro.

A los tres les va el tipo como anillo al dedo. A los tres les va la obra, en sus recursos de cantantes, como muy pocas partituras.

Pero ¡si hasta nos gustó Penálver hablando! ¡El colmo!

Coros y orquesta, mejor que bien. Un portento de disciplina y de instinto en la ejecución.

El decorado, de Eloy Garay, lo mejor que se ha visto en Madrid en mucho tiempo.

El maestro Acevedo, desvaneciéndose de gusto. Y yo, echando el sombrero por los aires.

¡No era para menos!

ANTONIO DE LA VILLA

"ABC" 12 Noviembre 1926

Informaciones y Noticias Teatrales

En Madrid

«El caserío»

Ayer le fué rendido, en la Zarzuela, un cálido homenaje al maestro Guridi, autor de la partitura de «El caserío». Debemos felicitarnos de que un compositor de la artística talla de Guridi, con sus limpias armas y brillante ejecutoria, se haya decidido a colaborar activamente en este plausible renacimiento de la forma lírica nacional.

Guridi, bien orientado, con segura intuición, ha bebido en las claras linfas populares para dar a su obra el carácter, el ambiente y el tono adecuados a su expresión racial y melódica. Para ello, muy acertadamente, el autor de «La maya» ha buscado como motivo temático de la partitura un aire de zorricio, la divisa del pueblo vasco, y ha llevado a otros momentos musicales las rituales formas del «aurresku».

Guridi funde y armoniza en frondosa orquestación los temas vascos, con motivos y frases en los que destaca el autor de «Mirentxu» una gran delicadeza melódica, de lírica emoción. Tal, el hermoso dúo del primer acto, página en la que encontramos la manera cálida y romántica del gusto pucciniano. Guridi resuelve en esta obra con igual acierto lo sentimental y lo cómico, y junto al concertante del primer acto, la romanza de baritono y el tercero final, sobresalen como modelos de gracia y de factura, la canción del «trébole», las réplicas de los «versolari» y el «duetto» cómi-

co del último acto. Como pieza sinfónica, el interludio del segundo acto, inspirado en motivos populares, está logrado con traza de maestro.

Las más efusivas demostraciones de aplauso vascocastellano fueron repitiéndose durante la representación, y Guridi hubo de responder a ellas asomándose con frecuencia al escenario.

Y ante el merecido éxito que Guridi disfrutaba, y al que nos asociábamos, dedicábamos nosotros, desde lo más recóndito del corazón, un recuerdo a la memoria de Usandizaga, arrebatado a la vida en sus años mozos, cuando aquel su enorme temperamento dramático había dado ya tan óptimos frutos en «Mendi-Mendiyan», «Las golondrinas» y «La llama»...

El caserío, nombre evocador y patriarcal, austero lar del pueblo vasco, es, en la zarzuela de Romero, Fernández Shaw y Guridi, como una representación simbólica que da vida a sus escenas, unidas por una sencilla trama sentimental. Pero esta acción, en el libro de Romero y Fernández Shaw queda absorbida por la predominante pintura episódica y costumbrista, por el carácter y la feliz observación de los personajes, por la autenticidad de su expresión, por el arte, en suma, con que el ambiente vasco se ha reproducido de un modo tan pintoresco, que sólo en el ma'ogrado Aranz Castellanos puede encontrarse. Entendemos que éste es el mayor elogio que podemos hacer del libro. Con toda justicia, Romero y Fernández Shaw compartieron, con Guridi, la buena jornada.

El minucioso detalle colorista, les ha llevado, sin embargo, a dar a la obra excesivas proporciones. «Ya te quitaría yo», digamos, imitando la construcción gramatical

vascuence, aquella danza de "espata dantzari", o así; el mismo desfile procesional y otras cosas, para reducir a más discreta medida libro y música. Ello irá en beneficio de la obra.

En cuanto a la interpretación, los primeros lugares corresponden a Antonio Palacios, a la señora Galindo y a la señorita Pereyra. El primero tuvo un gran éxito personal. No es posible dar más acabada idea de aquel gracioso tipo, que Palacios ha entendido y compuesto de modo admirable. Lo mismo puede decirse de la señora Galindo y de la señorita Pereyra en la pavisosa "neskacha". Felisa Herrero, Peñalver y Lloret dieron pruebas de su buen estilo de cantantes, y el público tuvo para ellos el galardón de sus aplausos. Los Sres. Valle y León también se comportaron muy discretamente.

El escenógrafo Sr. Garay, con estilizado arte, ha compuesto el paisaje y los interiores vascos, dándoles su sobria entonación. No podemos decir lo mismo de los trajes, un poco fantaseados, sin duda atendiendo a la visualidad. Luis París, con su experta mano, puso muy bien la escena, y el maestro Acevedo, al frente de la orquesta, tan justamente celebrada, hizo una labor irrepachable.—*Floridor*.

"El Caserío" 12 - XI - 926.

CINES Y TEATROS

"El Caserío" de Guridi, Romero y Fernández Shaw, triunfó anoche rotundamente en la Zarzuela

No puede quejarse Guridi del público madrileño. He presenciado tres estrenos suyos y los tres han constituido grandes éxitos. El de *El Caserío* casi ha rayado en apoteosis; desde los primeros números de música se ha visto obligado Guridi a presentarse en el proscenio.

Indudablemente Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw son los ases de los libretistas. El libro de *El Caserío* es, quizá, de lo mejor que han hecho; muy interesante de acción, bonradísimo, mezclando las escenas humorísticas con las sentimentales, empleando un diálogo chispeante, sin chocarrerías ni frases de mal gusto, podría servir de modelo del género zarzuelístico.

La música sería, tal vez, motivo para servir de base a la tan decantada renovación. A decir verdad, la tal renovación no existe, ya que nada puede haber nuevo en este mundo; pero, al oírla, me ha hecho recordar los nombres de Barbieri, de Chapí y de Chueca. Los que hayan leído mis anteriores críticas recordarán que, al hablar de la renovación, he dicho que en mi opinión la zarzuela no debe remontarse jamás a la ópera, sino concretarse a la música popular. Guridi lo ha demostrado plenamente. En *El Caserío* vibra el alma vasca, sin patulancia, sin estridencias, con una técnica perfecta, pero tan suavemente empleada y tan sin complicaciones inútiles, que no se la ve. Ya es hora de destruir el consabido tópico de que, en cuanto el público no entiende jota

de lo que oye, cree que la obra tiene mucha técnica. Lo mismo que los tres maestros antes citados hicieron cantar el alma madrileña, así Guridi hace cantar el alma de su país, sin recurrir al fox-trot y al Charleston. Un dúo magnífico en el primer acto, una deliciosa canción del Trebole, un prelude fulminante para orquesta sola y una escena musical cómica inimitable forman el núcleo de la música en *El Caserío*. La orquestación está muy bien y lució todo lo que era de esperar, gracias a la labor de la orquesta y de Acevedo, que rayaron a gran altura.

De la interpretación hay que mencionar en primer lugar a Antonio Palacios. Ya he agotado hablando de él los adjetivos, y sólo diré que superó a los demás personajes que ha interpretado en otras obras. Digna compañera de él fue Flora Pereira. La escenita de la declaración es definitiva. En la parte seria todos cumplieron como buenos: Felisa Herrero en *Ana María*, Ramona Galindo en *Eustasia*, José Luis Lloret en el alcalde, Peñalver, Joaquín Valle, Ángel de León, en fin, todos. En el segundo acto se lució el cuerpo de baile, haciendo las chicas unos *espata-danzaris* verdaderamente deliciosos. La escena muy bien cuidada y precioso el decorado de Eloy Garay; la decoración del primer cuadro da el ambiente exacto del país vasco. Una gran tarde para los autores, para el público y también para el empresario.

Joaquín TURINA

DE LA VIDA TEATRAL

Estreno de "El caserío" en la Zarzuela

Inauguración de la sala de espectáculos del Círculo de Bellas Artes

La partitura

La fecha de la tarde de ayer señalará un avance glorioso, significativo, en la continuación de nuestro arte lírico nacional en su típica peculiaridad de la zarzuela y un punto de referencia histórica por la tradición cumplida con la virtualidad del arte que naturalmente abarca lo actual en su expresión realizada a través de maravillosa técnica.

La obra musical del insigne Jesús Guridi en *El caserío* me impresionó con esa satisfactoria sensación conforme a la idea de lo perfecto. No es ya el músico combinando un magistral desarrollo expuesto entre preciosas sonoridades variadas y descriptivas a voluntad, sino, con todo ello, el artista influido e influyente de todas las situaciones teatrales, atendiendo con sentimiento e ingenio a la diversidad escénica, de finísima gracia costumbrista, que le da ocasión a las clásicas danzas populares vascas, a la *spata dantza*, que él empleó primero que nadie; a los ritmos típicos de «zortzico» con cómica insinuación de supremo gusto; a expresivos diseños melódicos de irónica acentuación y a las más sutiles descripciones orquestales, que subrayan los momentos relevantes.

Detalladamente atiende con acierto singular lo fragmentario con preciso gesto musical, y admirablemente, con la distintiva cohesión del artista, lo enlaza en la unidad del todo al motivo único por el fundamental desarrollo temático, que parece motivado y vase diluyendo en sutilezas orquestales de sentido y altura, creadores de esa sólida orquestación de virtuosísimo no intencional, sí de alcance por el absoluto dominio y la propiedad en la expresión descriptiva.

De genealogía quizás germánica, idealista, con entrada en la emoción elevada al espíritu, Guridi no parece seguir la escuela francesa; su personalidad es trascendente, busca lo profundo, el último sentido, resumiendo en medio de observaciones superficiales que le facilitan la oculta significación. De su país vasco trae la nostálgica vaguedad melódica que nos emparenta con países nórdicos, y los giros rítmicos, exóticos, incluso en el resto de España, y el autor es de por sí soñador, de especial romanticismo, que se modifica sin perderse, rozando la vida con rara observación que le manifiesta totalmente.

En *El caserío* refleja Guridi todas estas sus características, destacándolas. Tenemos el momento de colorido impresionista de la profesión, que llega a la sacudida realista, evitando la brusquedad con la cual pudiero llegar a lo tosco, y después la *spata dantza*, de riqueza típica, deliciosamente realizada; las poéticas romanzas del barítono y del tenor; el dúo cómico de sabor vasco del último acto; cantado y expresado de modo insuperable por Flora Pereira y el incommensurable artista Antonio Palacios, que en acción vive las mismas partituras a su cargo, cantándolas dentro de su inimitable flexibilidad con completa sujeción a la música. El ambiente popular de la partitura se desprende con lo más distintivamente personal del autor.



EL MAESTRO GURIDI

Su orquesta, sin resultar fragmentaria, acierta a la cabal división adecuada de sus timbres, según conviene a lo descriptivo; su lirismo no descuida el realismo nunca, descendido de la pura estética, y, no obstante, dentro de la acción argumentada. El preludio del acto segundo es una página sinfónica bien enlazada y de valor aislado.

Excuso y prescindo de más detalles, ociosos cuando en la obra son todas positivas calidades de superioridad cumbre.

Todos los intérpretes fueron dignos de serlo, y en esto está su mejor elogio justo.

La orquesta, y a su frente Acevedo, merecen reverente homenaje por su actuación, dando sentido y relieve a los matices, vida sentida a los ritmos y al dinamismo impulsor de la creación imperecedera.

Felisa Herrero cantó divinamente, con seductoras inflexiones de purísimo timbre, y también Peñalver lució lo mejor de su arte, así como el barítono José Luis Lloret, que personificó con toda propiedad el personaje. Los coros, afinados, a tiempo, completamente encuadrados, y en este punto he de señalar la perfección con que las voces son tratadas.

Luis París merece igualmente muchos elogios por la acertada dirección escénica.

Martínez Penas, el ilustre empresario, ha recogido el fruto de su entusiasmo artístico. La obra de Guridi, por sí sola, justifica una Empresa y apunta una fijación en el curso de nuestro arte musical. — Carlos Boeh.

Los Sres. Fernández Shaw y Romero han tenido en *El caserío* uno de sus mayores aciertos.

En distintas ocasiones nos hemos pronunciado en contra de los libretos anodinos o arbitrarios supeditados; mejor dicho, sometidos al capricho del compositor. No se nos oculta que para el autor de zarzuela hay una dificultad enorme: el intérprete; pero esa dificultad pueden y deben vencerla los mismos autores.

Cuando el libretista, consciente de su labor, aquilatador de su parte, tan esencial como la del músico, no fíe enteramente el éxito a éste, sino que aspire a compatirle, no permitirá que con tal de que la obra pueda hacerla el *divo* que exige el compositor, *divo* que canta muy bien, pero que no declama, reduzca su intervención a los cantables y un desilvanado argumento condensado en seis escenas. En la zarzuela, en la clásica zarzuela española, tiene tanta o más importancia el recitado que el canto. Al aspirar a mejorarla, ya que en las partituras la presente generación pone un mayor empeño de perfección y se presenta en el teatro con un bagaje técnico con que no contaban los compositores del pasado siglo, el literato debe quedar en parangón, esforzándose en que el libro se salga de lo vulgar, lleve un ropaje literario que corresponda al alarde de cultura del musicógrafo, sin temor a que, como sucede en *El caserío*, haya momentos en que lide con la comedia. Otra cosa acabará por convertir la zarzuela en un género híbrido.

De la claudicación del libretista, ante el compositor es buena prueba que hoy en los teatros se habla de la obra de Vives, de la zarzuela de Luna, de Serrano (es un decir, porque, por desgracia, no se habla), de Guerrero, de Moreno Torroba, y para nada se menciona a los libretistas. Aquí mismo los señores Fernández Shaw y Romero, que tienen en su haber un libro de tanto fuste como «Doña Francisquita», consienten que se anuncie la zarzuela, alterando toda tradición, anteponiendo a sus nombres el del compositor.

Decíamos que la dificultad mayor que se opone al buen propósito del libretista es el intérprete, que debiera ser recusado con tanta autoridad por el músico como por el compositor, pues si sólo sabe cantar puede dedicarse a la ópera o al concierto, y si sólo es un discreto declamador, a la comedia. La tolerancia del libretista, en nuestro concepto, es afrentosa, pues supone claramente una desposesión del amor propio, del decoro literario, en aras del dinero que puede proporcionarle el triunfo personal del compositor.

Viene todo esto en elogio de los señores Fernández Shaw y Romero, elogio más sincero si se recuerda que en otra u otras ocasiones les hemos censurado por el general achaque. El libro de *El caserío*, dejando al colaborador lírico ancho campo de lucimiento, brindándole oportunas situaciones, tiene interés por sí mismo. Su guión sentimental está desarrollado digna y hábilmente al mismo tiempo, y la parte cómica justamente ponderada.

No es, ciertamente, la compañía de la Zarzuela, nos referimos a su conjunto, la que cuenta con mejores actores. Sin embargo, los buenos elementos han sido tan bien aprovechados y la fuerza del diálogo, cómico o dramático, es tanta, que hasta los *divos* son oídos con atención; y así, al elogiar a Flora Pereira, tan graciosa actriz, al valiosísimo tenor cómico Palacios, a León, a Guillot, a la señora Galindo, se puede citar también con encomio a la señorita Herrero, a Peñalver y a Lloré.

El caserío tiene además mucho color, no sólo para atender a los momentos musicales, sino en el detalle y en la frase.

Fernández Shaw y Romero pudieron oír los aplausos en el escenario sin cohibimientos, sino como premio legítimo a su labor, y si se retiraron hacia el fondo fué por loable modestia y por gentil homenaje al ilustre compositor que tan ruidosamente triunfaba.—A. F. L.

LOS TEATROS

EL ESTRENO DE AYER EN LA ZARZUELA

ZARZUELA.—«El caserío», comedia lírica en tres actos, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música de Jesús Guridi.

Los libretistas han situado la acción de su comedia en un caserío vasco imaginario. Así se hace constar en los programas. La precaución por esta vez peca de ociosa. Bastaron los breves compases del preludio, que enlazan con un coro interno, y las primeras palabras pronunciadas en el escenario para que advirtiéramos la condición social y la situación geográfica de los que ante nosotros iban a ofrecernos una anécdota de su vida oscura lejos de las grandes urbes.

Esta fidelidad en la pintura del ambiente y de los personajes se perfila y adquiere trazo más vigoroso a medida que la acción se encarrila, y libretistas y músicos rivalizan en el acierto, monopolizando por igual la atención de los espectadores, ganados por la sencillez, que no excluye la elocuencia y el arte, de los autores, cuya identificación pocas veces se había logrado más perfecta.

Así, el libro de la comedia—entendido, sobrio, bien proporcionado, de diálogo natural y siempre feliz y fiel con el ambiente y el lugar en que se sitúa la acción—como la música—el alma de Vizcaya, que canta en montes y valles, llevada al pentágono a través del temperamento de un gran artista vasco, que pone en la versión todo su espíritu selecto y la exaltación de su lirismo—, gustaron por igual, sin que la disparidad de criterios en conceder su favor a aquél o a ésta prueben otra cosa que esa admirable ponderación a que antes nos referíamos.

Del libro, aparte cuanto dejamos escrito, siguiendo mi costumbre de no referir lo que pasa en el escenario, poco nos queda por decir. Los autores de «La canción del olvido», de «Doña Francisquita», y de otros libros de zarzuelas y comedias líricas que les han conquistado rápida y justa reputación, pueden estar satisfechos de esta su última producción, que es no sólo la mejor de cuantas ha producido su feliz colaboración, sino acaso, y sin acaso, el mejor libro de zarzuela que hemos aplaudido en los escenarios madrileños en los últimos años.

No sólo han hecho una comedia bien dialogada, en que la acción se dispone discretamente para graduar el interés sin desvirtuar un solo momento la acertada reproducción de tipos y costumbres, sino que a lo largo de la trama dispusieron temas propios a la inspiración del compositor, sin forzar las situaciones, y lo que es mejor aún, haciéndolas llegar lógicamente. Un acierto rotundo.

La música de Guridi, el joven compositor vasco, el autor de «Amaya» y tantos poemas sinfónicos celebrados por la crítica y el público, y que le han creado una personalidad relevante, era esperada con verdadera

El público de los estrenos, público «suí género», que pocas veces se apasiona hasta inquirir referencias de ensayos, acudió ayer puntualmente a la Zarzuela, que a las cinco de la tarde ofrecía un aspecto deslumbrador. Breve el preludio, enlazado con una canción interior a telón levantado, y que finaliza con el coro en escena; página musical de carácter popular vasco, perfectamente definido, proporcionó los primeros aplausos nutridos al maestro, que venía con su ternura y su inspiración a reforzar los campeones de nuestra zarzuela.

Poco después una ovación clamorosa cerraba el dúo de tiple y tenor, dúo de amplias proporciones, de elocuente frase y de giros elegantes, que sería una de las más hermosas páginas de la partitura si no nos pareciese un poco ampuloso y el único momento en que el músico no se compenetra con los libretistas, dando a sus notas una importancia que no está justificada en el tema sometido a su inspiración.

Pero como la página es bella, el público en masa reclamó la presencia en escena de Guridi, al que se le hizo una cariñosísima ovación.

A partir de este momento la identificación de libretistas y músicos es perfecta.

La canción del trébol, cuarteto de fina comicidad y línea elegante, fué repetida por aclamación. Se aplaudió muchísimo una romanza de barítono, y con igual fervor fué acogido el número final del acto, de amplias proporciones, con acusada intervención del coro; números en los cuales la musa del compositor se muestra más ágil y briosa y adquiere carácter poemático.

El telón se levantó muchas veces. Los espectadores unieron en el aplauso a los autores, sin destacar a los intérpretes, porque todos, desde la figura más importante hasta el más modesto corista, habían hecho el acto con una viveza y una sobriedad tan entonadas, que en más de un momento nos creímos transportados a una típica romería vizcaína.

Guridi vuela por su cuenta, libre de trabas, en el preludio del segundo acto. Es ahora cuando quiere que su música nos haga evocar las escenas idílicas a que antes asistimos; pero el compositor de amplios horizontes, el de los poemas sinfónicos y orquestación exuberante, se domina para mantenerse fiel a la sencillez de la acción, al lirismo de la comedia y al ambiente patriarcal y de primitiva inocencia del «jébo» en su caserío.

La orquestación de esta página, como en todas las que hemos escuchado y las que luego aplaudimos, responde a una técnica sencilla, limpia, transparente, aunque el compositor, maestro en el arte de instrumentar, hace gala de su dominio en el empleo frecuente del contrapunto, que añade un nuevo encanto a sus páginas, rebosantes de pasión y co-

lorido. Fué repetida y Guridi llamado al proscenio repetidamente.

Un número cómico sobriamente tratado prepara a los oyentes para la romanza del tenor, delicada página, acaso la sobresaliente de la partitura, y tras ella llegan otros números, tales como el de la procesión con charanga en escena, de gran sabor religioso; la danza de los espatañanzaris, repetida por aclamación; el dúo de barítono y tiple, de elegante línea melódica y limpio de efectismos, lo que no fué óbice para el aplauso entusiasta, y la fiesta de los versolaris, con cuyo número finaliza el segundo acto, desbordándose el entusiasmo del público.

El tercer acto es el más breve. Los anteriores duran más de la hora. Comienza con un coro, en el que hay intercalada una ballada de la tiple; sigue con un duetino de factura graciosa, que dijeron y accionaron deliciosamente la Pereira y Palacios, y repitieron con mayor éxito aún, y termina con un dúo de tenor y barítono, que finaliza con una breve intervención de la tiple y el coro.

No disminuyeron los entusiasmos del público, que se mantuvo en sus localidades, a pesar de que llevaba cuatro horas en el teatro, para hacer salir una y otra vez a autores e intérpretes.

✱

Ramona Galindo y Antonio Palacios, Palacios y la Galindo, y Flora Pereira y Angel de León merecen que sus nombres sean destacados en estas líneas, como el público lo significó constantemente con sus aplausos: Palacios, la Galindo, la Pereira y León pueden envejecer de su triunfo, que señala para los cuatro una efemérides inolvidable.

Felisa Herrero, la notable tiple, estuvo muy bien; Peñañver, el aneñado tenor de deliciosa media voz, estuvo muy bien; José Luis Lloret, el joven barítono, tan entusiasta por su profesión, estuvo muy bien; pero, a nuestro modesto juicio, faltó a los tres ese «quid divinum» que se llama inspiración.

Carrasco, Guillot y Valle, actor seguramente gracioso, que decluce su trabajo por su exagerada imitación de otro actor que no nos parece el mejor modelo, contribuyeron al excelente conjunto que obtuvo «El caserío».

El decorado, del pintor vasco Emilio Garay, inmejorable de fidelidad y de gusto. El vestuario, entonadísimo. Se advierte la cuidadosa dirección escénica de Luis París. Ya hemos celebrado los coros como «artistas». Hagámoslo ahora como cantantes.

La orquesta, admirable. Llevó la batuta Acevedo, que disfrutó de los honores del proscenio en todos los actos.

J. LARIOS DE MEDRANO

EN LA ZARZUELA

Estreno de "El caserío", de Guridi, Fernández Shaw y Romero

En el instante de comenzar esta reseña un compañero de Redacción me trae la noticia de la muerte de D. Juan Carlos de Cortázar: un guía espiritual inapreciable para Guridi; para mí, un amigo entrañable a quien debo mi iniciación en estas lides críticas, que tan difíciles son de continuar en ese tono inflexible de seriedad y de honrada convicción, que fueron normas de la conducta de Juan Carlos de Cortázar. La vida musical de Bilbao, la altura que hace algunos años había alcanzado, y que era la más intensa de la Península, eran obra suya. Una enfermedad incurable, prodigiosamente lenta, le había ido royendo poco a poco sus energías, pero no sus convicciones. Muchos años hace ya, cuando siendo yo aún niño me recomendaba continuar en Madrid la honrada tarea suya en la "Revista Musical de Bilbao", de la que era fundador, y que acababa de trasladar a Madrid, encomendándola en manos de Augusto Barrado. ¿Por qué no sigue hoy aquella obra buena y leal? Quizá es menos fácil hacerlo así en Madrid que en Bilbao; pero cuando yo pasé a estas columnas, en cuyo lema se lee una profesión de fe análoga; fe que yo he guardado hasta hoy y guardaré en todo caso, Cortázar me escribía diciéndome que estaba contento porque su esfuerzo no había sido inútil. El fué, en muchos casos difíciles, quien me alentaba y me sostenía, aun, seguramente, en contra de Bilbao y de España entera.

Y la muerte de Juan Carlos coincide con el momento en que Guridi, su esperanza y su gran ilusión, viene a Madrid a revivir los laureles que había ganado en el memorable estreno de "Amaya". ¡No podré escribir ya a Cortázar, "en secreto", ni "decirle al oído" mi confesión más íntima!

No debo, pues, en honor suyo, sino escribir, una vez más, mi opinión sincera, sin ambages ni dislingos. Es, felizmente, fácil el caso, porque el nuevo intento de Guridi le honra, y porque el éxito obtenido ha recompensado como merece un esfuerzo como el suyo.

Como el de todos. Música y libretistas han realizado el intento heroico de restaurar el viejo arte nacional de la zarzuela. Es éste un tema que cae frecuentemente bajo todas las plumas críticas, y que es tema general de conversación en corrillos críticos y teatrales. De los dos aspectos que el problema presenta, a saber: renovar o reproducir el viejo género prestigioso, el intento ayer realizado pertenece al segundo de esos aspectos. Si hoy viéramos en aquellos años heroicos del 98 y sus alrededores, Guillermo Fernández Shaw y Federico Romero se habrían visto tratados en un pie de igualdad por aquel otro Fernández Shaw, orgulloso de su hijo, o Ventura de la Vega, Ramos Carrión, Estremera, Miguel Echegaray, Jackson Veyán, Sinesio Delgado... No continuemos.

El libro de "El caserío" tenía un pie forzado que esos autores han resuelto con una habilidad maestra: el manejo del tópico vasco, necesario para dar idea del color local a un público madrileño, un público no regional. Cuatro horas en ese plan, y que se soporten con interés y sin cansancio, dicen mucho en ese sen-

siste en el empleo casi constante de la nota cómica, y en la sobriedad de los momentos dramáticos, porque lo sentimental en concordancia vizcaína apenas tiene agüante. Por la misma razón, los personajes cómicos de esta zarzuela superan a los líricos, y esto ocurre tanto en las tablas como en la orquesta.

Estos tipos teatrales, que han de ser asequibles para todos los talentos y las capacidades de todos los intérpretes, son un poco como los figurines de guardarropa, que resultan tanto mejor cortados cuanto que la persona que los viste "cae" mejor al figurín. En la interpretación de ayer un actor destacó sobremanera: el señor Palacios, en el papel de Chomín, que, por lo anteriormente dicho, resalta el personaje más vivo y mejor trazado de la obra, el único, además, que reproduce con exactitud tipo y acento.

"Arrancado de la realidad", como se diría en el lenguaje de los entusiastas de este género. Y así es también la música de Guridi, "arrancada de la realidad". De dos realidades, mejor dicho; una: la realidad de la realidad, cuando se trata de reproducir escenas populares. Otra: realidad de la escena, cuando se trata de momentos patéticos. Quiero decir que hay aquí un doble "verismo": uno, el verismo lírico-italiano que se desliza furtivamente, pero irremisiblemente, en cada dúo o romanza sentimental, y otro, el naturalismo del canto y danza populares, presentados "tal cual son", sin alifio ni preocupaciones estilísticas.

Esta dualidad es la característica principal de la obra y su principal defecto: que lo popular no empapa la savia lírica y que ambos elementos se juxtaponen sin penetrarse. Por eso si la lírica tiene un antecedente demasiado directo, lo popular trasciende demasiado a antología. Claro que Guridi no necesita para nada el recurrir a las antologías, porque él es ya una antología viviente; pero aun siendo otro el caso, la diferencia no habría sido sensible.

El comienzo del primer acto es, quizá, lo más "guridiano" de la obra: una pintura llena de calma y sentimiento campestre, en la que colabora el pintor (no es paradoja), y hasta le añade aquella nota sensible de la casita lejana, echando humo "y todo". No es de extrañar que Guridi haya manejado las voces de un modo excelente. El coro "planísimo" del comienzo es un acierto, tanto como el coro a "boca cerrada", repetición del que acabó de tener lugar en la escena. La primera romanza del barítono, recordada después en el acto tercero, fué dicha con un gran sentimiento y convicción por el señor Lloret. Antes, la del tenor y un dúo con la tiple fueron ya un buen principio desde el punto de vista de la psicología popular.

El cuarteto cómico de este acto (que fué repetido) y la escena de los "versolaris", en el acto siguiente, cuentan, entre los trozos más agradables, de fácil comicidad, de fiel transcripción de lo popular, uno y otro muy festejados y, por lo tanto, repetidos. Añádase a ese grupo las seguidillas,

que no podían faltar, en un dúo entre el tenor cómico y la tiple ingenua, trozo de rancia estirpe y de inmarcable efecto.

Los libretistas se desviven por servir ocasiones de lucimiento al compositor. Si el universal golpe a la procesión no falta, tampoco podía estar ausente el número de los "espatañtarios" en una co-

media musical de ambiente vasco. Guridi, que ya había hecho un alarde en "Amaya", no podía repetirse, ni en su discreción podía permitirse el recargar la mano en fáciles efectismos. Se limita a una reproducción muy aproximada de procesiones, charangas y "chistularis" sin, por lo demás, acentuar lo descriptivo, que hubiera sido fácil, y de lo que huye, asimismo, en el número del acordeón.

El acto termina recordando el preludio que le da comienzo y que produjo una sensación profunda en el auditorio, con su repetición correspondiente. Un dúo entre la tiple y el barítono; otro entre ella y el tenor son el núcleo lírico del acto, donde se repiten las características enunciadas, así como en el del acto tercero entre el barítono y el tenor, que termina en un terceto entre ambos y la tiple, acaso el trozo de más empeño de la obra y el más hondamente sentido por el músico. El coro del primer acto vuelve a presentarse y la obra se termina con el "todos felices" de rigor.

La orquesta de Guridi es amplia y robusta, como no es novedad en este músico tan bien enterado de su oficio, y los coros están tratados de un modo excelente, cosa aún menos nueva en quien dirige y mantiene en fervor la Sociedad Coral de Bilbao.

La interpretación fué digna de encomio por el entusiasmo y convicción de los intérpretes. Tanto la tiple, señorita Herrero, como la señora Gallindo y la señorita Pereira, el tenor Sr. Peñalver, el mencionado Sr. Palacios, tan excelente actor como buen cantante—voz clara, tersa, bien timbrada la suya— y el barítono José Luis Lloret, pusieron todo su talento y un gran cariño en sus papeles respectivos, lo cual, añadido a la buena actuación de los coros y ¡oh manes de los abuelitos del género! el lindo plantel de bailarinas, dió por resultado una interpretación notabilísima. Que no lo hubiese sido tanto sin la labor tan eficaz y peritísima del maestro Acero, director de la orquesta.

Todos: autores, directores de orquesta y escena, pintores y demás colaboradores, salieron a recibir los aplausos enardecidos de un público que se sintió remozado en treinta años.

S.

ESTRENO DE "EL CASERÍO"

Grandioso triunfo del maestro Jesús Guridi

Renacimiento del arte lírico.

Modestamente, cual corresponde a quienes, como nosotros, nunca tuvimos afanes de actuar como críticos, sino que hemos procedido y procedemos como simples gacetilleros de los acontecimientos teatrales en el deseo de cumplir un deber informativo que se debe a los lectores, vamos a dar cuenta de lo ocurrido ayer tarde en la Zarzuela con ocasión del estreno de «El caserío», comedia lírica, cuyo libro es de los señores Romero y Fernández Shaw, y a la que ha puesto música el maestro Guridi.

Motivo de preocupación profunda es para quienes están obligados a ello, por diversas causas, el renacimiento del arte lírico en nuestro país, que recibió de nuestros antepasados un ilustre legado que en estos últimos años se iba consumiendo lentamente por culpas que no es éste momento de enjuiciar. Con tal propósito, se organizó esta temporada, en el teatro de la Zarzuela, una campaña, bajo el título de «Teatro lírico nacional», y con auxilios del Estado. Más de un mes lleva actuando esta noble iniciativa, sin que, aparte de la reposición de algunas obras de repertorio de lo que pudiéramos llamar ya clásico en este respecto, se hubiera hecho nada en el sentido de dar vigoroso impulso a aquel propósito loable.

Ayer tarde hemos podido apreciar que comienza cumplirse lo que la Empresa de la Zarzuela prometiera, al mismo tiempo que nos satisface consignar como cronistas de lo ocurrido que en el público existe fervoroso anhelo del expresado renacimiento musical español.

El teatro de la calle de Jovellanos, con un lleno tremendo, evidenció que ansía el resurgimiento lírico nacional, y espontánea y calurosamente dió su voto en pro. Tal vez, lo más significativo, entre lo mucho bueno que ayer ocurrió, sea la cordial adhesión del público a estos fines de elevación artística.

Con efecto; ayer se ha producido en la escena española un acto verdadero que honra a los que a él han contribuido, cada uno desde su diferente puesto. «El caserío» es obra perfectamente nacional; libretistas y músico trabajaron dentro del papel que les correspondía. Han estado verdaderamente afortunados, y con ello han ganado considerablemente el arte. Hacemos fervientes votos por que el acto inicial de ayer tenga muy pronto sus sucesivos, pues lo peor, quizá, que podría ocurrir, dado el entusiasmo que hay, es que todo quedase en eso.

El libro de «El caserío».

Don Federico Romero y don Guillermo Fernández Shaw tienen ya conquistado legítimo prestigio como libretistas, demostrando su exquisito gusto, su sólida cultura literaria y su maestría en confeccionar escenas dentro de la más rigurosa y ensamblada mecánica teatral.

En el caso de ahora han demostrado nuevamente que conocen a la perfección su oficio, y han elaborado la verdadera comedia lírica, que era lo que se solicitaba de ellos, para dar ocasión a que el músico tuviera el de-

bido cañamazo sobre el que su inspiración pudiera bordar los deliciosos encajes de su técnica y de su sabiduría en medio del ambiente local en que se sitúa la acción del libreto.

Y los señores Fernández Shaw y Romero han bosquejado tres magníficas estampas, llenas de color, de pleno y acertado ambiente vasco, con deliciosos aciertos plásticos para que el maestro Guridi pudiera realizar su propósito.

Indudablemente, los libretistas han acertado; no cabe duda de que «El caserío» llena los fines propuestos, dando magníficas ocasiones a que el músico llenara su cometido. Y éste, que tenía ya una relevante personalidad en la música de nuestro país, no cabe duda que ha sabido aprovechar el material que los autores del libro pusieron a su disposición.

La personalidad de Guridi.

Es Jesús Guridi uno de los más jóvenes músicos de primera línea que tiene España. Nació en Vitoria en 25 de septiembre de 1886, y tiene ya una destacada personalidad entre los músicos nuestros que forman la escuela moderna. Hijo de una familia de músicos, reveló desde muy joven sus inclinaciones, y en 1903 marchó a París a completar sus estudios; después de dos años de permanencia en la capital de Francia, donde estudió dos años bajo la dirección de autoridad tan eminente y moderna como Vincent D'Yndy, marchó a Bruselas, donde permaneció otros dos años, al lado de los grandes maestros belgas, y en 1907 regresó a Bilbao, dándose a conocer al público con un concierto de obras exclusivamente suyas. En 1908 marchó a Colonia, donde amplió su cultura musical, regresando de nuevo a Bilbao, en donde todavía reside.

En Vizcaya es director de la Sociedad Coral, y ha ocupado los cargos de organista de los Santos Juanes y de la basílica de Santiago. En 1913 ingresó en la Academia de San Fernando.

Es, por tanto, a pesar de su juventud, una de las más notables personalidades musicales de nuestros días, por sus conocimientos técnicos, por su cultura. Desde el punto de vista de la doctrina puede compararse con Pedrell y Giné, y como conocedor de nuestro folklore, puede equipararse a Albéniz, ya que Guridi conoce mejor que nadie las canciones populares vascas, que ha sabido armonizar con ciencia y serenidad extraordinarias.

Su labor es copiosa: para el teatro ha escrito dos hermosas óperas: «Amaya» y «Mirentxu»; tiene cuatro poemas sinfónicos, obras de piano, varias misas y números de música religiosa y numerosos cantos a voces solas para orfeón.

Sus composiciones corales son famosas, y algunas de ellas hemos oído al Orfeón Vasco y a la Masa Coral de Madrid, que las tiene en su repertorio. Las obras «Así cantan los chicos», la «Canción del manzano» y otras muchas, cuyos títulos no recordamos en este momento, han producido siempre excelente impresión.

Porque Guridi es tanto mejor músico y artista cuanto más cerca está del alma popular.

La partitura de «El caserío».

Por eso, el maestro Guridi, al escribir la partitura de esta comedia lírica, estaba en su pleno elemento emotivo. Obra popular y de costumbres vascas; los dos elementos fundamentales para la inspiración de este notable músico. Y así ha resultado.

Digamos que la representación, que comenzó a las cinco en punto, terminó a las nueve de la noche. Debido a esta circunstancia, sólo se repitieron algunos números, los más breves, aunque no los mejores, pues el público se cansó de aplaudir colurosamente toda la partitura, que es muy abundante.

El primer acto comienza con un preludio a telón levantado, con coros lejanos que da plena sensación del ambiente; después hay un dúo de tiple y tenor, que es una maravilla de inspiración; luego, un cuarteto de gran efecto cómico, repetido en medio de estruendosas ovaciones; la romanza de barítono al caserío, el dúo de barítono y tiple y el concertante final con los coros que se alejan, número que produjo gran sensación.

El segundo acto, pleno de color, tiene un preludio a base de chistu y tamboril, que hubo que repetir; después una romanza de tenor, la procesión, el baile de los espatadanzaris, el coro de los pelotaris, el número de los versolaris, que produjo inmenso entusiasmo y hubo que repetirlo también, y, para terminar, el dúo y concertante sobre motivos del aurreku.

Al terminar el acto segundo se produjo en la sala tan inmensa ovación, que duró varios minutos y se levantó la cortina numerosas veces; terminada esta ovación y bajado el telón, los numerosos artistas que estaban en escena iniciaron nuevos aplausos al maestro Guridi dentro del escenario; pero el estruendo de esta manifestación se oyó desde la sala, y el público en general se adhirió a ello, obligando nuevamente a levantar la cortina.

El tercer acto tiene un precioso coro desgranando las mazorcas del maíz; luego hay un dúo precioso de la tiple cómica y el tenor cómico, que se repitió también, y, por último, está el número final, que comienza en romanza de barítono, continúa en dúo de barítono y tenor, sigue con intervención también de la tiple y termina en concertante sobre motivos populares, que canta el coro. En nuestra opinión, este número final es el más grandioso e inspirado de esta admirable obra.

Ni un solo momento en tan profusa partitura se sale el músico del ambiente vasco, desarrollando con gran acierto numerosos temas populares.

Fué terminantemente un triunfo, en toda la línea, colosal, porque junto a la sabiduría del maestro, al lado de la técnica musical, manifestada en una orquestación exquisita, de sonoridades apacibles, tranquilas, delicadas o llenas de vigor, según los matices del sentimiento que trataban de expresar, hallamos elevada inspiración que nos gana el alma y nos atrae con ese sublime arrobamiento propio del arte puro, legítimo.

La interpretación.

Todos pusieron el alma entera para salir airoso en la jornada, que bien puede calificarse de histórica para el arte lírico nacional. Pero en justicia debemos establecer clasificaciones.

En primer lugar debe colocarse al maestro Acevedo, que se portó admirablemente al frente de los excelentes profesores de la orquesta.

Después, consignemos los nombres de Felisa Herrero, excelente cantante; Flora Pereira y Antonio Palacios, soberbios actores cómicos, que hicieron las delicias con verdadero arte, sin recurrir a chabacanías; Ramona Galindo, brava e inteligente en un difícil papel; y los señores Lloret, Penálder y De León, Carrasco, Valle y

También los coros merecen un aplauso.

Las tres decoraciones, pintadas por Eloy Garay, muy bonitas y apropiadas.

El público salió emocionado de entusiasmo y cansado de rendir merecidos aplausos a todos.

Hagamos votos por que la jornada de ayer tenga pronto otra parecida, en bien del arte lírico nacional.—Núñez.

Hablando con los autores.

De nuestro querido colega «El Liberal», de Bilbao, tomamos la siguiente información que desde Madrid le ha enviado su redactor don Joaquín Rubio:

«Cumpliendo el encargo que teníamos, fuimos hoy en busca del maestro Guridi. Nos encaminamos a su residencia. Precisamente en la escalera nos encontramos con él, cuando se dirigía, presurosamente, al teatro, y no teniendo tiempo para más, limitó a saludarnos, citándonos para las cinco de la tarde, en el teatro.

Acudimos puntualmente a la cita, y el maestro Guridi, amabilísima y afectuosamente, nos presentó a sus colaboradores, señores Romero y Fernández Shaw, quienes se pusieron incondicionalmente a nuestra disposición. En aquel momento se estaba terminando el ensayo de una escena. Cuando se hubo concluido aprovechamos unos momentos de descanso para hablar un poco de «El caserío». El señor Fernández Shaw se expresó en estas o parecidas palabras:

—Hace ya bastante tiempo, más de dos años, mi compañero y colaborador, Romero, y yo ideamos planear un argumento basado en el amor de un hombre a la tierra y a la casa que le legaron sus padres y antepasados. Para desarrollar ese argumento era necesario escoger un país apropiado, en donde con mayor fuerza se siente este amor a la tierra y a la casa, y pensamos que no había en España más que dos regiones que reunieran esas cualidades: las Vascongadas y Cataluña.

Guardamos el argumento y no volvimos a pensar más en él; pero llegó un día, hallándonos en un puerto del Norte, en que un gran amigo nuestro, el marqués de Bolarque, nos preguntó si teníamos proyectada alguna obra a la que pudiera ponerle música el maestro Guridi.

—En efecto—le replicamos—; tenemos planeado un argumento cuya acción puede desarrollarse en el país vascongado. Sería para nosotros un gran honor que el maestro Guridi fuera nuestro colaborador.

Sirviéndonos de intermediario el marqués de Bolarque, y puestos al habla con el maestro Guridi, quedó convenida la colaboración en la proyectada obra «El caserío». Nos pusimos a trabajar, y el verano del año anterior mi compañero Romero y yo nos instalamos en Castillo de Elejabeitia, pintoresco pueblo del valle de Arratia. Durante todo el verano recorrimos los pueblitos de aquella comarca y visitamos caseríos, chacolles y demás puntos de reunión, con objeto de es-

tudiar tipos y presenciar escenas de la vida real del país vascongado para trasladarlas a nuestra obra «El caserío». Terminó el verano, y en poco tiempo hicimos la obra, entregándosela al maestro Guridi, quien durante el invierno compuso casi toda la partitura, y el verano último la instrumentó.

El empresario de la Zarzuela nos pidió una obra, le entregamos «El caserío» y nos la puso en el segundo lugar de las que habían de estrenarse en la temporada. Ya estamos ensayando, y el jueves será estrenada.

He aquí cómo nació «El caserío» y cuanto ha ocurrido hasta su estreno.

—¿Quiere usted darnos una impresión de la obra?—preguntamos al señor Fernández Shaw?

—Con mucho gusto—respondió; pero la impresión que le dé no ha de referirse, naturalmente, al libro. Ello constituiría una pedantería, por lo cual me limitaré a hablarle de la música.

No he de hacerle la biografía del maestro Guridi. Es sobradamente conocida su personalidad y competencia musical. Refiriéndome a «El caserío», sólo puedo decir que la partitura de Guridi es, a juicio nuestro, admirable. En ella sobresalen dos características que aseguran el triunfo: la sencillez y la naturalidad. Es una música sencilla, que escucharán con deleite hasta los más profanos, y una feliz expresión de cuanto nos hemos propuesto desarrollar en el libro. Si unimos a estas dos bellas cualidades la técnica admirable, bien demostrada por Guridi, puede usted decir cuál será la impresión que tenemos de la partitura de «El caserío».

En ella, en la partitura, confiamos mucho más que en nuestro libro.»

COMEDIAS Y COMEDIANTES

Se estrenó con formidable éxito una nueva producción musical de Guridi, en la Zarzuela

Los esfuerzos que el empresario del Teatro Lírico Nacional, Sr. Martínez Penas, viene realizando desde hace dos meses tuvieron ayer tarde su merecido premio. Alta la frente, tranquila la conciencia, consciente de que realizaba una labor pro arte, el joven y entusiasta melómano prosiguió su camino sin hacer caso de compañeros y artículos más o menos bienintencionados. El procuraba presentar lo mejor que había en el género, con los mejores elementos y en la mejor forma; si no le daban más, ¿qué iba a hacer?...

Mientras llegaba la obra, la que salvaría la temporada, el rumor de los maldicientes crecía. ¿A qué viene el Teatro Lírico Nacional?... ¿Qué ha hecho en un mes y pico?... ¿No es bastante tiempo para hacer algo "grande"?... Estas preguntas rodaban por tertulias, y hasta escalaron las columnas de la Prensa; Martínez Penas tal vez un poco dolido de haber acometido la noble empresa—callaba.

Pero ya puede hablar, y muy alto. "El caserío", la zarzuela de Romero, Fernández Shaw y Guridi, es el estandarte que puede hacer tremolar como enseña gloriosa. El Teatro Lírico Nacional, con sus muchos defectos—¿qué obra humana no tiene imperfecciones?...—, ha venido a esto: a estrenar la más bella partitura de zarzuela que jamás oímos; a demostrar al público mundial que los vascos de la música popular española son inagotables, y que el compositor que se sature de ellos y busque en el alma del pueblo inspiración, al tanizarla por el estrecho cedazo de la maestría técnica, alcanzará el triunfo unánime y resonante.

Y ahora, que sigan hablando del "este autónomo" y de cuanto les plazca, amigo Martínez Penas. "¿Ladran?... ¡Cabalgamos!"

Inútil y pretencioso sería el que yo tratase de descubrir la personalidad musical de Jesús Guridi; su nombre y su fama han traspasado las fronteras y ni uno solo de cuantos gustan de la música noble, sencilla y pura desconoce sus "Cantos infantiles".

Pero, sin embargo, Guridi llevaba encima un sambenito: el de ser un compositor "sin-

fónico", lo que en el "argot" de entre bastidores equivale a decir que su música es de una pesadez insoportable. Y ayer, una vez más, fallaron los augures: el director de la Coral bilbaina afianzó su éxito con números de los que "llegan" a los espectadores más ingenuos, con canciones cómicas que pronto se harán populares, como el "duettino" del acto último, que se oyó dos veces y aún nos quedamos con deseos de la tercera.

En toda la obra late la inspiración y la ciencia de Guridi. Si no supiésemos de quién era; si—según la costumbre del siglo pasado—en los carteles se callase el nombre del autor, al unísono todos hubiéramos adjudicado la partitura de "El caserío" a tal compositor, que sólo puede ser suyo el amanecer con que comienza la obra, y el dúo de tenor y tiple, y la "spata dantza", y el preludio del segundo acto.

Este sobre todo, El Jesús Guridi, que tan hermosas composiciones orquestales hiciera, se ha esmerado en esta página, que pronto recorrerá el mundo interpretada por las mejores orquestas. La descripción de un día de fiesta en una aldea vasca, conseguida con una orquestación moderna y clara, en milagrosa conjunción, sedujo al auditorio por su poesía, por su sencillez; cuando acabó sonó la máxima ovación de la noche y el "bis" se impuso sin una sola discrepancia.

"El caserío" es música que salió del corazón del pueblo, y al corazón del pueblo llega por caminos llanos, fáciles, hacederos; dentro del dominio de la técnica, de la orquestación rica en matices y sonoridades, Guridi ha extremado la sencillez de que antes hice mención. Ejemplo de ello son el "zortzico" de los "versolaris", la "spata dantza" y el número cómico del tercer acto.

Jornada triunfal, única en la historia de la lírica patria; para encontrarla, tal vez, parangón habría que remontarse a la noche en que un muchachito vasco, de aspecto enfermizo, pálido, triste y cojo, empujaba la batuta ante el atril director del Circo de Price para dirigir en Madrid su primera obra: aquel muchachito se llamaba José María Usandizaga, y su producción, "Las golondrinas".

Un libro de zarzuela, para ser digno de ese nombre, necesita ser una comedia interesante y amena si se le quita la música. Tal el de "El caserío", que—con los convencionalismos precisos para "ser teatro"—posee los elementos precisos para mantener presa durante sus tres actos la atención del espectador.

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han hecho en esta ocasión su mejor libro. Gracioso, poético, con perfecto ambiente y colorido, dialogado suelta y pulcramente, sólo necesita "pinar" el segundo acto para merecer el adjetivo de irreproachable.

No se ofendan los meritorios actores de la Zarzuela, que ayer rivalizaron en entusiasmo, acierto y buena voluntad; no se ofendan, repito, si a los nombres de todos antepongo el de Antonio Palacios, destacándole como lo hizo el público con sus aplausos.

Antonio Palacios es ya el más actor de cuantos tenores cómicos actúan en escenarios españoles. Sobrio, ajustado, conocedor de los espectadores y de los efectos que pueden obtenerse de un tipo sin dislocarle ni falsearle, su incorporación del aldeano vasco realizada en "El caserío" le concede la categoría suprema. Consagrado desde "Doña Francisquita", revalidado en "La calesera"—siempre su nombre unido a los grandes éxitos líricos!...—ayer se le concedió, para su satisfacción, el unánime homenaje de una ovación entusiasta en dos mutis, modelo de comprensión, y como premio a la perfecta actuación durante toda la jornada.

Y—ya que he alterado el orden "clásico"—debo poner a su lado a Flora Pereira, una "neska" tontona e infeliz, enamorada y no correspondida, que, fue una creación difícil, pues ni un solo momento la perdió la línea caricaturesca el tipo; también se le requirió en escena después de un mutis, y de iguales honores gozó—con idéntica justicia—Ramona Galindo, una casera arrancada directamente de Arigorri.

El trío de cantantes, Felisa Herrero, José Luis Lloret y Cayetano Peñalver, lució brillantemente sus facultades; y—en papeles de interior categoría, para mejor reparto—Ángel de León se nos mostró el actor concienzudo de siempre, y Vicente Carrasco tuvo la dignidad que el cura precisa. En cuanto a Valle, le conviene aprender sobriedad de Palacios y buscar su personalidad no recordando tanto a otro primer actor.

Todos hablaron el vasco "de teatro", con el acento posible, y llevaron la ropa típica lo mejor posible; algunos, muy bien.

Emilio Acevedo gozó, con autores e intérpretes, los honores del proscenio; fué galardonado justísimo, pues llevó orquesta y coros a la perfección. También para los profesores hubo un aplauso grande al concluir el preludio del segundo acto, viéndose obligados a agradecer, en pie, la ovación.

Tres bellas estampas vascas los decorados de Garay, especialmente el primero. Bien vestidos los tipos, y excelente toda la presentación, así como la postura escénica; por varios momentos—en modo especial el final del acto segundo—, Luis París merece un elogio, que no vacilo en tributarle.

Durante la representación, Jesús Guridi hubo de pisar el escenario en diversas ocasiones; al final, todas, muchísimas.

Ayer tarde se inauguró el Teatro Lírico Nacional.

ADAME MARTINEZ

Información teatral

Estreno de "El caserío"

En la Zarzuela

Importa en arte, dando al vocablo la más generosa de sus extensiones, no el género y especie, sino el individuo; que esté bien desarrollado, que no tenga taras morfológicas ni funcionales, que sea capaz de una vida larga y autónoma. Cada especie tiene una misión que cumplir, y dentro de su propio y peculiar ámbito los seres que la integran han de colmarlo con sus capacidades; pueden y deben ser perfectos dentro de su naturaleza típica. Hacer caso omiso de la existencia de estos casilleros sería negar una realidad de las que nos servimos en nuestro comercio diario. La dignidad y honestidad en el proceder cumple a todos los géneros e individuos, ya que no son aquellos los desprestigiados y negados a todo respeto, sino estos otros, que, con su conducta, cuando es reiteradamente inverecunda y necia, parecen herir la esencia misma a la que pertenecen. No son la ópera, la zarzuela o la ópera independiente de su significación histórica, esto es, la moda—lo indeseable, sino las óperas, las zarzuelas o las operetas, las acreedoras de nuestro oprobio y desprecio. Así la comedia no es culpable del astracán a ultranza, ni el teatro lírico popular lo es de los infectos cuplés, pseudofozes, marchas y pasodobles; ni de que la gente desaprensiva y mal intencionada haya entrado en su teatro para engañar con dulzona y maleda musiquilla al incauto guirriato del espectador, que acude al reclamo con sorprendente candidez. Véase *El caserío*, de Guridi y los Sres. Romero y Fernández Shaw, si quiere comprenderse experimentalmente lo que arriba propugnamos. Porque ¡sí, señor!, en la zarzuela puede ser bueno el libro y hasta la música, aunque hogaño nos cueste mucho trabajo el creerlo; y por si esto pareciera atrevida aseveración, ahí va otra que a primera vista se creerá más absurda: la gente, la gran masa, es capaz de entusiasmarse y palmo-tear recogida ante los manjares más jugosos y mejor aderezados; magüer le hayan acostumbrado y obligado nuestros conspicuos a yantar las más inmundas bazofias en los más desaharrapados figones.

El público, que llenaba ayer el teatro de la Zarzuela, dió un respingo de satisfacción desde las primeras escenas de *El caserío*, y desabrochó sin temor la chaqueta, comprendiendo que estaba entre gente honrada, que no iba con baboros arrumacos a quitarle la cadena y el reloj. Todo allí era pulcro: diálogo, música, escenografía, orquesta, también intérpretes; era la sahutada blancura de la ropa que ha bebido claridades y perfumes de río fluente; ropa

campesina en dunastas lustrosas de junco; no eran ciertamente sedosos arrumacos señoriles, inquietas preseas de daifas importantes, camisas de lino, recias medias de lana; eran folklore en su más espontáneo realismo, lo que no excluye en la música ciertos resabios señoriles de la ciudad; tal cual reminiscencia pucciniana en la orquestación o el *cius melódico*.

Hay en *El caserío* un evidente sentido tradicional de la llamada zarzuela grande, mantenida por el nudo dramático, la comicidad, de muy buena ley, de las situaciones y del clásico gracioso de nuestro teatro, en este caso el tenor cómico; el empleo del elemento popular-musical, casi puro, sin adobar, y hasta las reminiscencias italianizadas; antaño, Rossini o Verdi; hogaño, Puccini, cuando no Bizet; pero en honor de su autores consignemos que *El caserío* representa, con relación a sus progenitoras, una patente evolución. No tengo inconveniente en afirmar la superioridad material y formal de esta obra sobre sus mayores. Está todo mejor conseguido. Habremos de tener en cuenta el tiempo transcurrido y las exigencias actuales si queremos, en justicia, valorar lo uno y lo otro.

La música por mi preferida está acaso en el primer acto, cuya simpática orquestación, el lejano, lejantísimo coro, escénicamente muy bien conseguido; la fina e intencionada comicidad de un cuarteto y una decoración sabiamente dispuesta, sentido con gran realismo, consiguen comunicar el ambiente tibio, verde y sosegado del caserío eúscaro. En el segundo acto, el preludio, la lucha de los versolaris y la danza de los spatadantzaris, en los que el folklore vive casi puro, fueron repetidas entre grandes aplausos. En la procesión, Guridi se ha mostrado tímido o discreto, rehuendo una brillantez excesiva.

El tercer acto, a pesar de ser grato, es el más gris de la obra. El solaz y buen sentido de la zarzuela lo muestra que el público no se impacientara a pesar de las cuatro horas, ¡ya son horas!, que dura el espectáculo.

La escena ha estado excepcionalmente bien servida, y el pintor escenógrafo merece toda suerte de plácemes.

Los intérpretes no les ha visto ni oído en toda la temporada más acertados que ayer; el tenor señor Peñalver, la tiple señorita Herro, el baritono Sr. Lloret fueron acreedores a los aplausos que sin

reticencias se les tributaron; pero quienes en primer lugar merecen mención por su acertada labor fueron el Sr. Palacios, graciosísimo, y cantando con voz voluminosa y entonada; las señoras Pereira, muy bien en su caracterización de la sin sorgia, y Ramona Galindo. En general, todos estuvieron afortunados, incluyendo los coros y el cuerpo de baile. La orquesta, por sabido se calla; abundosas ovaciones se lo hicieron presente.

Todos, todos merecieron los honores del palco escénico, y todos, todos, salieron contentos del teatro. ¡Loadé sea Dios, que se ha servido por una vez ponernos de acuerdo!

Si todo chacoli fuera hecho de uva en gran parte, no habría que mirar con prevención el vino ligero.

J. DEL B.

"Heraldo de Madrid" 12-XI-26.



Una escena de la comedia lírica de Jesús Guridi, Romero y Fernández Shaw, estrenada ayer con extraordinario éxito en el teatro de la Zarzuela. A la derecha, el retrato del ilustre compositor vasco Guridi

ZARZUELA

"El caserío"

El comité asesor de la Zarzuela ha encontrado en la obra estrenada ayer tarde, con caluroso éxito, la contestación más adecuada para cuantos pedían una justificación a la temporada de teatro lírico nacional que generosamente patrocina el Estado.

"El caserío" no sólo marca una orientación en los planes artísticos de la Zarzuela, sino que acredita plenamente el acertado criterio de quienes asumen su dirección artística. Tanto por su libro como por su partitura, la obra de Romero, Fernández Shaw y Guridi cae dentro del marco estético que debe presidir una campaña de resurgimiento lírico nacional. La dignidad y elevado nivel del libro y de la música; su castiza raigambre zarzuelera, hábilmente adornada por las galas de la más moderna técnica teatral; el neto sabor hispano de la obra, localizada en una de las más interesantes y características regiones de nuestra península, y la honradez y legitimidad de procedimientos y recursos empleados por el compositor y los libretistas, proporcionan a "El caserío" cuantos requisitos puedan exigirse en una selección depurada y escrupulosa.

Los tanteos que necesariamente habían de dificultar el que la aspiración artística que el teatro lírico nacional representa pudiera plasmarse en una palpable realidad, han tenido la fortuna de hallar en "El caserío" un arquetipo de lo que se pretende.

Tan erróneo es consagrar una temporada de esta índole a representar obras de claro éxito de taquilla, prescindiendo de su bagaje artístico, como quererla reducir a un frío desfile de intentos sabiamente realizados, pero alejados de los gustos del público y de los requisitos que el género teatral impone. Un teatro nacional no es el

equivalente de un museo, con la frialdad característica que resta eficacia a tales organismos. Debe ser una manifestación viva y latente de las máximas posibilidades de nuestros autores, quienes, conscientes de su responsabilidad técnica y artística, amparen con el más depurado gusto y el mayor decoro técnico obras de verdadera índole dramática, las cuales, con los legítimos elementos del género, logren conmover y emocionar al público con la noble virtualidad de su belleza.

Por desgracia, el compromiso de no hacer concesiones degenera con frecuencia en preocupación, anticipándose el propio autor a tildar de improcedentes hasta aquellos efectismos por todos conceptos tolerables e imprescindibles en el arte escénico. Este prejuicio es el principal enemigo con que han de luchar cuantos acometan el noble y escabroso empeño de escribir obras para la Zarzuela. Los libretistas de "El caserío" han conseguido plenamente desposeerse de él, demostrando que puede hacerse al par una obra de arte y un éxito de público.

Siempre hemos creído que Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw eran los autores que con mayor disposición, más sólida cultura e intuición más feliz abordaban el género lírico, y en la mayoría de sus producciones nos ha sorprendido gratamente ese ponderado connubio del arte selecto—por su concepción y realización—con el arte popular por su fácil comprensión con el gran público, logrando sobre las masas franca influencia. En "El caserío" han superado artísticamente a todas sus producciones anteriores, haciendo verdadero alarde de maestría y dominio al resolver varios espinosos problemas. Seguros de su conocimiento y experiencia teatrales han concedido a la trama el último lugar en su creación, sin procurar complicarla, ni aun siquiera revestirla de un interés de que

carece. El primer problema era ofrecer al músico un cuadro de costumbres, una visión pintoresca—y como artística ficticia—del ambiente sugerido de los pueblos vascos; el argumento era una excusa para conseguir ese fin, y no revestía para ellos otra importancia. Dificultades extraordinarias ofrece el encerrar en los estrechos límites de una zarzuela cuanto de característico puede sintetizar en grandes rasgos: lo peculiar de una región. El escollo a vencer era aún más peligroso, cuanto el lugar de acción era completamente nuevo para ellos, que han tenido que estudiarlo y documentarse en breve plazo. Mas su fino espíritu crítico y observador ha conseguido aprehender todo lo preciso, y nada más que lo preciso, para ofrecer al público un reflejo tan ponderado y vibrante, que seguramente un autor local, aunque sintiese plenamente lo vasco, no sería capaz de superarlo. Romero y Fernández Shaw han estilizado escénicamente la realidad y la visión que nos ofrecen; supera en poder sugestivo a la realidad misma: eso es hacer arte y hacer teatro.

Entre los tipos, todos ellos dibujados con trazo sobrio y seguro, hay algunos de mano maestra, como el que Palacios encarnó con sin igual acierto.

Otro problema arduo era compaginar la acción de la obra con situaciones musicales propicias a que la música popular pudiera manifestarse en todo su realismo espontáneo y sincero. Y tan arduo empeño se halla maravillosamente resuelto en ese delicioso acto segundo, magistral desfile de tipos, usos y costumbres, donde los números surgen tan bien preparados que parecen casuales, y más que interrumpir el desarrollo dramático lo amparan y refuerzan.

Mucho más podíamos decir del libreto, pues tiene merecimientos sobrados para delatar el análisis, que equivaldría a multiplicar los elogios; mas limitaciones de espacio nos lo impiden. Si consagrados estaban ante la crítica y ante la opinión los autores de "El caserio", con su nuevo triunfo acrecientan su valía y prestigio, acreditándose como maestros del género.

El maestro Guridi es, ante todo y sobre todo, músico. Entusiasta apasionado de la música popular, cultivador del tesoro folklórico de su región, enamorado de sus ritmos variadísimos y de sus melodías, que en rica profusión abarcan toda la gama expresiva, siente Guridi el sano deleite de la emoción estética al engalanar con las más preciadas galas de una técnica que domina esas expansivas manifestaciones del alma popular, que con insinuantes acentos actúan sobre su fantasía. Mas excesivamente respetuoso o admirador del sentir del pueblo, los temas apenas sufren alteración en su contextura al tamizarse a través de su temperamento. Guridi no los asimila en su íntimo sedimento emocional, para deramarlos luego en el pentagrama como una personal concepción; su respeto le lleva a conservar la pristina pureza de cuanto utiliza, limitándose a presentarlos en combinaciones sonoras siempre nuevas, siempre exquisitas y siempre atractivas. Con ello, si su producción consigue un valor documental inapreciable, pierde, en cambio, la vitalidad y el carácter de creación que el arte precisa como su principal razón de existencia.

A tal causa se debe la frialdad de ciertas páginas magníficas, que, a pesar de su belleza y de hallarse maravillosamente realizadas, no consiguen herir la sensibilidad con el latigazo de la emoción. Lo popular sólo tiene emoción en su espontánea forma: al

escucharse cantado por el pueblo y rodeado de los elementos naturales que le prestan calor local. Cuando se desplaza se hace rígido y hay que volverle a infiltrar la vida con el estro artístico; eso es lo que Guridi parece olvidar y lo que perjudica su labor, en todos sentidos digna de admiración y encomio.

La partitura de "El caserio"—aparte el señalado error de concepto estético, característico en su autor—está perfectamente lograda, y es una obra de verdadera importancia musical. Por el predominio casi absoluto de la música popular, adquiere mayor desarrollo y más franca y amplia contextura en los momentos de expansión lírica—coros, bailes y el soberbio preludio del acto segundo—que en aquellos otros en que la acción del libro requiere la colaboración dramática del compositor.

El acto segundo, modelo de honradez y de colorido—no en vano le prepararon los libretistas un cuadro sinfónico de la región—es el que encierra mayores aciertos de autor teatral. Como no ha de forzar nada la vena lírica ni desfigurar las melodías para doblegarlas a las exigencias de la escena, en él fluyen los números con inagotable riqueza temática, rítmica, armónica y orquestal, con la oportunidad y belleza del zortico de los "versolaris", momento de los más inspirados y mejor encontrados de la obra.

Nos parece ocioso hacer comentarios sobre la realización técnica de toda la partitura; el maestro Guridi no sólo es un erudito que conoce la ciencia de la música, en la que ha profundizado teórica y prácticamente, sino que se trata de un temperamento refinado que siempre elige los medios expresivos con tacto y delicadeza, reveladores de elevado criterio estético. La armonización y la instrumentación de la obra son de exquisito gusto y siempre felizmente halladas.

Para Guridi fué un triunfo rotundo; se ovacionaron todos los números; se repitieron muchos de ellos, y en diversas ocasiones fué reclamada su presencia en el palco escénico durante la representación, siendo aclamado, con los libretistas, al final de todos los actos.

La interpretación fué excelente en detalle y conjunto. Tan excepcional nos pareció para una compañía de zarzuela, que pensamos dedicarle una crónica aparte, temerosos de que ésta resulte demasiado larga si concedemos a su examen el detenimiento que merece. Baste anticipar que Palacios alcanzó uno de sus éxitos más legítimos; que la tiple señorita Herretero, la característica señora Galindo, el tenor Peñalver, el barítono Lloret y los demás artistas rivalizaron en perfección y entusiasmo, y que los coros y cuerpo de baile estuvieron a la altura de un teatro lírico nacional.

La orquesta se encontró frente a una partitura digna de su mérito y supo aprovechar la oportunidad. Como en los conciertos, puesta en pie, hubo de corresponder al entusiasmo de los espectadores. De su brillante triunfo participó el maestro Acevedo, quien dirigió con autoridad y como un verdadero artista.

El decorado, lleno de colorido y ambiente, contribuyó a dar categoría a la obra, y la postura escénica, digna del prestigio que debe tener la temporada y legítimo orgullo para don Luis París.

EL BACHILLER RELAMIDO

"La Esfera" - 12-XI-1926.

VELADAS TEATRALES

ZARZUELA.—Estreno de la comedia lírica en tres actos de los señores Fernández-Shaw, Romero y Guridi, «El caserío»

Otra vez el apellido Fernández-Shaw aparece unido—¡honrosa vinculación!—a un triunfo de zarzuela española. Fueron en un tiempo «La revoltosa» y «Don Lucas del Cigarral». Son ahora «Doña Francisquita»... y éste «Caserío» estrenado anoche: alusión que ya prejuzga el tono encomiástico de la presente referencia. ¡Es tan grato, por lo mismo que son rarísimas las ocasiones, destapar el tintero de los elogios...! Ahora, sí: Fernández-Shaw y su constante colaborador, Federico Romero, escritor también de brillante blasón, han compuesto un ejemplar libretto de zarzuela, y el maestro Guridi una partitura de alto y bien conseguido empeño. Ejemplar acabamos de decir porque «El caserío» puede utilizarse en adelante como un convincente ejemplo en el orden literario de la zarzuela. Así, precisamente así, se escribe un libretto. Creen muchos que la tarea del escritor ha de reducirse a brindar coyunturas de inspiración al músico. ¿Tarea fácil...? Acometiéndola de cualquier manera, forzando la acción, desencajando las situaciones, dejando a la música el trabajo de soldar y unificar, la tarea es fácil en verdad. Pero si los designios se proponen con mayor alteza, para lograr una obra de bien avenidas partes, la labor se dificulta enormemente. De aquí la victoria de quien sepa preparar la intervención musical con naturalidad y eficacia. Que la música no entre violentamente en el libretto, como una cuña, sino que se acople a él, para integrar una unidad íntimamente concertada: he aquí el resultado obtenido por Romero y Fernández-Shaw. Sin la partitura de Guridi, «El caserío» sería una excelente comedia de costumbres. Con la música... Pero ya procuraremos hablar de todo.

Una rivalidad de amor que bordea lo sentimental sin caer en lo dramático, y que se desenlaza cordialmente, por mano generosa, sirve de núcleo al asunto de «El caserío», naturalmente diluido en lo episódico: no sólo por las exigencias del género, sino porque en el plan de los autores entraba—y este es, a nuestro juicio, otro acierto—la composición de un cuadro costumbrista, en el que tipos y momentos característicos participen más del conjunto que un argumento sostenido sin tregua. Fáciles efectismos pueden servir de coadyuvante a la reconstrucción de un ambiente determinado. Sobre todo en la escena, el chafarrinón suele reemplazar a la pincelada justa. ¡Cuidado que hemos visto por esos teatros de Dios una Andalucía de pandereta—de mala pandereta—o una Galicia de tarjeta postal, de cursi tarjeta postal...! Análogamente habíamos podido ver ayer en la zarzuela una Vasconia contrahecha, cargada de colorido falso, convencional en el diseño... Y no: el país vasco ha entregado su secreto a los señores Romero y Fernández-Shaw sin violencia ni mixtificaciones. La buena fe y el estudio han dado el acierto a los autores de «El caserío», quienes han sabido huir hasta del expeditivo recurso que para colorear el diálogo proporciona la arbitraria construcción gramatical propia del vasco, tantas veces caricaturizada. En «El caserío», a este respecto, hay perfiles cómicos, conseguidos

con tacto. Nunca un trazo excesivo. El decoro literario hace asimismo acto de presencia en los cantables, denunciando una facilidad y esmero de versificación realmente insólito en este curioso país de nuestras zarzuelas, con «monstruos» supervivientes y todo.

Bien especificados los tipos—cada uno tiene espíritu propio—y muy diestramente servido el elemento cómico—que prevalece, en verdad, sobre el dramático—, el libretto de «El caserío» ofrece el redondo acierto de su tercer acto. Pero sobre todas las excelencias parciales, está la del conjunto, la del ambiente, captado con fidelidad y arte, mediante su saturación por ese sentimiento ingenuo y puro que hizo hablar a Menéndez y Pelayo de la «honrada poesía vasca».

Elogiado sin reservas el libretto de «El caserío», hemos de reconocer importancia primordial a la música del maestro Guridi. Gracias a este ilustre compositor lo que pudo ser una buena comedia es una magnífica zarzuela. Guridi es muy conocido del público madrileño: conocido y admirado. En el teatro ha podido aplaudir su «Mirentxu» y su «Amaya»; en los conciertos, esos poemas sinfónicos que le disciernen en lugar señaladísimo en la moderna música española. Mas ahora, merced a «El caserío», alcanza un punto de brillantísima culminación. Y conste que obtuvo la victoria de ayer sin lucha. El público se rindió sin condiciones: eso fué ganando. Los primeros compases abrieron oídos y corazones a una emoción auténtica y profunda. El coro de comienzos del primer acto preparó la sala para recibir las oleadas de una naturaleza apacible que sucesivamente iba a regalarnos sus tonos y sus matices. Claro que el «folk-lore» no había de estar ausente: en un cuarteto de mucho efecto reconocimos un motivo popular tratado con soltura, de mucha fuerza operante, pues contribuyó a acrecer la atención de todos, ya interesados de veras. Comentario semejante inspira el número de los «versolaris», ya en el segundo acto. Hubo más, naturalmente: hubo también en el primero una romanza de barítono, otra de tenor y un dúo de tenor y tiple que gustaron por el doble motivo de la inspiración y la técnica, perfectamente hermanadas. Lo que pudiéramos llamar «pintoresco» es ingrediente que preside de modo esencial la segunda jornada, que inicia, por cierto, un preludio, repetido a instancias de clamorosos aplausos.

Una procesión con charanga, la danza de los «espatacantzaris», la romanza del tenor y un dúo de barítono y tiple llenan el amplio marco de este acto, concebido en grande, para dar cabida al alma briosa del pueblo que ha creado el zortzico y el auresku. Y con la atmósfera electrizada por el entusiasmo, llegamos a la jornada última, más breve que las anteriores, pero igualmente alentada por lo menos, ya que termina con las páginas quizá mejores de la partitura, representadas por un bello dúo de tenor y barítono, que se convierte en terceto al intervenir la tiple, mas una brillante vuelta del coro.

La rica y vigorosa orquestación de Guridi pudo destacar todos sus valores merced al trabajo segurísimo de la orquesta, muy bien conducida al acierto por su director, el maestro Acevedo. La interpretación, en general, añadió lo que correspondía añadir. Antonio Palacios en un formidable actor de zarzuela: realiza, pues, la especie rarísima del cómico que sabe decir y cantar. En él vivió Chomín una existencia verdadera y propia. Ni el más exigente pudo pedirle trabajo mejor. Felisa Herrero cantó como sabe hacerlo. Peñalver puso sus facultades en máxima tensión. El señor Lloret flaqueó como actor. La señora Galindo y la señorita Pereira se condujeron con acierto. Muy bien los coros y el cuerpo de baile. Y para que nada faltase, atendidos con esmero y gusto todos los servicios escénicos.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

“Informaciones” 12-XI-926.

CORREO DE TEATROS

Los estrenos ZARZUELA «El caserío».

La nueva obra de los Sres. Romero y Fernández Shaw y del maestro Guridi alcanzó ayer un éxito grande. Adelantémonos a declarar que lo juzgamos merecido. El libro es un buen libro de zarzuela. A nuestro juicio, el mejor de los que han salido de la pluma de los distinguidos autores. Tiene emoción, gracia, interés, verdad, diálogo fácil y naturalismo y brota de él un hondo amor a la tierra y a la casa, un perfume de sano regionalismo. A todo esto se une un elemento siempre grato y siempre eficaz: lo popular, lo pintoresco, que tan rápidamente se apodera del público.

La fábula sentimental de «El caserío», sencilla e ingenua, se desliza suavemente a través de los tres actos de la obra, emparejada con la trama cómica y enredada siempre en el ambiente campesino y popular.

Y aquí está el único reparo que se nos ocurre oponer al simpático libro: el exceso. No son pocas las autores de la comedia, pero se han documentado concienzudamente; tanto, que lo han mirado todo, lo han observado todo; las costumbres típicas atrajeron su atención de poetas y de autores, y, saturados de ambiente, no han sabido elegir: les dolía prescindir de algo de lo mucho que habían visto y considerado teatral, y por no sacrificar nada lo han puesto todo. Les ha faltado ese hondo conocimiento de una región—sólo una larga e intensa vida en ella puede darlo—que permite tomar un solo aspecto, pero tan entrañable, que basta para dar la más cabal impresión del espíritu que se ha querido reflejar.

No es el más grave mal de tal exceso la desmesurada extensión de la obra, porque es de suponer que los autores se habrán dado cuenta de ello—eso el reloj lo dice—y cortarían hasta dejarla en sus justas proporciones, para comodidad del público y conveniencia de la Empresa; no, es que llega a fatigar. Siendo todo bonito, toda aisladamente interesante, todo graciosamente típico, causa a lo largo de las tres horas.

Quizá además de lo que queda expuesto sobre la gestación de la comedia los haya arrastrado al exceso el propio

maestro Guridi, y aquí el proceso ha debido de ser contrario: un amor profundo a su tierra, que le ha movido a enseñarla toda. Y es su música una verdadera rapsodia vasca, en que el tema y el ritmo popular están siempre en primer término: zorricos, aurrekus, tum-tum, correcales, espatadanzas, melodías gratísimas llenas de alma e impregnadas del ambiente de aquellas montañas. Todo ello enlazado, presentado, realizado con una admirable técnica, con una armonía riquísima, con una sabia orquestación. Pero a nuestros oídos castellanos—castellanos, andaluces, extremeños—le suena algo monótono. Es siempre el ritmo igual y casi machacón. Creemos que ha sufrido el eminente maestro un error de orientación. El maravilloso intermedio, más bien introducción del segundo acto, debió darle la norma. Allí los temas populares, allí las canciones expresivas del espíritu vasco, puros, simples, enteros: para preparar y disponer al público a sentir con él y con los personajes; pero luego, en la acción, algo nuevo, algo distinto que saliera de su corazón, que siempre sería hondamente vasco porque el siente así, pero llegaría a nosotros a través de su temperamento artístico, más depurado, más alto, más amplio y grande. Le ha faltado la síntesis cordial. Nada de esto—que tenemos el deber de exponer—resta nada a la importancia de la labor de Guridi, que ha hecho una obra considerable y seria.

Se repitieron muchos números; un cuarteto cómico y un aria de barítono del primer acto, la introducción ya citada del segundo, y en el la danza y la escena de los «versolaris», y en el tercero, un primoroso dúo cómico.

La interpretación, muy bien. Felisa Herrero, Flora Pareira y Ramona Galindo sintieron e interpretaron con arte y cariño sus papeles. Lloret, Peñalver, León, Valle y Carrasco estuvieron muy acertados. Palacios, muy bien, absolutamente bien; su labor merece elogios y aplausos aparte, y así lo entendió el público, que le aplaudió constantemente y en el último mutis le premió con una gran ovación.

El éxito, que, como ya queda dicho, fué muy grande, adquirió al final caracteres de homenaje. Todos los autores fueron llamados a escena, así como el

maestro Azevedo, que dirigió admirablemente la formidable orquesta.

La obra fué muy bien presentada. El decorado, de Garay, muy entonado y muy bonito.

CÍRCULO DE BELLAS ARTES

Inauguración de la sala de espectáculos.

Anoche fué inaugurada la espléndida sala de espectáculos del Círculo de Bellas Artes con un selectísimo programa, que atrajo a un distinguido público.

La sala es magnífica y tiene grave empaque de salón de fiestas, que en nada se parece a un teatro popular. Entonada discretamente en azul y amarillo, produce una gratísima impresión.

Componían el programa: «La guarda cuidadosa», de Cervantes; «Peribáñez», de Lope de Vega y «Manolo», de Ramón de la Cruz, y lo completaban tres poesías de Marquina, Ardevín y Diego San José. La de Marquina es admirable. Terminó con la tonadilla «Los consejos de una vieja» y «Los maestros de la Rabosa» y con el «Tripilí».

La poca capacidad del escenario, no pensado para grandes empresas, obligó a preparar el decorado en forma muy elemental, pero que resultaba muy apropiada a la naturaleza del espectáculo. Los trastos precisos y característicos, destacando sobre una cortina amplia y plegada.

La interpretación, acertadísima, a pesar de la dificultad del programa. No cito a ningún intérprete para no incurrir en omisiones, que serían injustas.

En resumen: una fiesta muy culta y digna del lugar y de los organizadores.

José DE LA CUEVA



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Los estrenos

EN LA ZARZUELA

«El caserío»

El Teatro Lírico Nacional dió ayer un paso trascendental hacia su definitiva estabilización: la zarzuela del maestro Guridi logró un éxito excelente y merecidísimo, y, por otra parte, que es la esencial, señaló un camino a los compositores jóvenes para conseguir triunfos semejantes.

El camino, naturalmente, no era desconocido; pero no puede decirse tampoco que haya sido muy frecuentado. Por eso, quizá, no son tantos como sería de desear los buenos éxitos de nuestras obras líricas.

Los músicos jóvenes suelen ser demasiado sabios y tienen especial empeño en demostrar su sabiduría: el maestro Guridi sabe, seguramente, tanto como el que más; pero sale, además, una cosa esencialísima, que la sabiduría no es para cohibirla, sino para utilizarla debidamente: utilizándola sin alardear de ella, ha triunfado completamente el autor de «El caserío».

Eso tiene, además, una ventaja: la de que el maestro Guridi no necesita colocarse en la ridícula posición del genio incomprendido, último recurso de los maestros fracasados.

Al maestro Guridi le hemos comprendido todos, y como evidentemente él escribió su zarzuela para que le comprendiéramos, ha realizado su propósito completamente.

Para ello no ha necesitado sumergirse, como hacen otros maestros ganosos de popularidad o menos enterados de la técnica; sumergirse en la ciénaga de la vulgaridad; ha escrito música fina, emotiva, cuando el libro lo ha requerido; graciosa cuando lo ha demandado y siempre perfectamente adaptada al ambiente de la obra, o, mejor dicho, siempre perfectamente definidora de él.

Para conseguir tanto, el maestro Guridi ha utilizado los dos elementos tónicos de toda obra lírica buena: el canto popular como mira y una excelente técnica, tan sabia como pueda serlo la de cualquier otro compositor, como medio expresivo.

El canto popular vasco, vibra constantemente en la partitura, que no obstante tener el ritmo de zortzico como fundamental, no tiene, ni mucho menos, la monotonía rítmica que una transcripción vulgar sin la necesaria labor técnica transformadora hubiere producido; los personajes llevan el zortzico muy dentro del alma, y así, aun en los momentos de mayor exaltación patética, los números suenan a música vasca finamente expresada.

No hay para qué hablar de los números puramente orquestales; son como todas las obras sinfónicas de Guridi, excelentes, y las superan, quizá, en carácter y en emoción. Fueron aplaudidos y el público, después de oírlos repetir, aplaudió con el mismo cálido entusiasmo que al escucharlos por primera vez.

En los números con voces demuestra Guridi igual maestría: las voces y la orquesta tienen sus papeles perfectamente definidos; cuando es necesario, cuando el lirismo de los personajes llega a exalta-

ción; la orquesta continúa como medio de expresión emotiva más elevada; cuando no se trata de pintar pasiones, sino de servir a contrastes de carácter cómico, las voces son lo principal, y así, sin exageraciones escolares—que no es lo mismo que exageraciones de escuela, que ya por sí mismas serían lamentables—, cada elemento de la polifonía suena en la debida proporción. Por eso los números cómicos fueron ayer los más aplaudidos; el público de sabía a cosa muy nueva y muy agradable verlos tratados sin chocarrería ni vulgaridad, pero también sin ampulósidades inoportunas; con todo el carácter a la canción popular y toda la firmeza del mejor gusto.

No quiere esto decir que no gustaron los números serios; gustaron también mucho, como merecían; pero la lección de saber hacer adecuadamente, la dió el maestro Guridi en los cómicos, sobre todo.

El triunfo del maestro fué, pues, grande y merecido.

El libro de Romero y Fernández Shaw es también un excelentísimo libro de zarzuela, mejor aún que los anteriores salidos de las mismas plumas; quizá ganaría mucho sin perder más que un chiste, demasiado previsto, además, con la desaparición del único personaje exótico en todos los estilos.

La vis cómica, fina y gracil de los autores, los recursos vulgares que constituyen la fuerza de «El caserío», no necesitan acudir toda la gracia de autores menos dignos de aplauso.

De todos modos, Romero y Fernández Shaw siguen siendo, y con mucho, los primeros entre los libretistas de zarzuela.

La interpretación hizo que se destacasen enormemente la Pereira, la Galindo y Palacios, éste sobre todo.

La Herrero, Lloret y Peñalver, cantaron bien, y los restantes intérpretes y las masas hicieron factible un conjunto muy digno de encomio.

Alejandro MIQUIS

"La Correspondencia Militar"
12-XI-926.

El estreno de ayer tarde en la Zarzuela

GURIDI, ROMERO Y FERNÁNDEZ
SHAW TRIUNFARON CON «EL CASE-
RIO»

Libres de todo prejuicio, y a fuer de sinceros, hemos de manifestar que el éxito alcanzado por el notable compositor Guridi ha rayado en apoteosis.

«El caserio» se hará centenaria en los carteles del teatro de la Zarzuela por derecho propio, y a ello han contribuido con un entusiasmo que merece los mayores plácemes de la atención al género lírico, los libretistas señores Romero y Fernández Shaw, pues han dado motivos muy acertados para que la inspiración de Guridi encontrara amplio campo en el pentagrama, para terminar con una obra llena de tecnicismo y no exenta en varios trozos de esa música popular y pegadiza que, sin aires de «fox-trot» ni mucho menos, tanto agradó siempre.

De enhorabuena, pues, están los que con fundamento auguraban por la decadencia y desprestigio del arte lírico nacional. Desde ayer, el puntal de «El caserio» remozará con satisfacción la inmortal labor que dejaron Chueca, Chapi y Barbieri.

En «El caserio», ante todo y sobre todo, vibra el alma vasca, y cada episodio musical constituye, sin duda alguna, un éxito rotundo, definitivo e inimitable.

Fueron los primeros aplausos del distinguido público que llenaba la sala para el magnífico dúo del primer acto, y más tarde se acentuaron con la primorosa canción del «Trébole».

Pero donde el entusiasmo ya no tuvo límites fué al final del prelude del segundo acto—de irreprochable factura—, las réplicas de los «versolaris» y el número cómico del tercer acto, a cargo de la señorita Pereyra y de ese formidable actor que se llama Antonio Palacios. El público, ya harto de aplaudir, obligó a tan excelentes artistas a bisarlo.

Romero y Fernández Shaw han hecho un libro lleno de emoción, donde con extrema habilidad se mezcla lo sentimental y lo cómico; el diálogo, fluido e interesante, se adapta muy justamente a los tipos, todos ellos bien observados y mejor definidos.

En la interpretación se destacaron, como decimos, la señorita Pereyra y el señor Palacios, sin que en nada desentoparan Felisa Herrero, Ramona Galindo y los señores Lloret, Peñalver, Valle y De León.

Como no podía menos de ocurrir, la experta mano de Luis París se traslució en el segundo acto, al intervenir el cuerpo de baile, como «espaldanzaris» perfectos.

Muy acertado en la dirección de orquesta, el maestro Acevedo.

En resumen: Un éxito grande del vasco Guridi, y de Romero y Fernández Shaw, y un resurgimiento verdad de nuestro teatro lírico.

«EL CASERIO»

Comedia lírica, en tres actos, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Jesús Guridi, estrenada en el teatro de la Zarzuela.



ACTO II.—1, CHOMIN (ANTONIO PALACIOS).—2, ANA MARIA (FELISA HERRERO).—3, SANTI (JOSE LUIS LLORET).—4, DON JESUSITO (JOAQUIN VALLE)

Chiquito de Arrigorri, no me parece mal, pero edimiento tienes, que dicen "madrugar", pero procedimiento guardate pa otra vez, porque el señor alcalde... ya se eligió mujer.



ACTO II.—1, JOSE MIGUEL (CAYETANO PENALVER).—2, MANU (ANGEL DE LEON).—3, EUSTASIA (RAMONA GALINDO).—4, INOSENSIA (FLORA PEREIRA).—5, CHOMIN (ANTONIO PALACIOS)



ACTO III.—1, INOSENSIA (FLORA PEREIRA).—2, CHOMIN (ANTONIO PALACIOS)

"El Socialista" 16-XI-1926.

Asteriscos

Jesús Guridi

Todavía asoma a los escenarios el «viscalno» que ya en tiempos de Lope de Rueda había alcanzado el favor de los autores. Ese favor no ha disminuido. Sale de cuando en cuando, obligado por el imperio de los chistosos acaparadores de nuestros principales coliseos. Y sale exclusivamente para hablar con una concordancia de «verbo y ladrillazo», enredándose en el castellano lamentable que caracteriza a los comediógrafos de ahora; el «catalán» y el «viscalno» sólo pueden compararse, a lo que parece, portando sus respectivos acentos particulares. Fuera de esa razón pintoresca, ni «catalanes» ni «viscalnos» tienen que hacer nada en el teatro. Yo no me enfado. Y hasta comprendo que en boca de un caricato famoso el descoyuntamiento de los apellidos vascongados, y el rejuego verbal a que se prestan, produzca un grado de hilaridad extraordinario. Cataluña reaccionó contra ese episodio con un teatro autóctono—satírico y dramático—que en algunos casos supo conquistar el favor del público de la península. Baroja, cuya enemiga por Cataluña es bien manifiesta, ha caído recientemente en la tentación de utilizar—mezclándolo con los vascos—un «catalán» de teatro. Vasconia no se ha preocupado de reaccionar. Separando algunos intentos de Sota, una comedia dramática de Joaquín de Zuloaga—«La Criolla», escrita de espaldas al escenario, y algunas insinuaciones menos aprehensivas, y para mí desconocidas, informadas por una turbia intención política, nadie se ha preocupado entre los escritores vascos de dar realidad dramática a sucesos del país. Para aprovechar los talentos de Guridi, son dos libelistas ajenos a Vizcaya los que actúan una obra inspirada en motivos arralíanos. Todas las manifestaciones artísticas del país vasco viven como en clausura, limitadas por propia voluntad. Madrid no ejerce ninguna sugestión. Los que llegan a él llegan con fama segura; así Zuloaga, Araquistáin, Magón. Lo general, sin embargo, es la limitación. Se podrían citar varios nombres, pero es el más característico el de ese gran escritor y mejor conversador—Mourlane Michelena—que, en plena juventud y madurez de ingenio, se conforma con ser el hermano Irán. En pintura, por ejemplo, todos son, desde Arteta a Arraiza, hermanos de este o el otro sitio, y el propio Mogrovejo no pasó de ser, a pesar de su mérito, otro hermano más, de fama restringida, si bien por ello no menos selecta. Y otro hermano, Meabe. Todos nuestros mejores nombres, aquellos por los que puede resistirse la rabia de ser vascos, son hermanos renunciantes. Una orden de grandes fervores.

Guridi no pertenece a ella. Ambición para su nativa espacios más amplios, y para sus composiciones, cielos más limpios. Se le debe alabar el gusto. En esta ocasión, su salida es para dar ritmo a unos cuantos «viscalnos» que pisan con dignidad el escenario. Cuando estas líneas se escriben—lejos de Madrid—, la suerte de la obra de Guridi se habrá decidido, y suponemos que a favor del músico. El éxito valdrá en la medida que sepa despertar la ambición de Guridi para empresas de más juste. Una colección de músicos zarzueleros—guerreros y pacíficos—han conseguido desprestigiar la zarzuela, y no vale la pena, a menos de esforzarse, de insistir en esa modalidad. Una de las artes que admite sin daño la deshumanización es la música. Guridi puede aspirar a competir con Falla, por ejemplo; pero nunca a hacer la competencia al maestro Guerrero o al maestro Alonso estrenando zarzuelas en el teatro Martín.

"ABC" 12 noviembre 1926.



MADRID. EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

UN CUADRO DE LA OBRA, DE ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DEL MAESTRO GURIDI, "EL CASERIO", ESTRENADA AYER
(FOTO ZEGRI)

ABC - 16-XI-926.

EL TAMBORIL EN LA ZARZUELA

Arrellanado en la butaca, en la media luz del teatro, lleno de una muchedumbre que por lo silenciosa (ausente de uno) parece espectral, entonces sí que resulta placentero el abandonarse a la caricia de la música y dejarse llevar por ella, ideal y segurísimo avión, hacia las colinas y los angostos valles cosegados de la Vasconia. Es la tarde del estreno de la zarzuela *El caserio*.

Con el telón corrido, la orquesta pronuncia los bellos compases del intermedio del segundo acto. Ya está uno orientado. Esa es la *Marcha de San Juan*, la misma que, con su aire entre religioso y campestre, acompañó los primeros pasos de uno en la vida; la misma que resonó en el alma adolescente, en los días de las grandes fiestas de junio, cuando el alma se abría como otra flor más en la exuberante floración de la

tierra. Y, en seguida, con una hábil maniobra del certero compositor, he ahí que salta la música danzarina del tamboril, con aire de final de *aurresku*. Los dos silbos de ritual se ponen a hacer sus encantadoras y originales florituras.

¿Originales? Primeramente sería necesario saber en dónde, tratándose de arte, reside la auténtica originalidad. Suele buscarse lo original en lo popular, suponiendo que los pueblos, como ingenuos que son y porque han vivido aislados, pueden brindarnos los modos de creación más auténticos y puros. Pero, después que se investiga un poco en la maleza de lo popular, se averigua que los pueblos han vivido siempre comunicándose asiduamente, traspasándose de unos a otros las consejas, las narraciones, los refranes, las danzas y los cantos. Así se explica la sorpresa con que exclamamos, al oír la música popular del Cáucaso interpretada por una compañía rusa: "¡Si parece el canto *jondo* de los andaluces!" O nos quedamos confusos, al ver que los campesinos ucranianos bailan, poco más o menos, como los leoneses o salamanquinos.

Ya sé que el tamboril y el silbo (el *chistu*) de los vascos no es una creación de los vascos. Se usa en el extranjero, y en algunas comarcas de España, incluso en el campo de Sevilla. Pero esto no importa. Lo exacto es que el tamboril y el silbo vascongados suenan en mi oído (en la raíz de mi alma) como la música más propia, original e incontaminada; como el acento característico y representativo de aquellas colinas suaves y aquellos angostos valles sosegados de la Vasconia. La raza, al apoderarse del instrumento, lo ha sellado y lo ha absorbido, y ya es suyo.

¿Qué otra cosa ha hecho el pueblo inglés? Pueblo que inicia su historia en la piratería, se lanza sobre el Continente a hurtar los elementos de su lenguaje y los útiles todos de su vida de civilización, y allí, en su isla inabordable, se apresura a cambiar las marcas, a variar los sellos, de manera que las mercancías pirateadas parezcan nuevas o distintas. El mismo Shakespeare es un Drake de la literatura, que sabe coger asuntos, argumentos e ideas en todas las playas del Continente para construir, con los despojos (genial *camouflage*), ese sublime edificio que admiramos.

El vasco opera en su medida, como el inglés. El más próximo ejemplo nos lo ofrece el juego de pelota, que aparece rotulado como *sport vasco*. Y lo cierto es que la costumbre de jugar a la pelota es casi tan antigua como la civilización europea y común a todos los países. Cierto es también que el deporte de la pelota ha sido tomado de los castellanos, porque todas las palabras que los vascos emplean en ese juego son castellanas. (Sotamano, remonte, saque, volea, revés, tanto, quince, pique, boté, raya, cesta, pala, guante, pared, etc.) No importa. El vasco se ha apoderado de ese deporte, que tan bien armoniza con su sentido muscular, luchador, ágil y saltarín de la existencia, y lo ha convertido en cosa propia, característica de la raza.

Raza esbelta y flexible, grande de cuerpo y al mismo tiempo fina. Raza orgullosa de su raza, en cuanto es elegancia, fuerza y agilidad. Raza de saltarines y de corredores.

En el baile del *aurresku* (baila que acaso tampoco sea original completamente), el vasco encuentra la función más adecuada a su naturaleza que es, por partes iguales, ceremoniosa y saltarina.

Y esto es lo que da tanto valor al preludio que el maestro Guridi ha puesto al

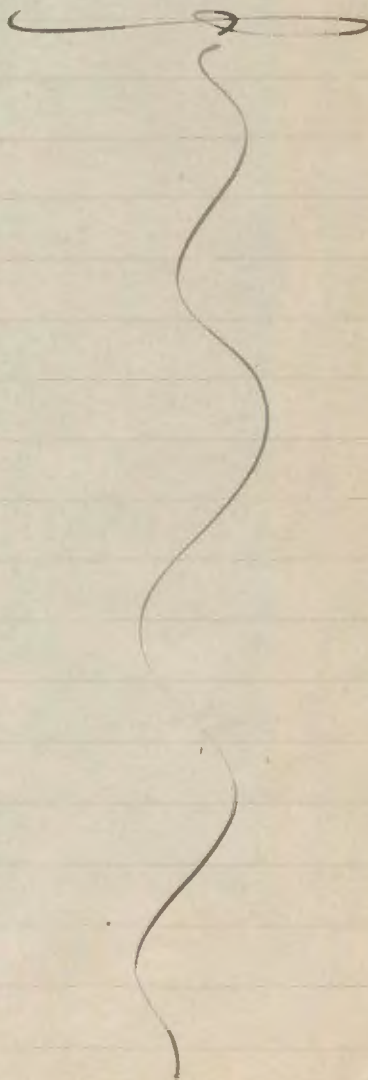
principio del segundo acto de su zarzuela. Los compases de la *Marcha de San Juan* que abren el preludio marcan la racial voluntad ceremoniosa del vasco, como individuo que sabe mirar la vida en su real sentido de función, de ceremonia, de jerarquía, e inmediatamente, con inspirado acierto, el compositor obliga a la música a desdoblarse en ese otro jocundo, montaraz, repiqueteante acento del tamboril, que corresponde al otro lado de la naturaleza vasca.

Arrellanado en mi butaca, en la media luz del teatro henchido de gente silenciosa, es entonces grato dejarse llevar por el maravilloso avión del recuerdo hacia lejos en el espacio y hacia muy atrás en el tiempo. Los innumerables tamboriles de la niñez y de la adolescencia se ponen a repicar dentro de la memoria. Cuando sonaban en la plaza vieja de la ciudad, en las tardes de domingo, mientras la lluvia insistente envolvía a los bailarines: muchachos del muelle oliendo a pescado rancio y pescadoras de parla procaz. Cuando en la fiesta del Corpus avanzaban los tamborileros vestidos con un bonito frac anacrónico a la cabeza de la procesión, y nosotros, con el traje nuevo de verano, recogíamos las espadañas que alfom-

braban las calles. Cuando en las fiestas primaverales íbamos a las romerías, y llenos de sol, tal vez un poco chispos por la calaverada de los vasos de sidra varonilmente trasegados, pretendíamos, entre tímidos y jaques, bailar el "arriñ-arriñ" con las chicas.

Los pueblos se expresan, se representan o caracterizan por intermedio de unos pocos gestos y de unas simples notas musicales. El ay balbuceante, prolongado y como en espiral del canto flamenco basta casi para representar la línea emocional del andaluz. Y el gesto entero del ancho valle del Guadalquivir está comprendido en ese hombre erguido que marcha gravemente, como en funciones de algún rito muy serio, a caballo. El vasco, por su parte, se expresa con un forzado gesto de acción: remar, pelotear, marchar. Y la nota musical que lo representa es esa del tamboril, cuando las dos flautas a dúo se lanzan a hacer florituras, se persiguen, se huyen, se trenzan y saltan, bailarinas y ágiles también ellas, como los hermosos mozos que parecen, a pesar de tan grandes, que fueran de goma...

JOSE MARIA SALAVERRIA.



EXITOS TEATRALES



Una escena de la zarzuela de D. Federico Romero y D. Guillermo Fernández Shaw, música del compositor vasco Sr. Guridi, "El caseío", estrenada con gran éxito en el teatro de la calle de Jovellanos

"Mundo Gráfico"
17 noviembre 1926.

UN GRAN EXITO MUSICAL El estreno de "El caserío", del maestro Guridi, en el Teatro de la Zarzuela



Los momentos de la zarzuela, letra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música del eminente maestro Guridi, «El caserío», cuyo reciente estreno en el Teatro de la Zarzuela señala una nota de excepcional importancia en nuestro arte lírico.—En el círculo, el maestro Guridi, autor de la magnífica partitura
(Fots. Díaz Casariego)

INDUDABLEMENTE, la nota culminante de lo que va de temporada lírica en nuestros teatros la ha constituido el estreno de «El caserío» en el Teatro de la Zarzuela. El éxito, para autores é intérpretes, fué brillantísimo, y la nueva obra puede ser considerada como una de las joyas más valiosas de nuestro arte lírico contemporáneo. El libro, de los expertos autores Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, está lleno de galanura y de interés, y, sobre todo, ofrece magníficas ocasiones de lucimiento al eminente maestro Guridi, que ha hecho en su nueva obra un espléndido alarde de inspiración y de técnica musical.



"La voz" 20-XI-926.

A propósito de "El caserío"

Una charla con Guridi

Y unas breves consideraciones

La calle, río fuente, que se ve a través de la ventana, con sus mil solicitaciones y trajes, dispersa toda conversación sistemática y distrae el ánimo, incapaz de dialéctica metódica.

Guridi me habla de Bilbao, de los chipirones, de las angulas, del canto popular; de su rincón apartado donde trabaja, adonde apenas llega el mundanal ruido. Ahí, sorto en su labor, no se siente interesado ni atraído por la música moderna, la muy moderna: Schönberg, Hindemith, Egón Wélez, Malipiero, Cassella, Poulenc, Goossens, W. Williams... ¿Para qué?

Cuando la intuición segura guía, ¿para qué? Cuando se han allegado todos los medios necesarios para dar forma a nuestro mundo de los sonidos. Las ciudades españolas son tranquilas, aun las que, como Bilbao, hacen resonar constante los potentes martillos de su industria; en ellas se puede trabajar con eficaz lentitud; día tras día, hora tras hora, se va llenando el papel pautado de notas; así, en seis sucesivos años, surgió "Amaya", injustamente olvidada; así, en menos de dos, casi uno, se fraguó "El caserío".

—Sí; me propuse—dice Guridi—traer un poco del ambiente regional utilizando la melodía popular. ¿Inventada, asimilada, en estado nativo? No sé. Las melodías surgen, y las que uno cree originales las ha oído en boca del pueblo; las que cree autóctonas se han formado en nuestra mente, tan llena de los elementos folklóricos con los que convive. No ignoro el estado precario de nuestro teatro lírico, las aficiones por las que el público ha sido forzado a caminar.

Este ha sido mi temor, y también mi sorpresa, al ver a la gente con qué generoso entusiasmo respondió al intento que se le ofrecía en mi obra, en la que se han reunido todos los números de fácil y gran éxito: pasodobles, "fox", "shimmis" o valse. Estoy contento, muy contento, de la acogida dispensada por parte de todos a "El Caserío". Me parece propicio que ahora, en este momento, alguien más siguiera por semejante ruta, recogiendo la tipicidad de nuestras regiones en obras teatrales, pues el teatro es más eficaz que otro género lírico, despertando el amor a cuanto de tradicional se encierra en la patria, ya que su misma variedad y riqueza de matices, única en el mundo, constituye un valor excepcional, y ello mismo serviría, a pesar de su aparente heterogeneidad, para mostrar hasta qué punto en el fondo vivimos todos de una tradi-

La conversación se perdía en la discusión de los elementos folklóricos de nuestra patria, en el valor de nuestra zarzuela clásica, tan llena de interés como de defectos, hijos de las circunstancias del momento, y derivando, derivando, hablanos de las cacas, de los árboles, de los tranvías, del bacalao, de la crítica, de la Prensa, de las intrigas, que nunca faltan; de todo cuanto por la fantasía transitaba como escenas de una película fragmentada, que es el mejor modo de sentir transcurrir el cinematógrafo de la vida en los instantes solazados en los que se conversa mientras la copa llena de licor se trasiega despaciosamente.

—¿Más música inédita? Sí; un poema sinfónico inspirado en una escena del Telémaco, en la que hay mar, vinos espirituosos, cantares, fríos, griegos..., mientras

los remeros bogan al compás de las flautas.

En tanto en la calle poníamos fin a la conversación, unas de las muchachuelas que han hecho de spatadanzaris pasan a nuestro lado: "¿Y los caramelos prometidos?"—claman—. "Pronto, pronto llegarán." Hacen un mohín y se alejan contoneando su madrileño cuerpo.

Y yo, con ideación inconsciente, pienso: ¡Qué buena es la música! Pero, ¡caramba, los caramelos!... Comprendo que les gusten tanto a las mujeres; si yo fuera mujer puede que me complacieran más que la música. Los tranvías y los "autos" ponían el folklore de sus bocinas y timbres. Vi a Guridi, sonriente, alejarse contento a lo largo de la calle. Era ya la hora de comer.

B.

"Blanco y Negro" 21-XI-1928.



EL TEATRO

REVISTA DE ESPECTACULOS



LOS AUTORES DE "EL CASERIO"

EL INSPIRADO Y EMINENTE COMPOSITOR JESUS GURIDI Y LOS APLAUDIDOS LIBRETISTAS SRES. ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, QUE HAN OBTENIDO, EN LA ZARZUELA, UN EXITO BRILLANTISIMO Y UNANIME
(CARICATURAS POR FRESNÓ)

El caserio.—He aquí el éxito de la semana. Un éxito franco que alcanza desde el joven y ya eminentísimo maestro Guridi hasta los coros de la Zarzuela, pasando por los expertos libretistas, Sres. Romero y Fernández Shaw; por el escenógrafo Sr. Garay y por las primeras partes, sin excep-

EL TEATRO



CUARTETO DEL ACTO PRIMERO DE "EL CASERIO", MUY CELEBRADO POR EL PÚBLICO

ción, de la *hov* afortunadísima compañía. No cabe en una reseña como la nuestra el elogio que todos y cada uno de los números de la partitura merecen; hay en toda ella variedad y riqueza melódicas, poesía y comicidad sucesivas, páginas descriptivas imponderables y una gran unidad que pone a todas aquellas cualidades como al servicio y bajo la pauta de un *motivo temático* puramente vasco. Todos los aires populares de una raza y de una región, donde abundan como acaso en otra ninguna, están recogidos y diseminados por la partitura, elevada a un tiempo, de inspiración auténtica, orquestada técnica e insuperablemente.

Bien es verdad que Romero y Fernández Shaw, con su libro lleno de gracia, con su asimilación al ambiente vasco—para ellos exótico—, con esas sus singulares dotes ini-

ciadas un día con *La canción del olvido* y superadas en *Doña Francisquita*, lo facilitan todo, lo justifican naturalmente, cómo permiten al espectador una atención de cuatro horas sin el menor cansancio. Con lo que no queremos decir fuera disparatada una discretísima *poda*, en gracia, siquiera, a que el tiempo es oro más hoy que nunca. La escena del *sacamuélas*, por ejemplo, es susceptible de una supresión que a nadie habría de ofender.

Los intérpretes—Lloret, Peñalver, Felisa Herrero—supieron vibrar al tenor que el fuste de la obra exigía; pero permítasenos destacar la gran labor de la señorita Pereyra, de la señora Galindo y de esa maravillosa *mascota*—¿por qué su nombre va unido siempre al de los números de mayor éxito?—que es Palacios.



"EL CASERIO", ZARZUELA DE GURIDI, LETRA DE LOS SRES. ROMERO Y FERNÁNDEZ SHAW, ESTRENADA CON ÉXITO FELICÍSIMO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA

*El estreno en Madrid, visto en provincias.
Euzkadi (Bilbao) 9-XI-1926.*

GURIDI, EN EL TEATRO ANTE EL ESTRENO DE "EL CASERIO"

El anuncio de la obra del maestro Guridi "El caserio" ha despertado un evidente interés en los medios artísticos. El maestro Guridi ha incorporado al teatro vasco obras de tanto prestigio como "Amaya" y "Mirrentxu". No es, pues, de extrañar que este nuevo afán que lleva al teatro una vez más al gran músico vasco haya sido acogido con un interés no exento de emoción. Casi toda la Prensa de la Península ha reflejado ya en sus columnas la resonancia de este acontecimiento artístico. Unese a ello la circunstancia, y le presta también interés, de que los colaboradores de Guridi sean los prestigiosos comediógrafos Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, que se consagraron en estos menesteres con los libretos de "La canción del olvido" y "Doña Francisquita".

Presta igualmente realce a la obra el hecho de que el Comité asesor del hoy oficialmente denominado Teatro Lírico Nacional haya aceptado "El caserio" y dispuesto su estreno en segundo lugar.

Todo ello, unido a la personalidad destacada del ilustre músico, nos mueve a ilustrar a nuestros lectores con algunos antecedentes del acontecimiento, poniéndonos para ello al habla con los autores.

La historia de la colaboración de los libretistas y el músico no deja de tener interés: El marqués de Bolárque, buen amigo y gran admirador del autor de "Amaya", tuvo noticia de que Guridi deseaba hacer una zarzuela y prometió ponerle en contacto con libretistas de primera fila, pensando desde el primer momento en Romero y Fernández Shaw. En efecto; anunció a éstos los deseos del ilustre compositor vasco, encontrándose con la grata sorpresa de que aquéllos tenían planeada precisamente una obra de ambiente vasco, por lo que acogieron las palabras del marqués con verdadera alegría, aunque no conocían a Guridi personalmente.

Presentados por carta, los autores de "Doña Francisquita" comunicaron por escrito al de "Mirrentxu" el plan de su obra, y, puestos de acuerdo, quedaron en que durante el verano del pasado año Romero y Fernández Shaw fuesen a Vizcaya, para estudiar sobre el terreno el ambiente, tipos y costumbres del país.

En efecto, en agosto llegaron aquellos señores a Ondárroa, donde se encontraba veraneando Guridi, y allí se cambiaron sus ideas y propósitos. Pocos días después sa-

lian los tres juntos para el valle de Arratia, donde pasaron una temporada haciendo vida de caserio, asistiendo a cuantas romerías y demás fiestas populares se celebraron en aquellos pueblos, y documentándose debidamente con la observación directa del costumbrismo vasco.

—Lo que yo más vivamente deseábamos dice Fernández Shaw—era oír hablar al aldeano, para "hacerme" con su saladísimo léxico. Después—nos explica el joven periodista—regresamos Romero y yo a Madrid, y pusimos manos a la obra con todo entusiasmo y cariño y seguros de que Guridi era el músico ideal para ella. Como estaba con grandes ansias de empezar a trabajar él por su parte, le fueron mandando los actos a medida que los tenían, y antes de llegar la primavera les comunicó que tenía acabada la partitura.

Al comenzar este último verano, Romero y Fernández Shaw se trasladaron nuevamente a Bilbao, y Guridi les leyó la partitura, que entusiasmo a los libretistas. Se hizo una pequeña labor de acoplamiento, y el músico se puso a instrumentar la obra, labor que ha desarrollado en el transcurso del verano.

—Lo demás—nos dicen Guridi y el poeta—va lo sabe usted. El maestro Moreno Torroba, director del teatro, habló con los miembros del Comité asesor, sus compañeros, Pablo Luna y Pascual Frutos, y éstos recomendaron al empresario, señor Martínez Penas, la aceptación de la obra. El director de escena, el veterano Luis París y el maestro Acevedo la acogieron también con todo cariño y... ya estamos ensayando.

Pedimos a Guridi que nos adelante algunas impresiones sobre su partitura, pero con modestia de verdadero artista elude todo comentario sobre la misma. Nos dice, sí, que ha hecho una cosa sencilla, y que ha pretendido reflejar, ante todo, el plácido ambiente de la aldea vasca y el temperamento de sus habitantes. Para ello ha empleado en muchos momentos melodías a base de temas populares, y en otros, frutos originales de su inspiración, cuya exuberancia nos es de obra conocida.

Cuando preguntamos al admirado músico por qué abandonó tan bruscamente el campo del teatro después del estreno de "Amaya" en 1900, nos contesta con frases en las que vemos un roco de melancolía y de desaliento. Queremos entrever en sus palabras un algo así como pena o desencanto ante la acogida que el público dispensó a aquella magnífica obra suya, tan injusta como lamentablemente olvidada...

Ahora Guridi vuelve a la lucha con mayores bríos y entusiasmos. Y nos nos equivocaremos mucho si creemos que el arte lírico se verá enriquecido con nuevas obras del insigne vitoriano, cuando éste saboree el éxito que no dudamos ni un momento ha de alcanzar "El caserio".

"Euzkadi" (Bilbao) 12-XI-926.

JORNADA GLORIOSA PARA NUESTRO ARTE

EL ESTRENO DE "EL CASERIO" CONSTITUYE UN VERDADERO ACONTECIMIENTO Y UN TRIUNFO DE LA MUSICA VASCA

EL MAESTRO GURIDI
se ve obligado a salir a
escena una y otra vez

Madrid.—Por las impresiones que hemos adelantado los pasados días habrán podido los lectores de EUZKADI darse cuenta de la extraordinaria expectación con que era esperado, tanto por inteligentes y técnicos como por aficionados de la música, el estreno de "El Caserio", última producción de Jesús Guridi, hecha sobre el libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw. Por consiguiente, consideramos innecesario pretender realzar el aspecto brillantísimo que esta tarde presentaba el Teatro de la Zarzuela. Como en los más grandes acontecimientos artísticos. Todas las personalidades representativas de la política, del arte y de la literatura esperaban con singular interés el momento en que se levantaría el telón. Recordamos haber visto, entre mil a Sánchez Guerra, Ordóñez y otros exministros; a los maestros Arbós, Lasalle y Villa; numerosas personalidades bilbaínas: marqués de Arriluce de Ibarra, conde de Abasolo, familia de Aznar, familia de don Juan Tomás Gandarias, familia del marqués de Urquijo, marqueses de Bolarque y los presidentes de las Diputaciones y diputados vascos que se encuentran en Madrid, los cuales ocupaban dos plateas.

IMPRESION DE CONJUNTO.—PRIMER ACTO

Bastaría para la gloria de un compositor el haber confeccionado no ya la magnífica partitura de "El caserio", sino tan sólo el prelude de su segundo acto, cualquiera de los dúos de barítono y tiple de los dos primeros actos, el coro final del segundo y el terceto del último. El que, como Guridi, hace interpretar a la orquesta estados de ánimo, sentimientos y pasiones como se expresan en la obra estrenada esta tarde, bien puede colocar su firma al lado de las más eminentes figuras de la música contemporánea. Pero al mencionar los números enunciados en el párrafo precedente no hemos querido insinuar que el resto de la partitura sea cosa de menos mérito. No. Toda la obra, desde su primera a su última frase, quedará en la historia musical, y quedará quizás considerada, tal es nuestra opinión, como la producción más sugestiva del ilustre compositor vitoriano.

Es, realmente, "El caserio" una obra de las que, como nos decía el maestro Arbós en el momento de caer el telón, hacen mucha falta para el renacimiento de la zarzuela, tan envenenada por extrañas influencias. Es obra que pertenece a la re-arquitectura de las que purifican el ambiente.

El hecho de que "El caserio" entre en el público como ha entrado, inspira la consoladora esperanza de que empiece a producirse una bienhechora selección en el repertorio, haciendo que éste se nutra con la savia de una música construida sobre los ricos y variados temas populares.

Como ya saben los lectores de EUZKADI, por haberse publicado en sus columnas el argumento de la obra, es esta una zarzuela de marcado, y perfectamente logrado, sabor vasco, a la que sus autores han acertado a dar un carácter de justo realismo, hijo de la cuidadosa observación con que han sido estudiados los tipos y costumbres del país donde la acción se desarrolla.

La música—insistimos—tiene deslumbradora energía y fibra melódica de los más altos vuelos. Tiene corte de ópera y está concebida con arreglo a las normas clásicas. No faltan en ella, sin embargo, graciosos momentos de sainete, con vivacidad saltarina y picardía jugosa, cualidades de las que están llenos sus preciosos duetos cómicos, todo ligereza y gracia, como el de Txomin e Inocencia en el último acto, que se repitió por aclamación. Hay pasajes dotados de gran fuerza dramática y tratados con melodías que concentran al oyente en su espíritu y esparcen por la sala un aroma nostálgico y triste.

Pues bien: si a esta estructuración musical añadimos un libro pulquérrimo, noble, interesante y ameno, como el que han dado a Guridi Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, tendremos una medida aproximada de la aprobación y entusiasmo con que "El caserio" ha sido recibido esta tarde por el público de Madrid, que llenaba totalmente el teatro, y que ya, a poco de levantarse el telón, comenzó a aplaudir con motivo de un admirable cuarteto: el "Matxaren", a base de tres naturales del país y un personaje castellano, el inclito secretario del Ayuntamiento de Arrigorri, bellísima visión de comicidad magistralmente lograda, tanto en el aspecto musical como en el plástico.

También han crepitado los aplausos a rabiarse al cantarse la romanza al caserio, al viejo "Sasibill", por el barítono José Luis Llorén, que puso a prueba toda su pujanza lírica; y el dúo de este certadísimo abertale de Arrigorri con su sobrina Ana Mari (señorita Herrero). Antes de pasar adelante, creemos necesario dejar sentado un incondicional elogio para la señorita Herrero, que ha cantado toda la obra con dignidad y dando prueba del más

fino y depurado gusto, viéndose obligada, como premio a su labor, a salir reiteradamente a escena al finalizar el acto. También ha sido requerida varias veces con ruidosas ovaciones la presencia de los autores, que han recogido el homenaje más entusiasta del público.

LA EZPATADANTZA
Impone su virilidad en el escenario madrileño de la Zarzuela

SEGUNDO ACTO

Pero lo que en verdad ha hecho desbordarse el entusiasmo ha sido el prelude del segundo acto. Para dar una idea, aunque sólo fuera relativa, de él, sería preciso escribir un capítulo muy largo cuyo desarrollo obstaculizan como se comprenderá, por razones de tiempo y de espacio.

Ha hecho Guridi en este acto una recopilación selectísima y copiosa de la múltiple y variada gama de temas vascos, entreverados y desarrollados con sabiduría, gusto y dominio admirable de la técnica. Algo sencillamente imponderable en los estrechos límites de una sonora impresión trazada a la ligera como es ésta que transmite. Paulatinamente, mediante las mutaciones más graciosas, van desfilando por el escenario, en los aires del chibit y del aurreku, las auras risueñas de las romerías con los ecos de las canciones más populares. Desta uemos en medio de este ambiente los primores de la espata-danza, y nos hallaremos ante un prelude que es un prodigio de arte, que los técnicos no se cansaban de alabar. Y esta misma ha sido también la impresión del público, que al final de la repetición, puesto en pie, ha obligado a Guridi a presentarse repetidamente en la batería para tributarle, en los aires del chibit y del aurreku, todas las manos, hasta las de los profesores de la orquesta, que eran, sin duda, los más entusiasmados de lo que sus instrumentos interpretaban.

El segundo acto es, a juicio de muchos inteligentes, el más completo. Se ha bisado la canción de los pelotaris de Elgóibar: las improvisaciones de los versolaris, cantadas por el tenor Peñalver y Antonio Palacios, que han estado insuperables; el dúo de Santi y Ana Mari y la espata-danza del "Bisneko" que ha triunfado de un modo afirmativo, gracias a los ensayos tan magistralmente dirigidos por el profesor bilbaíno señor Zubizarreta, que, como se sabe, vino a Madrid expresamente para ello. Las canciones y el coro final de este segundo acto son dos nuevos alardes de teatralidad.

Como al final del anterior, al terminar este acto, los autores, han vuelto a nacer nuevas salidas a la escena para recoger los aplausos, cada vez más crecientes.

TERCER ACTO

¿Y qué decir ya del tercer acto? Francamente magnífico. Registramos en él un dúo delicioso de Txomin e Inocencia, que han abrigado con sus aportaciones co-



micas Anrmo Palacios y Flora Pereyra. siendo bisado por aclamación, un terceto del tenor, el barítono y la tiple, que es de lo mejor de la obra y que ha sido ejecutado con amorosidad por Peñalver, Lloret y la señorita Herrero, y un coro dechado de perfecciones armónicas.

Al final, el telón se ha alzado varias veces, volviendo a aparecer Guridi, Romero y Fernández Shaw, y con ellos el maestro Auredor, que ha conducido la orquesta con el mayor acierto y entusiasmo, y Eloy Garav, que ha sintetizado en las decoraciones, con su gusto peculiar, las notas más pintorescas del paisaje vasco.

Algunas opiniones autorizadas

LA DEL MAESTRO ARBOS,
DIRECTOR DE LA ORQUESTA SINFONICA DE MADRID

"No me extraña absolutamente nada el triunfo del maestro Guridi, cuyos merecimientos y aptitudes conozco de antiguo.

Me ha encantado el ver tan magníficamente reflejadas en la obra todas las costumbres y cosas del País Vasco.

Todos ya comenzábamos a estar cansados de que los actores sitúen la acción de sus obras en Holanda, Irlanda o cualquier otro país extranjero.

He saboreado mucho la obra, porque casi la mitad del año la paso en el País Vasco. Tengo una casa en Ategorrieta (San Sebastián), y como conozco bien aquel ambiente, he podido apreciar la fidelidad con que ha sido transportado.

Creo sinceramente que "El caserio" ha contribuido sobremedura a enriquecer el

LA DEL MAESTRO VILLA,
DIRECTOR DE LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID

"No tengo palabras bastantes para elogiar el conjunto de la partitura del maestro Guridi. Toda ella es un dechado de perfección, y lo que más me ha chocado es el modo que tiene este autor de articular los "duetos" cómicos, que ha hecho con una jugosidad y un corte especial, que, como ustedes habrán podido ver, han impresionado favorablemente al auditorio.

Guridi merece las más entusiastas felicitaciones de todos los músicos."

LA DEL MAESTRO PABLO LUNA, DEL COMITE ASESOR DEL TEATRO LIRICO

"El caserio" es una obra preciosa, que honra a la música y que merece la gratitud de todos los músicos.

Aparte del aprecio personal que siento por Jesús, y que ya demostró estrenando en Madrid su "Mirentxu", el estreno de "El caserio" me mueve a postrarme ante el gran músico y considerarme uno de sus más fervientes admiradores.

¡Esto es enorme, señores, y no hay palabras para comentarlo!"

LA DEL CRITICO SEÑOR GABALDON, "FLORIDOR", DE "A B C" :: :: :: :

"Guridi ha sabido ver con aristocrática elegancia la Musa popular, haciendo sen-

tir toda la fuerza y vibración de su expresivo carácter."

LA DE DON JORGE DE
LA CUEVA, CRITICO DE
"EL DEBATE" :: :: :

"Esto es magnífico, y merece todas mis simpatías por estar basado en los cantos populares del País Vasco, cuya riqueza melódica no me he cansado nunca de proclamar.

El libro es una monada, pues mantiene en todo momento la nota de color. Me recuerda algo las canciones e historietas del poeta Antonio de Trueba."

LA DEL PRESIDENTE DE
LA DIPUTACION DE
VIZCAYA, DON ESTEBAN
BILBAO :: :: :: :: :

"Estoy realmente emocionado. No tengo palabras con que ponderar esta deliciosa partitura de nuestro querido Guridi, que marcará una fecha memorable en nuestra Música".

LA DEL PRESIDENTE DE
LA DIPUTACION DE ALA-
VA, SEÑOR GUINEA :: :: :

"Lamento no haber podido llegar al teatro sino después de haber terminado el primer acto, pues una conferencia que he tenido que celebrar con el ministro de Fomento me ha impedido llegar antes.

Lo primero que he oído ha sido el preludio del segundo acto, que me ha impresionado hondamente.

Comentando la obra diré que acaso pe-

que—si ello es pecado—de exceso de localismo, pero digo esto pensando en el público de Madrid, porque nosotros lo hemos saboreado, como ustedes habrán podido observar."

LA DEL MAESTRO
JESUS GURIDI

"Estoy muy bien impresionado de la magna acogida que el público de Madrid ha dispensado a mi obra.

No tengo palabras bastantes para elogiar, como se merece, la interpretación que estos notables artistas han dado a "El caserío".

Yo temí un poco que el ambiente vasco que en ella se cultiva no entrase en este público, pero me he visto gratamente sorprendido al ver que desde el primer momento la obra era acogida con la máxima comprensión y agrado."

LA DEL SEÑOR FERNAN-
DEZ SHAW, COAUTOR
DEL LIBRETO.

"¡Señores! ¡Estoy loco de contento! ¡Esta es la mayor alegría que he recibido en mi vida artística!

Nosotros teníamos confianza en que Guridi nos hiciera una cosa perfecta, pero nunca que llegara a esta grandiosidad.

Le hemos servido un libro honrado y modesto, que él ha engrandecido con sus ilustraciones musicales de tan sorprendente efecto, como ustedes habrán podido observar."

Con ocasión del estreno de la obra "El caserío", que tendrá lugar mañana en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, nuestro activo corresponsal en la Corte nos ha enviado la siguiente e interesante información relacionada con dicha obra, a la que, como se sabe, ha puesto música el maestro Guridi.

ARGUMENTO DE

« EL CASERIO »

La acción de "El caserío" transcurre en la época actual, en Arrigorri, imaginaria aldea de Vizcaya. En una breve meseta—ya cerca de la cumbre—del monte a cuya falda se acoge la aldea, álzase "Sasibill", el caserío que Santi, alcalde de Arrigorri, heredó de sus mayores. A la protectora vecindad de "Sasibill" se ha acogido una modesta casa que es sidrería y vivienda de un matrimonio formado por Eustasia y Manu, con quienes vive su hija soltera Inosensia.

Amanece al levantarse el telón. Se oyen lejanos cantos del coro. De la sidrería sale, para ir a misa, Eustasia, quien reniega de su hija: una

"sinsorga" que aún no ha terminado de arreglarse. Del caserío surge Ana Mari, sobrina de Santi, que vive allí con él y con José Miguel, su primo, también sobrino del alcalde. Tanto Ana Mari como José Miguel son huérfanos. Sus padres emigraron a América y allí murieron. José Miguel fue traído y recogido hace algunos años por Santi y se ha hecho en Arrigorri uno de los mejores pelotaris de Vizcaya. Ana Mari llegó de Méjico hace un año y también ha sido recogida por Santi en su caserío.

Ana está preocupada porque José Miguel ha pasado la noche fuera de casa y aún no ha vuelto de Bilbao. Cuando momentos después, sale Santi y pregunta por el sobrino, ella procura, aunque inútilmente, encubrirle. Llegan don Jesusito, secretario del Ayuntamiento, que es castellano; Manu, el marido de Eustasia, que es un vago cuya única habilidad es tocar el chistu, y Chomín, alguacil del Municipio y criado de Santi.

Ante ellos saca Eustasia de una oreja a Inosensia, que está enamorada de Chomín; pero éste no la corresponde porque está prendado de Ana Mari, a quien, en cuanto se quedan solos, le declara su amor, sin lograr de ella más que consejos para que mo-

dere sus novelescos propósitos de emigrar "para llegar a ser asomista."

Hay una breve escena de Ana Mari con Cata y Miran—dos jovencitas aldeanas, que van a misa—, y otra de las muchachas con José Miguel, que las requiebra. Cuando las chicas se van, surge un dúo de José y Ana, en el que ésta reprocha a su primo que malgaste su juventud. Luego le dice que el tío Santi está disgustado, porque vé que sólo piensa en diversiones. Además, quiere que se case. "¡Podía haberse casado él!"—exclama José Miguel. Ana añade que también quiere el tío que ella se case. A esto le responde el muchacho que no tenga prisa: "El tío Santi, a lo mejor, vive menos de lo que se piensa. Y entonces tú le heredas la mitad y yo la otra media. Se vende todo esto y se va cada uno por su lado."

Chomín, que ha oído estas palabras, increpa a José Miguel porque piense en esas cosas, lo cual no obsta para que luego, al quedarse a solas con Ana, le diga que si piensa en boda, allí está él, que la quiere con locura.

Se va la muchacha a la ermita. Y llegan Manu y don Jesusito, que con Chomín y José Miguel—que ha vuelto a salir del caserío—se ponen de acuerdo para beberse un barrillito de

vinó blanco, que guarda Eustasia en la bodega de su casa. Cuando ya están dando fin al barril, llega efectivamente Eustasia, quien se indigna al comprobar el despojo que su marido y los amigos le han hecho. José Miguel le calma, ofreciendo cinco duros por el vino que queda, e invita a los hombres a beber sidra fresca en casa de Eustasia y Manu. Sólo permanece en escena Chomin, a quien encuentran, cuando vuelven de misa, Ana María Inosensia. Chomin torna a hablar de su cariño no correspondido; pero sus frases, no claras, hacen creer a la hija de Eustasia que a quien se refiere es a ella.

Sucede a esta escena otra de Santi y don Leoncio que es el párroco de Arrigorri. Por lo que hablan, se sabe que Santi, cuando era joven, estuvo enamorado de Marichu, la madre de Ana Mari. Pero antes que él se declaró a Marichu su hermano Martín y entonces Santi decidió ocultar aquel cariño. Martín y Marichu marcharon a América, donde tuvieron a Ana Mari. Luego murieron los dos. Y ahora la muchacha, muy parecida a su madre es para Santi, que la ha recogido, como una hija, a quien él quisiera dejar, en herencia, el caserío. Sin embargo, Santi reconoce los derechos de su sobrino varón José Miguel y tampoco le parece bien desheredarle. Don Leoncio propone el casamiento de los dos muchachos, pero Santi no lo cree posible. Entonces al sacerdote se le ocurre una idea: la de que Santi anuncie su propósito de casarse pronto... con quien sea. La cosa es ver el efecto que la noticia produce en los sobrinos y proceder en consecuencia. Santi acepta la idea, porque ella, a su juicio, permitirá que Ana Mari, estampa de su Marichu, sea feliz en "Sasibill". Y, al quedarse solo evoca, frente a su caserío, la memoria de aquella mujer, que iluminó su vida.

Pronto, en efecto, ante sobrinos, subordinados y vecinos, hace saber Santi su propósito de casarse, con la mujer que elija. Eustasia, ante la posibilidad de "colocar" a Inosensia, la hace salir inmediatamente; Chomin va a comunicar la nueva a los aldeanos, y José Miguel no puede ocultar el disgusto que la decisión del tío le ha producido. En cambio Ana Mari, cuando se entera, le parece aquella muy natural y se brinda a buscar ella misma novia para su tío entre sus amigas. Acuden los aldeanos, a quienes el alcalde invita a beber "chacoli". Quedan solos José Miguel y Ana Mari. Ella intenta disipar su mal humor y retenerle. Pero él, silenciosamente, se aleja. Ella le ve partir con entristecido pesar. Santi y don Leoncio sorprenden la escena complacidos.

El acto segundo se desarrolla en la plaza Mayor de la supuesta Arrigorri, con la iglesia al fondo, una fonda a un lado y un café, que Eustasia y Manu han instalado con sus ahorros, al otro. Es por la tarde, en el día de la Virgen de agosto. Hay unas escenas pintorescas de carácter popular, en las que, entre otros, toman parte "Mingorrieta" y "Lecanda II", pelotaris que han venido a tomar parte en el partido. A poco llega José Miguel (cuyo apodo es el de "Chiquito" de

Arrigorri) con su compañero "Elbarrés IV". A preguntas de Eustasia, dice José que ha venido a jugar el partido, como todos los años. Pregunta, a su vez, a la vieja y ésta le informa de que Santi, aún no ha elegido esposa, aunque "parese" que mira a Inosensia con buenos ojos." Sale don Jesuquito que, como secretario del Ayuntamiento ajusta a los pelotaris, con quienes se va, para pagarles.

José Miguel es el único que se queda, retenido por la llegada de Ana Mari, que va a la iglesia, por ser camarera de la Virgen. Ambos se alegran de verse; pero no tarda Ana en descorazonarse—ella que tiene puesta su ilusión en su primo—al oír de sus labios que trae el plan de hacer el amor a las muchachas a quienes el tío Santi vaya escogiendo por esposas. Como él es más joven y, además, heredero forzoso de su tío, considera segura la victoria. Ana Mari intenta en vano disuadirle. No obstante, cuando la muchacha le deja, para entrar en la iglesia, José Miguel siente, por primera vez, la emoción del cariño de Ana Mari, a quien siempre ha considerado como una hermana. ¿Estaré enamorado?, se pregunta.

Interrumpen sus meditaciones Chomin, vestido de espatañanari, Eustasia e Inosensia, a quien José Miguel, en virtud del plan que tenía proyectado, se dedica a piropear. Cruza la escena la procesión de la Virgen, que regresa a la iglesia. Hay después una animada espatañanza, terminada la cual José reanuda la conquista de Inosensia, recitándole versos, que la chica—debido a un "quid pro quo"—atribuye a Chomin, de quien sigue enamorada.

Ana, que ha visto, apesadumbrada, la conducta de su primo, aprovecha poco después la oportunidad de haberse marchado todos al partido, para hablar con su tío y con don Leoncio. Dice a Santi que comprende que su decisión no la inspiró pasión alguna, sino el deseo de encontrar una mujer que pueda acompañarle y que dé a "Sasibill", en su día, un año nuevo y joven, que ponga en el viejo caserío sus ojos, como él. Y ante el asentimiento de Santi, Ana Mari dice que esa mujer es ella. ¡Eso es un sacrificio!—arguye Santi. Pero Ana replica que para ella no lo es porque no tiene aspiraciones a otro cariño ni en ella se ha fijado ningún hombre. Llega Chomin con noticias del partido. Don Leoncio se va a ver el final y tío y sobrina tienen un dúo en el que Santi no oculta su júbilo al sentir que resucita en sí una ilusión. En cambio, Chomin, que los oye, sufre un gran desengaño al ver que es ya un imposible su amor hacia Ana.

Después de un cómico lance del que es víctima don Jesuquito y de una escena de familia en la que Eustasia da a la "sinsorga" de su hija lecciones de coquetería para que conquiste a Santi de una vez, vuelven los del partido. Han triunfado José Miguel y Elbarrés IV, que convidan para celebrar el éxito. Chomin se extraña de esa alegría cuando, a su juicio, no mere-

cen más que desgracias. José se ríe de Chomin y entonces éste le dice que también a él le va a tocar en el bol-sillo. El pelotari, echándolo a broma, le responde que, puesto que tiene afición a los versos, se lo diga como versolari. Y surge entre ambos una lucha de versolaris, en la cual Chomin termina por declarar que Santi va ha elegido esposa y que la elegida es Ana Mari.

Esto produce en José enorme efecto. No es el dinero lo que le importa, sino su corazón, sinceramente interesado ya por Ana. Así es que cuando luego, pregunta a Santi si la noticia es cierta y tanto el tío como la prima se lo confirman, no puede ocultar sus sentimientos y, en un aparte confiesa a Ana su amor. Pero ya es tarde. Ana Mari ha dado a Santi su palabra y no puede volverse atrás. Entonces José decide marcharse para siempre de Arrigorri. Y Santi que ha advertido con la consiguiente alegría el principio de amor de José Miguel hacia

Ana, la otorga su bendición en la confianza de que volverá, mientras que el pueblo se entrega, bulliciosamente, en la plaza, al clásico baile suelto.

El tercer acto ocurre en una noche de invierno. En la cocina de "Sasibill" se hallan reunidos Ana Mari, Eustasia, Inosensia, con Jesucito y varios aldeanos y aldeanas desgranando espigas de maíz. Santi y don Leoncio, sentados aparte, presencian la operación. Los que trabajan cantan para aliviar la faena y Ana Mari entona una canción. Llega Chomin, calado de agua, por lo mucho que llueve fuera y Santi le envía al establo y luego en busca del veterinario porque una vaca está con síntomas de alumbramiento. Se van todos a seguir desgranando maíz a casa de Eustasia y, al quedar Santi a solas con el sacerdote, le dice que va a tener que casarse a la fuerza. El lo ha ido retrasando desde agosto todo lo que ha podido con la idea de que José Miguel acudiría en busca de Ana. Pero no ha sido así. Y él comprende que no puede sostenerse más esta situación equívoca.

Esta conversación es oída por Eustasia que encuentra que es otra vez ocasión de que Inosensia se declare a Santi. La chica se resiste; pero su madre la obliga, dejándola sola cuando cree que Santi llega; pero el que aparece es Chomin y a éste sí que se declara Inosensia, siendo, para su gozo, correspondida.

Ana llama luego a Chomin, entregándole, para el correo, una carta dirigida a José Miguel. El muchacho es sorprendido por Santi, que le quita la carta y que trama después una conversación con su sobrina a quien dice que ha comprendido que la boda con él no es cosa de su gusto, pero que también se ha demostrado que José no la quiere, puesto que no ha venido a arrancarla de sus brazos. En vista de esto, ambos, resignados, acuerdan anunciar al día siguiente la fecha de su boda.

Marcha Ana a su cuarto. Y de pronto, llega, enérgico, José Miguel en busca de Ana. No la quiere por dinero, sino por ella. Renuncia a todo por Ana Mari. Santi llama entonces a su sobrina y, al comprobar el cariño intenso de ambas, apadrina el nuevo matrimonio, contento porque ve asegurada en sus herederos la posesión del viejo caserío. Y todos los que vuelven de casa de Eustasia, felicitan a los tres efusivamente.



DON FEDERICO ROMERO, AUTOR DEL LIBRO DE "EL CASERIO"



DON JESUS GURIDI, AUTOR DE LA MUSICA DE "EL CASERIO"



DON GUILLERMO FERNANDEZ SHAW, AUTOR DEL LIBRO DE "EL CASERIO"

Una entrevista con el maestro Guridi

Estreno de una obra del maestr, Guridi en el teatro de la Zarzuela, de Madrid. El cronista, que gusta de cultivar la actualidad y que está atento a cuanto puede despertar la curiosidad o el interés del público de Bilbao, no dudó en buscar al ilustre autor de "Amaya" apenas supó que el maestro se encontraba en Madrid y que habían comenzado los ensayos de su nueva obra.

Guridi, lanzado ahora a estrenar una zarzuela—pensábamos mientras

que nos dirigiamos al teatro—; el compositor que en la ópera y en el género sinfónico supo alcanzar la máxima consideración, el que en una obra inolvidable logró ser intérprete del alma vasca, con todos sus sentimientos y tradiciones raciales, ¿cómo habrá abordado este género de nuestra zarzuela, tan necesitado de vigorosos impulsos y tan digno de lograr con el esfuerzo de todos los que pueden, el florecimiento que esperamos?

Cuando llegamos al coliseo de la calle de Jovellanos—como vulgarmente se llama también al teatro que es hoy templo del arte lírico nacional—se hallan autores, cantantes, actores y profesores de orquesta consagrados a ensayar "El caserío". En el escenario, la tiple Felisa Herrero, el barítono José Luis Lloret, la señorita Pereira, la señora Galindo, Palacios, León, Valle y otros excelentes artistas "pasan" las escenas del acto tercero, congregados en una típica cocina de caserío vasco, reproducida de modo admirable por Eloy Garay, el gran escenógrafo bilbaíno que, sin duda, alcanzará ahora un nuevo resonante triunfo. El telón está echado para que, al mismo tiempo, puedan ensayar cómicos y orquesta.

Más allá, en "el cuarto de los maestros", aprende o perfecciona, al piano, su parte cantada el tenor Pefalver. De los salones de arriba llegan, apagados, los ecos de un baile enérgico y viril. "Es Zubizarreta—nos dicen—que está enseñando a bailar la espata danza".

"Pero, ¿y Guridi?"—preguntamos. "Abajo, en la orquesta"—nos responden amablemente—; "puede pasar, si quiere".

En efecto, en la penumbra de la sala, iluminada tan sólo por las luces de los atriles, se recorta, tocada con sombrero blando de anchas alas, la silueta, en Vizcaya tan conocida, del ilustre director de la Coral. Al frente de la orquesta, el maestro Acevedo, entendido y entusiasta, va desfilando las páginas de un dúo de acusada línea romántica.

Suena la orquesta amplia, segura—esta valiosa agrupación del teatro Real, integrada por los elementos más prestigiosos de Madrid—y su sonoridad, rica en matices, hace asomar un leve gesto de satisfacción en el semblante de Guridi. Cuando el número termina, los profesores premian con un efusivo murmullo la labor de artista del compositor.

Ha concluido la primera parte del ensayo y llegó el momento de fumar el obligado cigarrillo. Guridi aprovecha la tregua para acudir a estrechar, en el pasillo de butacas, manos amigas. Allí el marqués de Bolárque y Fernando Urquijo, el diputado de Vizcaya señor Ornilla, el empresario Martínez Penas, los autores del libro de "El caserío", Romero y Fernández Shaw.

Camarada de este último en las tareas periodísticas de "La Epoca", él me sirve de intermediario para la presentación. Guridi, espontáneo y sincero, me acoge con franca cordialidad; pero modesto y preocupado, rehuye todo "interview". El ha venido a trabajar, a ensayar su obra; a exponerla ante la consideración del público... y a nada más. Sin embargo, comprende las exigencias de la actualidad, agradece "la atención inmerecida" de EL NERVION y se dispone a contestar a nuestras preguntas.

—¿.....?

—Efectivamente, hace algún tiempo que proyectaba escribir una zarzuela. Trabajos de otra índole y obligaciones inherentes a los cargos que en Bilbao desempeño, me habían ido obligando, sin embargo, a aplazar ese propósito, del que dí cuenta a amigos míos en más de una ocasión.

—¿.....?

—El marqués de Bolárque fué. Puede decirse que él es el padrino de "El caserío". Enterado de mis deseos y juzgando que ellos podían hacer el libro que yo quería, habló en Madrid a los autores de la letra de "Doña Francisquita".

—¿.....?

—No señor! Hubo una coincidencia curiosa. Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw tenían, desde hacía algunos meses, escrito el argumento de una obra lírica vasca. Y cuando estaban pensando al compositor a quien habían de encomendar la música, surgió la entrevista con Bolárque.

—¿.....?

—Figúrese usted! "¡Si esto es precisamente lo que buscábamos!", creo que dijeron ellos. Y "¡si esto es lo que yo deseaba!", exclamé yo, más tarde, cuando Luis Urquijo me envió el argumento que mis colaboradores de hoy le entregaron.

—¿.....?

—A mí me gustó, principalmente, porque sobre una trama en la que se acusa el amor del vasco a su tierra y a su hogar, se desarrollaban en la obra tres cuadros de vida popular, propicios a situaciones líricas.

—¿.....?

—Hace cerca de dos años. Puestos ya de acuerdo sobre las líneas gene-

rales del plan, quisieron Romero y Fernández Shaw, antes de seguir adelante, ir a Vizcaya, para observar de cerca tipos y costumbres. Lo hicieron, en efecto, en el verano de 1925; y juntos recorrimos entonces pueblos y aldeas de Arratia, asistiendo a fiestas, visitando caseríos y conversando con los aldeanos. Cuando ya creyeron tener los materiales que necesitaban, regresaron ellos a Madrid y comenzaron a dialogar la obra, que me fueron remitiendo luego por actos terminados.

—¿.....?

—Yo hice la composición de "El caserío" durante el pasado invierno. Y la instrumentación este verano, en que volvíeron a Bilbao mis colaboradores, para comprobar giros de frases y modos característicos de hablar con varios conocedores de la vida y costumbres de nuestros aldeanos.

—¿.....?

—No sé qué responderle. Únicamente que he procurado mantenerme en un plano de sencillez, que pueda ser asequible a todo el mundo. Entendiéndose que, al decir "todo el mundo", me refiero, naturalmente, a todos aquellos que posean cierto temperamento musical.

—¿.....?

—Desde luego. Un marcado carácter popular. En los temas populares de las Vascogadas, como en los de otros liados, hay un caudal de bellezas, de verdadera calidad.

—¿.....?

—¡Ah! Eso, ¡quién sabe! Yo he puesto buena intención, fe y entusiasmo: pero en estos instantes yo no sé ni lo que la obra es ni mucho menos lo que será.

..

Oportunamente, cuando nuestras preguntas, ya acaso indiscretas, iban a poner en aprieto al maestro Guridi, llega Acevedo requiriéndole para continuar el ensayo.

Una última demanda nuestra detiene al maestro, que ya se despide.

—¿Cuándo es el estreno?

—No sé; quieren que vaya el día 11. ¡Allá veremos!

Ha vuelto a sonar la orquesta. Ahora "dice" la cuerda un zortzico; pero un zortzico que dijéramos estilizado.

Cerramos los ojos. Y nuestra imaginación, excitada por el poder evocador de la música de Guridi, nos lleva a aquellos campos vizcaínos de manzanos y parras, testigos de los juegos de nuestra niñez.

UNAS ESCENAS DE «EL CASERIO»

SANTI y DON LEONCIO, un sacerdote viejecito y simpático. Vienen por el foro izquierda.

SANTI.—¡Ya querrá usted el chocolate en mi casa? Del bueno, bueno le daré.

D. LEONCIO.—Gracias, Santi. El chocolate no me prueba. ¡Hipercloridía que dicen que es!

Merlusa y beras a todo pasto.

SANTI.—Quería hablarle, pues. Antes que nadie sepa, quiero decirle una cosa.

D. LEONCIO.—Háblate.

SANTI.—Mejor si bajaría a su casa...

D. LEONCIO.—Háblate hombre. Aquí debajo del árbol. ¿Es secreto o así?

SANTI.—Usted está en todos mis secretos.

(Se sientan bajo el árbol)

D. LEONCIO.—Verdá es. Nadie supo más que yo aquel hermoso sacrificio que por tu hermano hiciste. Otro no habría hecho. Querer en silencio a una mujer y callar tu cariño al conocer que tu hermano Martín también la quería... Verlos que se casaban y su padrino ser, con la risa en los labios... Eso, pocos, Santi.

SANTI.—Marichu mi ilusión fué desde niño... Pero ya sabe usted que yo soy callao.

D. LEONCIO.—Mucho, mucho.

SANTI.—"Cuando salga de quintas,—me pensé,—ya la diré que la quiero. Y, en un mes, nos casamos." Martín le dijo antes, y a mí que desde ocho años o días ya le gustaba. Me alegré de haberme callao. Martín era más guapo que yo. A Marichu bien le pareció. Como si calabases me habría dao, me pensé cuando se casaron.

D. LEONCIO.—Eso es el pensamiento; pero en el corazón...

SANTI.—En el corazón, aún se está. Cuando me traje aquí a su hija y vi en la de Ana Mari toda aquella cara, no sabía si llorarle o morirme, si besarla o..... ¡Era Marichu hace veinte años! Mucho me padece entonces; pero Dios quiso darme un rato bueno de razón y una noche soñé que me había casao con Marichu, que Ana Mari era nuestra hija... Cuando me desperté, me dió rabia; pero luego me entró un gran consuelo... Le encargué un funeral a su alma, me puse luto... y pa mí, desde aquella mañana, Ana Mari es hija mía, porque el Señor, en un sueño, me la trajo.

D. LEONCIO.—Y ahora, ¿qué es lo que quieres decirme? La merlusita ¿sabes?

(Mirando el reloj)

SANTI.—Yo quiero que Sabibill, que es mi otro cariño, y las tierras que treinta años de trabajar con estas manos, han convertido, de sarrales que eran, en campos de borona, manzanos y parras, sea para Ana Mari. Pero tengo un sobrino, José Miguel,—un hombre,—el mayorazgo en buena ley de esta tierra. Desheredar a José Miguel... no me parece cristiano ni legal, aunque él anda de pelotari... y de diversiones. No le gusta la tierra. Don Leoncio.

ESCENA XII

DICHOS Y EUSTASIA

EUSTASIA.—(Saliendo)

¡Buena bacaladita! ¡Egunón! Ya me perdonará que me caldría al crutas frates. Fiesta de precepto no es. Y Manu el desaparecido se ha hecho. Chacolí de celebrar se le ha bebido. Pero ya compraré mejor. Dos duros o así voy a gastarme.

D. LEONCIO.—Bueno, bueno, Eustasia.

EUSTASIA.—De confesión o así ya veo que se andan. Agur, agur...

(Entra en su casa)

ESCENA XIII

(SANTI Y DON LEONCIO)

SANTI.—¿Qué le paresa, pues?

D. LEONCIO.—Casarlos haría yo.

SANTI.—Ya me he pensao. Y ya les digo al uno y a la otra si no se buscan novia y novio. Que al día que me oigan con atención, ya puede que se fijen en que no hay otros más sercas que ellos dos.

D. LEONCIO.—Pues mejor si te casarías tú con Ana Mari.

SANTI.—¡Don Leoncio!

D. LEONCIO.—No hay quien te discutiya su derecho.

SANTI.—Ya he dicho que como hija es pa mí. Veintiséis años más viejo que ella. Si ella sería desgrasiada conmigo, nunca no me perdonaría.

D. LEONCIO.—Hijo, pues confíete tremendo te trae.

SANTI.—Ya lo creo que es, porque yo me sé bien que el sobrino no anda por aquí más que a ver si me muero y se coge el herencia.

D. LEONCIO.—¿Quieres saberlo cierto cierto?

SANTI.—Ya quería.

D. LEONCIO.—La paloma del Espíritu Santo o así me ha rosado con un ala. Díte que te casas.

SANTI.—¿Con quién?

LEONCIO.—Ya te buscarías.

SANTI.—Pero sin comprometer.

D. LEONCIO.—Tú y yo nada más no sabemos. Si se enfada, cierto es lo que te piensas. Y quisás, quisás, que se vaya donde las cupletistas esas y no vuelva por Arrigorri.

SANTI.—La gran idea, Don Leoncio.

D. LEONCIO.—Anebo, anebo te quedas con tu consensina y con todos.

SANTI.—Y ya tiene Sasibill... ama buena que guarde mi arca de arcoterodos...

D. LEONCIO.—Y ya me puedo ir a que me dean la marlucita.

(*Levantándose*)

SANTI.—Que aproveche, Don Leoncio. Muy agradecido me quedo.

D. LEONCIO.—Satisfecho yo si mi raseta te sirve.

SANTI.—Agur, Don Leoncio.

D. LEONCIO.—Agur.

(*Vase por la derecha*).

"El Nervión" (Bilbao) 12-XI-1926.

El triunfo del maestro Guridi con la obra "El Caserío"

La Prensa de Madrid dedica grandes elogios al compositor y a los autores de la letra

Madrid. — Según estaba anunciado a las cinco de la tarde empezó ayer en el teatro de la Zarzuela el estreno de la comedia lírica en tres actos, letra de los señores Romero y Fernández Shaw y música del maestro Guridi, "El Caserío".

Es la primera función que se ajusta a la innovación del horario de teatros.

Bajo la marquesina del popular coliseo se agolpaba el público atraído por el interés del estreno y la calidad de los autores de la obra.

Llovía copiosamente y estaba la taquilla cerrada con el cartelito de "No hay billetes".

El vestíbulo estaba lleno de público, que poco a poco fué acomodándose en sus localidades.

Momentos antes de que sonaran los timbres el salón ofrecía un aspecto verdaderamente imponente, pues todas las localidades se hallan ocupadas.

En los corrillos, antes de que empezara la función, se confundían los autores del libreto con los periodistas, críticos, escritores, etc., y todos convenían en vaticinar que el éxito de "El Caserío" iba a ser grande para Guridi y sus colaboradores, señores Romero y Fernández Shaw, autores del libreto de "Doña Francisquita".

Asistieron al estreno los presidentes de las tres Diputaciones vascas, quienes dijeron:

—Hoy sí que es un día de gran concierto.

—Y sin contrincantes que estorben —les respondemos.

La representación de la colonia vasca era nutridísima; aunque al gran cantidad de público que en el teatro tiene cabida supone que no eran mayoría, ni mucho menos, los paisanos del autor, por lo que el éxito tiene

Se encontraban en el teatro distinguidas familias vascas; y vimos, entre otras personalidades del país a los señores Gandarias, Pradera, Pica-veas, etc.

También estaba el ex presidente del Consejo, señor Sánchez Guerra.

Los primeros compases de la partitura de Guridi obtuvieron un gran éxito, que fué en aumento hasta llegar a desbordarse al final del primer acto. Y así los tres actos, número tras número, toda la obra.

Para Guridi, la jornada de ayer fué una consagración definitiva. Entre aclamaciones y tuvo que salir a escena a la terminación de todos los números y al caer el telón e nada uno de los tres actos. Al final de la obra, el entusiasmo del público cristalizó en una ovación inenarrable.

La partitura tiene motivos temáticos de carácter vasco donde el chistu y el tamboril, los "aureskus" y "zortzikos", acentúan el ritmo íntimo y afinado de Guridi, que ha compuesto una obra original, inspiradísima, de una gran riqueza melódica, sólida, elegante y sinfónica.

De cuando en cuando, un fugaz motivo humorístico contrasta con la seriedad y belleza de la partitura.

La representación de la obra comenzó con gran solemnidad; y al alzarse el telón, el teatro parece un templo por el gran silencio que reina.

A poco de atacar la orquesta las primeras notas del preludio, comenzó a correr por la sala un murmullo de aprobación.

El preludio, admirable de ritmo y orquestación, se une a un número que cantan coros lejanos en precioso aire de zortzeo.

El número siguiente es un dúo de tiple y tenor, de corte bellísimo, que levanta a su terminación una ovación ensordecedora y mantenida, que exige la presencia de los autores en el escenario.

El número final del primer acto es un concertante, formidable de expresión, tema y orquestación, que hace vibrar al público, quien en ovación enorme y continuada hace levantar el telón infinidad de veces y salir al escenario a los autores, al director de orquesta, al escenógrafo y a todos los artistas que han tomado parte en la obra.

El segundo acto aumentó el interés del público. La orquesta, que está muy bien, electriza al público en la interpretación acabadísima de un maravilloso preludio de aires vascos populares, con un solo de tristu, magistral. Uno de los temas predominantes en este preludio es la alborada de San Juan.

Al terminar el preludio la ovación es enorme, y Guridi sale nuevamente a escena a recibir los aplausos de una multitud locamente entusiasmada. La orquesta, a la que se hace levantar para ovacionarla también, tiene que repetir el preludio, seguido de otra gran ovación.

Se repite la ovación clamorosa poco más tarde, en un número breve, pero lleno de originalidad y delicadeza y rico en motivos musicales, para tiple y barítono.

Viene después otro número que causa una gran impresión. Se trata de una contienda bersolaris, interpretada por el tenor cómico, que se disparan una serie de versos, musicales en motivos populares vascos.

La ovación dura largo rato y tiene que salir de nuevo a escena Guridi y los autores de la letra, repitiéndose el número ante los reiterados bis, bis, que parten de todo el teatro.

El número final del acto, en el que intervienen todas las partes cantantes, se recibe con otra gran ovación, levantándose el telón infinidad de veces, en tanto que otros espectadores se atropellan para llegar al escenario para felicitar a los autores.

Suenan los timbres para dar comienzo al tercer acto; y otra vez el público, entusiasmado, insiste en las ovaciones a cada momento, haciendo repetir todos los números y ovacionando las situaciones cómicas de la obra.

La jornada fué, como decimos, triunfal para el gran compositor vasco.

Una ilustre personalidad decía al terminar el estreno:

—Cada cinco o seis años surge una obra maestra del teatro lírico español. Ahora, con "El Caserio", le ha tocado el turno a Vasconia. "Las Gondrinas", "Doña Francisquita". Y ahora "El Caserio"...

Todos los críticos y amateurs del arte musical, sin reservas de ninguna clase, elogian la música y el libreto de "El Caserio" y felicitan con vehemencia sinceridad a sus autores, después de caer definitivamente el telón.

La interpretación de la obra fué bastante buena.

La tiple Felisa Herrero, el barítono Lloret y el tenor Cayetano Peñalver se hicieron aplaudir.

En cuanto a exactitud en la caracterización de tipos vascos, sólo merecen elogios la señora Galindo y el señor Palacios.

Para este actor hubo, en el tercer acto, una ovación cerrada y unánime, como premio a su labor en toda la obra.

El señor Palacios hizo un primoroso "jebo", utilizando para caracterizarse, según nos dijeron, uno de esos muñecos que se venden en la carrera de San Jerónimo.

La orquesta, dirigida por don Emilio Acevedo, mereció muchos aplausos.

También fué muy elogiado el decorado de Eloy Garay.

Una prueba evidente de la autenticidad del éxito grandioso de la obra de Guridi es un episodio ocurrido al final de la representación. Actrices y actores, admiradores y amigos, críticos y "amateurs", confundidos con los operarios del teatro, irrumpieron en el escenario, aclamando y abrazando a Jesús Guridi.

Después, en la calle, un numeroso grupo que constituía una verdadera manifestación, siguió al insigne compositor vasco, tributándole enormes ovaciones y prodigándole vítores y aclamaciones.

OPINIONES DE LA PRENSA SOBRE LA OBRA VASCA "EL CASERIO"

Madrid.—Toda la Prensa madrileña se dedica hoy a comentar en términos muy entusiásticos y con una extensión enorme el resonante e indiscutible triunfo obtenido por nuestro paisano Guridi, y por los libretistas Romero y Fernández Shaw con su estreno de "El caserio".

He aquí algunas opiniones de los diarios cortesanos:

"LA LIBERTAD"

El crítico de este periódico dice, entre otras cosas:

"Hay ya teatro lírico nacional. Y podemos decir a gritos, para que lo oigan los más sordos, que el esfuerzo no ha sido valdío y que en estos años de crisis para la zarzuela

española, hemos tenido la buena suerte de conocer una obra que nos libra en mucho del principio de creer que se había agostado para siempre nuestro venero lírico.

Después de "Doña Francisquita", y hasta me atrevería a decir, sin dañar a Vives, que antes, no encuentro nada parecido en el teatro de estos últimos años.

Guridi es un técnico formidable. Tiene lo mejor que puede tener, una fantasía rica, un excelente oído y una claridad en las concepciones, verdaderamente asombrosa."

Del libro, dice:

"Si es verdad que hay premios en la Academia y que éstos se dan de verdad al mérito, que no vailen en dárselos a Romero y Fernández Shaw. Es lo mejor que en la zarzuela española se ha hecho desde hace más de veinte años.

Fíjase bien, que hablo de la Zarzuela española."

"EL SOCIALISTA"

El crítico de este periódico, señor Núñez, dice:

"Fué terminante el triunfo; en toda la línea, colosal, manifestándose el estado técnico del maestro en una orquestación excelente, de sonoridades sublimes, apacibles, tranquilas, delicadas o llenas de vigor, según los matices, de una tan elevada inspiración, que nos sumió en un completo arrobamiento."

Del libro, dice:

"En el caso de ahora han demostrado los autores que conocen a perfección su oficio, y con su trabajo han dado lugar a que el músico borde trozos de vida vasca."

"A B C"

Luis Gabaldón, en este periódico, dice:

"Ayer le fué rendido en la Zarzuela un cálido homenaje al maestro Guridi."

Debemos felicitarlos de que un compositor de su talla se haya decidido a colaborar tan activamente en el renacimiento de la lírica nacional.

Guridi, con segura intuición ha bebido en las claras linfas populares para dar a su obra el carácter, ambiente y tono adecuados a su expresión racial.

Para ello ha buscado como motivos el zortico y en algunos otros momentos el aurresku."

Del libro, dice:

Romero y Fernández Shaw han hecho que el ambiente vasco haya reaparecido en un modo tan pintoresco, que solamente del malo grado Manolo Arana podían esperarse."

Creemos que este es el mayor elogio que del libro puede hacerse."

"EL LIBERAL"

El crítico de este periódico dice:

"Guridi, voló por su cuenta, libre de trabas, en el preludio del segundo acto, que fué cuando con su música nos hizo evocar

las escenas notamente vascas que antes vivíamos."

El compositor de amplios horizontes, el de los poemas sinfónicos y orquestación exuberante, es digno de mantenerse fiel y sencillo al homenaje de admiración, y encerrado en el ambiente patriarcal y de inocencia de "El Caserio".

Acerca de los libretistas, dice que pueden estar satisfechos de su labor, que es—dice—no solamente lo mejor de cuanto ha producido su feliz colaboración, sino acaso, y sin acaso, el mejor libro de la zarzuela que hemos aplaudido en los escenarios madrileños.

"EL SOL"

Este periódico dice:

"En la obra de Guridi hay un doble verismo."

Esta dualidad es la característica principal.

Después de dedicar párrafos de gran elogio al maestro Guridi, termina diciendo:

Cuatro horas en la región vasca y que se sorpotan con interés y sin cansancio, son el mejor elogio."

"EL DEBATE"

Por último el crítico de "El Debate" dice que en "El Caserio" vibra el alma vasca, sin estridencias, con técnica perfecta y sabiamente empleada.

Ya es hora—agrega—de desistir del tópico de que cuando el público no entiende jota de lo que vé, es una obra que tiene mucha técnica."

Guridi hace cantar el alma de su país.

Destaca principalmente el dúo magnífico del primer acto y el preludio del segundo.

Acerca de la labor de los libretistas, dice que "El Caserio" es lo mejor que han hecho."

"El hervi'u" (Biltan) 15-XI-926

¡Enhorabuena maestro Guridi!

No somos vascos, pero convivimos entre ellos y tenemos la suerte de honrarnos con la amistad de muchos y ya es sabido que el vasco cuando dice que es amigo, lo es de verdad o no lo dice.

Por ello, nos alegra muy de veras el alborozo de los que nos rodean, por el éxito rotundo, definitivo, del maestro Guridi y muy de corazón nos asociamos a su alegría.

Jesús Guridi merecía el homenaje que Madrid le ha hecho, porque el gran compositor ha incorporado al teatro lírico nacional una gran obra más, una zarzuela inspirada en moti-

vos populares, sin "fox" ni "charleston", como corresponde a quien, por ser artista, ha sabido beber en las caudalosas y limpias aguas populares, que los "aurreskus" encanagan con lo exótico.

"Retablo de Talía", venido al periódico para exaltar cuanto se produce en la escena española con arreglo al arte, se regocija hoy de que un español dilecto, mejor dicho, dos españoles—porque Eloy Garay también ha triunfado—hayan hecho la buena obra de que el insoponible "charleston" calle y suenen por toda España los aires dulces del zortico vasco y del popular "aurresku".

¡Ave, maestro Guridi! El modesto Maese Pedro de este retablo te felicita y te abraza.

F. G.

"El caserío bilbaíno" 12-XI-926.

MADRID

EL ESTRENO DE LA OBRA DE GURIDI, "EL CASERIO", HA CONSTITUIDO EN MADRID UN GRAN EXITO. —

EL ESTRENO DE "EL CASERIO" CONSTITUYE UN CLAMOROSO EXITO

A las cinco de la tarde empezó en el Teatro de la Zarzuela el estreno de "El Caserío".

Es la primera aplicación del nuevo horario en los teatros.

Bajo la marquesina del popular coliseo se detienen los autos, agolpándose el público como en los días de grandes solemnidades artísticas.

Lluéve copiosamente y aparece la taquilla cerrada, con el consabido cartel de "No hay billetes".

En el vestíbulo estrechamos manos de gente conocida. Corrillos de músicos se confunden con los de autores, literatos, periodistas y artistas, y los pronósticos no pueden ser más halagüeños para el gran músico Guridi y sus afamados colaboradores, Romero y Fernández Shaw, que tantos laureles conquistaron con el libro de "Doña Francisquita".

Toda la colonia vasca se ha dado cita para deleitarse con la música regional, llevada al pentágono por Guridi.

Cruzan sonrientes hacia los palcos los presidentes de las Diputaciones vascas, con todo su séquito de técnicos.

—Hoy sí que es un gran día de concierto—nos dice, bromeando, uno de los más distinguidos técnicos.

—Y sin contrincante que estropee la sinfonía—, le contestamos.

Al paso del señor Sánchez Guerra se descubren sus amigos.

En el palco del Gobierno se hallan los ministros de Marina y del Trabajo.

A las cinco en punto la sala presenta un aspecto brillantísimo, con el ambiente agradable del público heterogéneo de los estrenos.

En plateas, palcos y butacas hay racimos de bellas mujeres.

El caserío de la comedia lírica de Guridi se halla, por las trazas, enclavado entre Vizcaya y Guipúzcoa, por Elgoibar, en una aldea imaginaria que los autores llaman Arrigorri.

Con el gracioso aire del chistu y el tamboril, en una bella melodía preliminar, que sirve de "leit-motif" a lo largo de toda la obra, nos preparamos, no sin emoción, a escuchar, entre un público predominantemente inteligente, los ritmos de esa tierra.

Un recuerdo a "Mendi-Mendiyan", fugaz, porque el telón se alza ante nosotros y nos ofrece un nebuloso panorama vascongado.

Hacer un libro de zarzuela para un músico de tan brillante historial y tan caracterizado por sus melodías vascas, como Guridi, es, sin duda, empresa difícil; pero la dificultad debe ser aún mayor para dos escritores castellanos como Fernández Shaw y Romero, autores de la famosa "Doña Francisquita".

¿Cómo han logrado su empeño!

Tipos y costumbres vascas, escenas de ambiente, danzas, procesión, etcétera, han sido recogidos por los autores con un certero sentido sintético, sorteando el peligro de lo barroco y abigarrado e hilvanando así una fácil historia de amor. Han tenido, sobre todo, en cuenta, no ya el ambiente sino también el carácter, a la vez avisado e ingenioso de los aldeanos vascos.

Por como se desenvuelve la intriga amorosa, "El Caserío" es típicamente vasco y si a ésto se añade la feliz realización plástica de colorido y ambiente, no hay duda de que nos encontramos ante una obra que aprobaría el más severo censor de las costumbres del país vasco.

No hay ningún trazo grueso de caricatura, ni se advierte en el transcurso de los tres largos actos ninguna nota que no responda al propósito de fidelidad y cariño a Vasconia.

Fernández Shaw y Romero han acertado plenamente y las largas temporadas que han pasado en tierras vascas han sido felizmente aprovechadas por su talento de observadores.

La trama de "El Caserío" tiene cierta poesía de añoranzas.

El viejo Santi, rico propietario, fué en su mocedad presa de un amor imposible.

Con los años, muerta en América la amada, reverdece ese amor en la hija de aquélla, Ana Mari.

Santi quisiera dejar a la indiana Ana Mari su fortuna y quisiera casarla con el pelotari José Miguel, su sobrino, pero el pelotari, famoso en Bilbao y en toda Vasconia, lleva en la capital una vida depravada.

Hombre de "cabaret", hombre de ciudad, ostentoso y adinerado, anda entre gente de crápula y vicio.

Se casaría con la indiana al oler del capital del tío Santi y luego la dejaría abandonada.

Y el viejo, en pacto con el cura del pueblo, decide casarse con Ana Mari. Así podrá heredar su fortuna.

Las vicisitudes de este amor prestan a los tres actos de la obra motivos gráficos y líricos, que los libretistas explotan certeramente.

Al cabo, la indiana y el pelotari se casarán, con la aprobación benevolente del tío Santi.

Los primeros compases de la partitura de Guridi provocan en el público un entusiasmo excepcional, que luego fué en crescendo y llegó al desbordamiento al final del primer acto. Y así se mantuvo hasta última hora.

Para Guridi, la jornada de esta tarde ha sido la consagración definitiva.

Entre aclamaciones y aplausos, hubo de aparecer en escena a la terminación de casi todos los números, emocionado por el triunfo y las aclamaciones.

Sin apartarse nunca de los motivos temáticos de carácter vasco, donde el chistu y el tamboril, los viejos aires de zortzico y aurreku acentúan el ritmo insinuante y apasionado. Guridi ha compuesto una magnífica partitura, original y de una gran riqueza de melodías.

Hay trozos de un lirismo cálido y de una insuperable elegancia sinfónica.

De cuando en cuando un jugoso motivo humorístico contrasta con la severa belleza de toda la partitura.

El preludio del segundo acto es una pieza de concierto que bastaría a consagrar a cualquier compositor. Fué acogida su terminación con el público puesto en pie y se repitió, volviendo los aplausos a obligar a salir al maestro Guridi.

Se repitieron muchos números y todos, sin excepción, fueron subrayados con ovaciones entusiastas.

En el primer acto, un duo de tiple y tenor, una romanza de barítono y un gracioso aire de romanza vasca, fueron celebrados y aplaudidos.

El acto segundo, que es, a nuestro juicio, el más rico en colorido, con su procesión, tiene una mayor profusión de melodías de la tierra.

Salen allí los espatadantzaris y se baila un aurreku con rara maestría.

Es el acto más movido, más alegre y más teatral.

En el tercero, sobresalen un número muy gracioso que fué repetido y una hermosa romanza de barítono.

Fué, en suma, como decimos una jornada de triunfo para el gran compositor vasco.

El maestro Arbós decía en uno de los entreactos:

—Cada cinco o seis años surge una obra maestra como "El Caserío". Le ha tocado el turno a Vasconia. "Doña Francisquita"... "El Caserío"...

Sin excepción, todos, críticos y público, elogian sin reserva el libre y la música de "El Caserío".

Guridi, Fernández Shaw y Romero, reciben felicitaciones de autores, periodistas y admiradores.

La interpretación ha sido bastante fiel.

La admirable tiple Felisa Herrero, el barítono Llorent, enfermo hasta anoche y Peñalver, se hicieron aplaudir.

En cuanto a la exactitud en la encarnación de los tipos vascos, sólo merecen elogios sinceros la señora Galinde y el señor Palacios. Para el último, los aplausos en todos los actos y una ovación cerrada, unánime, en el tercero, fueron el premio a su labor de toda la obra.

El señor Palacios, que hizo un primoroso "jebe", utilizó para su caracterización uno de esos muñecos que se venden en las tiendas de la Carrera de San Jerónimo.

La orquesta, admirablemente dirigida por el maestro Emilio Acevedo, fué muy aplaudida.

También es de elogiar el decorado, debido al pincel del afamado escenógrafo bilbaíno, Eloy Garay.

En todos los entreactos cambiamos impresiones con los críticos musicales más afamados y los más eminentes actores, y como la coincidencia ha sido unánime en el elogio y se han prodigado los adjetivos más contundentes, elevando en justicia a Guridi a la cabeza de los compositores líricos españoles y calificándole de verdadera artífice de la instrumentación, nos pareció ocioso recoger fragmentariamente unas opiniones que, publicadas íntegramente, cubrirían de gloria al formidable músico vascongado.

La interpretación de la obra, a causa de las numerosas repeticiones, duró cuatro horas.

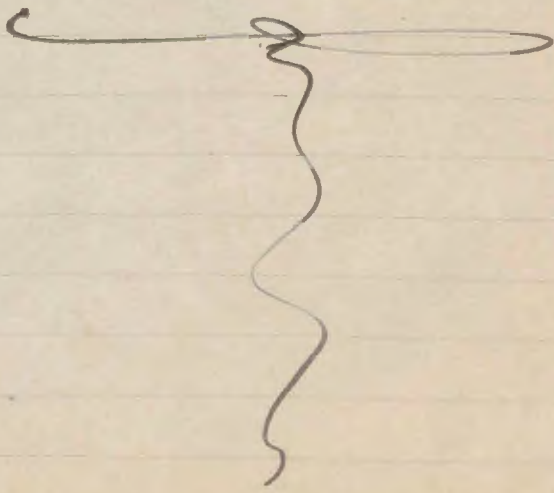
A nuestro juicio, lo mejor de la partitura es el preludio sinfónico del segundo acto, matizado de aires típicos del país vasco, ligados técnicamente en un alarde de sonoridades de muy difícil y rica orquestación.

Hay también algunos números cómicos, entre ellos un dúo de versularis que causa un efecto verdaderamente admirable.

En resumen: "El Caserío" es obra que ha de recorrer triunfalmente, y en poco tiempo, todos los escenarios de España y de la América latina.

En el momento de terminar la representación de "El Caserío" y bajarse el telón por última vez, después de las ovaciones del público, todos los artistas, empresarios y personal del teatro rompieron en ovaciones dentro del escenario, irrumpiendo en él autores, críticos y paisanos de Guridi, abrazando y felicitando a éste con entusiasmo.

En la calle se organizó una nutrida manifestación, que acompañó al victorioso músico y que recordaba aquellas que se organizaban a continuación de los grandes éxitos teatrales del siglo pasado.



Ante el estreno de "El caserío"

Ayer se verificó el ensayo
general con gran éxito

Lo que dice el maestro Acevedo

UNA CRONICA DE "EL SOL"

Madrid, 11, 4 m.

El periódico "El Sol" publicará mañana una crónica del crítico musical señor Salazar sobre el estreno de "El Caserío".

En ella hace historia de la significación y vida musical del maestro Guridi, recordando el éxito alcanzado por dicho maestro en autenticas obras, lo cual hace esperar una gran acogida al estreno de mañana.

EXPECTACION ANTE EL ESTRENO

Todos los indicios acusan una enorme expectación por el estreno de "El Caserío".

Una prueba de ello es que todos los periódicos han designado para la crítica del estreno de esta zarzuela no a sus críticos teatrales, sino a sus críticos de ópera.

La importancia que la empresa concede a la obra es también muy grande, pues no ha omitido gasto de ningún género.

EL DECORADO

El decorado de la obra "El Caserío" es realmente precioso y quienes lo han visto no ocultan sus elogios.

La decoración del primer acto representa un paisaje vasco; la del segundo, la plaza de una aldea de Vizcaya, viéndose al fondo la iglesia, y la del tercero, el interior de un caserío.

Destaca por su belleza la última, que es de un efecto maravilloso.

EL VESTUARIO Y LA ORQUESTA

El vestuario ha sido hecho con la mayor propiedad posible.

La orquesta está formada con elementos de la Sinfónica, de la Banda Municipal y de cuanto hay de más notable en Madrid.

Es muy numerosa y todo está preparado en forma que no se escapa el menor detalle.

MANIFESTACIONES DE GURIDI

He hablado con el señor Guridi un momento antes de empezar el ensayo.

Este comenzó a las diez de la noche y ha terminado después de las tres de la madrugada.

El señor Guridi se mostraba satisfechísimo en cuanto a los elementos artísticos, y, sobre, todo del director de orquesta, maestro Acevedo.

Ha dicho que todos sin excepción han trabajado con un entusiasmo que nunca agradecerá bastante y que el señor Acevedo dirige con un gusto exquisito y compenetrado con la partitura de una manera admirable.

LO QUE DICE EL DIRECTOR DE LA ORQUESTA

He hablado también con el maestro Acevedo y me ha dicho que la obra es formidablemente seria.

Creo que si todos los maestros españoles siguieran esta labor de cultura —añadió— no tendría las proporciones alarmantes que tiene hoy ese género lírico que ha prostituido el arte. Con poner obras así se conseguiría en poquísimo tiempo que el público español tuviera la cultura artística que tienen los de otros países.

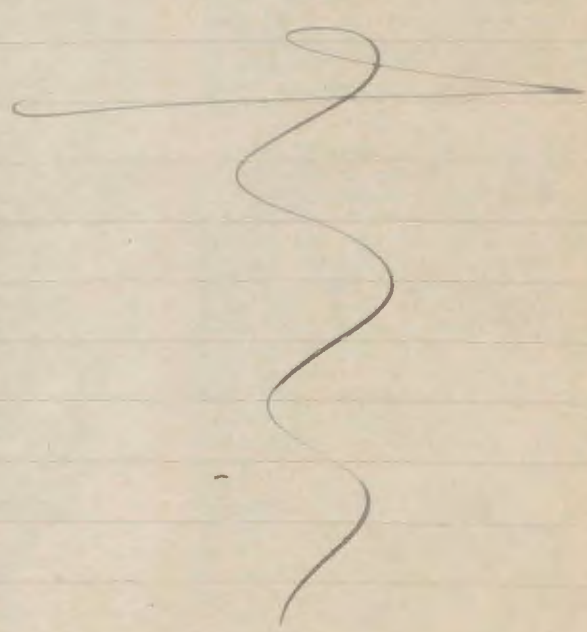
De mí sé decirle a usted —prosiguió—, que ésta es acaso la obra que más a gusto he dirigido en mi ya larga vida musical. Es de una honradez sin límites, y al servicio de esa honradez he puesto todo lo que valgo y todo lo que puedo.

EL ENSAYO GENERAL

El ensayo general de "El caserío" ha empezado a las diez de la noche y terminó a las tres de la madrugada. Asistió numerosa concurrencia de músicos, literatos y otras personalidades.

Ha sido un gran éxito. Todos los números fueron celebradísimos. Hay uno, llamado "del versolari", de factura delicadísima y pleno de gracia, que produjo honda emoción.

Esta obra se despegue de las anteriores de Guridi, y esto ha de sorprender al auditorio, pero, en su género, es notabilísima.



"Pueble Vasco" (Bilbao) 12-XI-1926.

El estreno de "El caserío" verificado ayer en Madrid, constituyó un éxito sin precedentes

El triunfo de Guridi fué clamoroso.—Los críticos musicales consideran que su partitura es un regalo como no se había recibido otro hace muchos años

Asimismo Romero y Fernández Shaw, han hecho un libro estimado como el mejor y más lírico de estos tiempos

La representación transcurrió en medio de continuas y ruidosas ovaciones

Guridi según Salazar

Madrid, 11, 12 n.

El ilustre crítico musical de "El Sol", don Adolfo Salazar, se ocupa hoy de Guridi en los siguientes términos:

"Pasa sin transición el gran compositor vasco Jesús Guridi, desde la escena del Teatro Real al de la Zarzuela. Después del éxito decisivo para su carrera y para su nombradía, ese tránsito es la mejor prueba del criterio que acerca de lo que es la "zarzuela" española y de lo que debe ser sustentan los compositores españoles de primera categoría. No de otro modo puede restituirse este género lírico de tan rancia estirpe nacional al decoro de que siempre había ido acompañado, aun cuando buscarse para llegar a un público humilde procedimientos de una modestia semejante. La necesidad de que nuestros compositores más eminentes cultiven esta parcela de la gran heredad artística que nos ha legado la historia, se hace sentir tanto más vivamente cuanto con mayor generosidad corresponde nuestro suelo al interés que se pone en labrarla. Por inadmisibles paradojas, la zarzuela, género inagotable en recursos, y el que mejor recompensa el trabajo que se le dedica, ha ido descendiendo a los más ineptos conforme se mostraba más pródiga en resultados. Su vertiginosa caída experimentada en estos últimos años, iba acompañada de un industrialismo frenético que apartaba de la realidad de la escena a los compositores de valía en la misma medida que éstos se sentían cada vez más alejados de los procedimientos, de extrema ruindad, a que se sometía ese género, tan digno en otro tiempo aún no lejano.

Autores y empresarios, en colusión, eran los responsables a partes iguales. Y si hemos censurado el hecho, menos prudente, probablemente, que mal intencionado, de que la actual temporada del teatro de la Zarzuela fuese precedida de unas declaraciones intempestivas, no hemos de escatimar, por la misma razón de justicia, el elogio que supone ese deseo de descombrar la escena lírica, del cual es un gran paso el estreno de la nueva obra de Guridi.

Un buen músico y un buen teatro aparecen, pues, en este instante en colaboración para comenzar ese trabajo de restituir a la "zarzuela" a su tradicional prestigio. El hecho merece consignarse y aplaudirse, pero a condición de que no sea un hecho aislado, porque de otro modo será fácil llamarse a engaño y pensar que todos esos proyectos no son más que un disimulo y un vistoso telón que oculte la consabida tramoya.

Bien está este principio: por lo que a Guridi se refiere, en primer lugar, y después, por ser simplemente un principio. Pero que no sea, a la vez, principio y fin. Las tablas de nuestros teatros líricos, y más cuanto más empingorotados, están podridas a fuerza de buenas intenciones, de las que sólo se ve la cara de las muchas promesas y de las muchas palabras. Por nuestra admiración hacia el joven músico vasco deseamos que el estreno de esta tarde sea un éxito grandioso. Y, después, para que ese éxito haga inexcusable, indisculpable el quedarse parados apenas comenzado el camino.

Jesús Guridi no necesita que se le presente al público madrileño ni a ningún público español. Su renombre en nuestro país va vinculado a un concepto de dignidad y de alto decoro en su concepto del arte y a una imaginación fecunda, a la par que fácil y asequible a todas las capacidades. Finamente poético, su arte prefiere, casi siempre, la nota suave, plácida, con un leve tinte nostálgico; pero sabe, cuando las circunstancias lo exigen, ser robusto y fuerte, y en "Amaya" o en "Una aventura de Don Quijote" lo ha demostrado. Quizá el talento eminente en Guridi es su habilidad de paisajista musical. El paisaje campestre, el matiz que en él ponen las horas y el curso de las estaciones, es, para ese músico vasco, un inagotable reservorio de inspiración, de emociones cuya transcripción sonora no tiene necesidad de disimularse bajo alguno de los aspectos que imponen al arte las modas en la técnica o en los estilos de expresión. Guridi es tanto mejor músico y tanto más artista cuanto más llano y espontáneo es su discurso, y cuanto más

cerca esta su sentimiento del alma popular. Por eso "Mirentxu" es todavía, a pesar de ser una obra de juventud, la obra más "sustantiva" de Guridi, la más representativa de su talento y de su capacidad expresiva.

Al lado de esa linda ópera popular, sus obras corales le guardan, probablemente mejor que otra alguna, la recompensa de conservar

su nombre en el porvenir. Si sus "poemas sinfónicos", en efecto, no fuesen—mera suposición—más que amplias páginas destinadas a conquistarle un puesto notorio entre sus contemporáneos, sus obras corales conservarían vivo un nombre que aquellas otras obras, de más poderoso aliento, no habrían sabido, tal vez, mantener con la misma jugosidad y frescura de emoción.

El estreno

(IMPRESION DE NUESTRO CORRESPONSAL)

Madrid, 11, 9 n.

Esta tarde se ha verificado el estreno de la zarzuela "El Caserio", letra de Fernández Shaw y Romero, y música del maestro Guridi.

Hace mucho tiempo que no había despertado ningún estreno la emoción y la expectación que éste. Desde anteaño se habían agotado las localidades y el teatro estaba esta tarde imponente y brillantísimo. Allí se hallaba todo lo más saliente en música, literatura y aristocracia madrileña, bastantes políticos, entre ellos el señor Sánchez Guerra, y numerosos vascos, aunque no predominan éstos, porque la enorme cabida del teatro dejaba sitio sobrado para el público madrileño.

Saludé entre otros, al marqués de Arriluce de Ibarra y al senador vitalicio señor Gandarias.

Como nuestra misión no es de crítica, hemos asistido al estreno como meros periodistas y en primer lugar hemos acudido a saludar a los autores. Los del libro se hallaban algún tanto nerviosos y expresaban a Guridi la esperanza de que la música salvaría a la obra. Guridi permanecía tan tranquilo y sosegado que nadie sospecharía por su aspecto que era un autor en capilla. Guridi se negó a dar impresión alguna, contestando a todas las preguntas con un "Ya veremos, ya veremos", que indicaba su temor natural. Sonaron los timbres y comenzó la obra en medio de un silencio de gran solemnidad.

A las primeras notas del preludio se extendió por toda la sala un murmullo de aprobación, que fué siseado por los que querían escuchar sin ser molestados. El preludio enlaza con otro número, en el que los coros cantan a lo lejos un precioso aire de zortzico. Al terminar este número sonaron los primeros aplausos. En el número siguiente, que es un dúo de tiple y tenor, la ovación fué ensordecedora y ante las insistentes llamadas del público, Guridi tuvo que salir repetidamente a escena.

Al cabo de algunas escenas habidas, que también fueron muy del agrado de la gente, vino un cuarteto cómico basado en un conocido tema vasco y la gente se desbordó ya en entusiastas aclamaciones, salidas de Guridi a escena, repetición del número y nueva ovación prolongadísima.

Más tarde viene una canción del barítono, que es un zortzico precioso. Nuevas ovaciones clamorosas y nuevas salidas del maestro.

Y seguidamente el número final, concertante, formidable, que es escuchado con verdadero arrobamiento. Al terminar se desborda el entusiasmo del público en proyecciones que emocionan. Tienen que salir a escena infinidad de veces los autores y el público pide que salga el director de orquesta y que salga el escenógrafo... Para todos hubo gloria.

Los pasillos se poblaron de gente y no se oían por todas partes más que comentarios entusiastas y frases de: "Ya era hora que se estrenase algo serio". "Este Guridi es un compositor formidable". "Es una obra maravillosa", etcétera, etc.

Entramos al escenario seguidamente. Los autores de la letra estaban ya completamente tranquilos. No había ya duda del éxito rotundo de la obra. Guridi aceptaba las enhorabuenas y los abrazos que le daban de todas partes. No se podía dar un paso en los pasillos que conducen al escenario y todos felicitaban a los autores y a la empresa.

Comenzó el segundo acto, observándose en el público cada vez mayor interés. La orquesta, que es verdaderamente notable por los elementos que la integran, todos de calidad, interpretó de una manera acabada un preludio compuesto sobre aires populares vascos con un solo de chistulari. Uno de los temas del preludio es "La albrada de San Juan". Al terminar el número sonó una ovación mayor aun que todas las anteriores. Guridi tiene que salir y entonces los aplausos y las aclamaciones llegan al delirio. En medio de aquel delirio el director de orquesta or-

denó a instancias del público la repetición del preludio. Al final se reprodujeron las ovaciones y los aplausos fueron tales, que no solo salió Guridi, sino que se obligó a la orquesta a levantarse y a recibir en pie una ovación que duró varios minutos.

Se levanta el telón y sigue la obra entre el agrado general de la concurrencia, que celebra con grandes risotadas las situaciones cómicas y los chistes del libro. Viene un número en el que bailan unos espatadantzaris. Más ovaciones. Se repite el número. Los aplausos se renuevan con mayor entusiasmo aun más tarde en un dúo breve, pero lleno de delicadeza y de riqueza musical, entre barítono y tiple.

Más tarde viene un número que produjo gran impresión en el público. Es una escena en la que dos versolaris (el tenor y el actor cómico) se disparan con una música de tema popular una colección de versos. La ovación dura largo rato y hay nuevas salidas de Guridi, con repetición del número, accediendo a los gritos de "bis" "bis" que se oyen por todas partes. El número final en el que intervienen las principales partes y los coros, es premiado con tales ovaciones, que la cortina sube y baja infinidad de veces, para dar paso a los afortunados autores y recibir un homenaje inenarrable de admiración.

Volvemos a entrar en el escenario. Allí, rodeado por un corro de literatos, y rojo por la emoción, lleva la voz cantante don Pedro Muñoz Seca. Hace muchos años, muchos—dice—que no se ha escrito un libro de zarzuela como és-

te. La escena de los versolaris es de lo más acertado que he visto, teatralísima, llena de novedad y de gracia. De la música nada he de decir, porque las ovaciones han dicho ya bastante... Pero ese libro vale cualquier cosa.

A lo largo de un pasillo se ve al señor Sánchez Guerra que, seguido de algunos amigos, entra preguntando por el maestro Guridi. Este se halla materialmente aprisionado por un grupo numerosísimo de gentes que le estruja, abrazándole y dándole apretones de manos. Esta escena se reproduce con los autores de la letra en otros corros. Aquello es un hervidero. Pablo Luna va de un sitio a otro, recibiendo también enhorabuenas y diciendo que es una obra excepcional, por lo admirablemente que Guridi ha sabido plasmar en moldes elevados los motivos más populares. A duras penas conseguimos hablar un momento con Guridi. Ahora ya creo en el éxito—mos dice—sin que se advierta en su cara una fuerte emoción.

Suenan los timbres, el público vuelve a sus asientos y se representa el tercer acto, que no detallamos por no hacer interminable esta reseña. Baste decir que fueron aplaudidos todos los números de música y que con ocasión de algún chiste el público prorrumpió en una ovación cerrada, cosa poco corriente en obras de este género. Finalizada la obra se repitieron las aclamaciones y las salidas a escena e irrumpieron en el escenario y en los pasillos centenares de amigos y admiradores de Guridi y las enhorabuenas y abrazos duraron hasta las nueve y media de la noche, a cuya hora salían los autores del teatro, desde las cinco de la tarde en que había comenzado la representación.

Lo que los críticos han dicho a nuestro corresponsal

Queda hecha la reseña puramente reporteril o periodística del estreno. Para poder transmitir a ustedes una impresión crítica busco a los críticos musicales, y a pesar de las enormes dificultades conque por la aglomeración se tropezaba, logramos que nos diesen sus opiniones. He aquí algunas de ellas:

De Serafín Adame, crítico de "La Nación":

"El caserío" es la demostración palpable de que los músicos sinfónicos saben hacer obras populares contra lo que cree el vulgo necio. Prodigiosa de melodía, de instrumentación, de gracia y de sentimiento, esta partitura del ilustre Guridi es un regalo como no habíamos recibido otro desde hace muchos años los buenos melómanos madrileños. Y no olvidemos otros aciertos (todo fué acierto esta tarde), entre los que sobresalen los que Romeo y Fernández Shaw han acumulado en el libro mejor, el más lírico de estos tiempos."

De Larios de Medrano, en "El Liberal":

"Estoy entusiasmado. Hace mucho tiempo que no se estrenaba una obra así. Ya sabía yo que siendo Guridi el autor de la obra tenía que ser una gran cosa; pero no sospechaba los límites a que Guridi podía llegar manejando temas populares para ennoblecerlos y enriquecerlos con su arte magistral. Guridi es ya desde hoy, uno de los primeros músicos españoles. Este extremo marca un momento, lo que se llama un momento, en la zarzuela española. Dios quiera que los autores sigan por este camino."

De Floridor, de "A B C":

"Guridi ha sabido verter con aristocrática elegancia la música popular, haciéndonos sentir toda la fuerza y vibración de su expresivo carácter."

De Antonio de la Villa, de "La Libertad":

"El caserío" constituye el suceso teatral no ya de este año, sino de algunos a esta parte. Guridi ha señalado el camino, y el que señala un camino, es un creador. Por eso Guridi (que ya gozaba de gran prestigio por sus obras anteriores), se ha colocado ahora a la cabeza de los compositores españoles. Tiene "El caserío" lo mejor que una obra puede tener, esto es, ambiente. Es una obra de costumbres con tanta pureza adaptada, que difícilmente se ha llevado ninguna otra con tanta fidelidad al Teatro. Los libretistas, pues, han hecho una labor incommensurable. Pero Guridi, saturado del espíritu de su tierra ha sabido recogerlo y ofrecérselo al público mostrándose como un gran maestro en el arte de hacer teatro. Esto no es extraordinario. Juan Belmonte, en su iniciación del torero, supo dar una pauta, un camino nuevo, cuando apenas había vestido dos veces el traje de luces. A Guridi no le faltaba tampoco práctica ni necesitaba aprender vicarías teatrales. Le bastaba que le ofreciesen situaciones teatrales. El éxito de "El caserío" es solamente comparable con el que obtuvo hace años "Doña Francisquita", superándole en algunos momentos."

MIRADOR BILBAINO

—: :— AYER... —: :—

El éxito clamoroso de la nueva zarzuela de Guridi fué objeto de animados comentarios. El autor de "El caserío" debió recibir un sin número de telefonemas y telegramas de felicitación, a juzgar por el entusiasmo de sus amigos y admiradores bilbaínos.

La noticia de la muerte de don Juan Carlos de Gortázar causó general sentimiento en la villa, pues era el finado muy estimado por todos los que le conocían, que puede decirse era "todo Bilbao".

Fuéron interesantes unas manifestaciones del presidente interino de la Diputación, señor Muñoz acerca de las relaciones entre esta y los Municipios vizcaínos, y muy en especial, con el de Bilbao.

Al Gobierno civil continuaron llegando nuevas suscripciones para los damnificados de Cuba y el monumento al marqués de Estella, en Jerez, procedentes de varios Ayuntamientos de la provincia.

El estado atmosférico, discretísimo.

EL ÉXITO DE "EL CASERIO"

"El caserío" ha obtenido un rotundo triunfo que supera con mucho a los vaticinios más halagüeños que se hicieron de su estreno. Lo dice la crítica madrileña, que con rarísima unanimidad, prodiga los más encomiásticos elogios a la obra; y lo confirman las impresiones, recogidas por los corresponsales de la Prensa local y del público que asistió a la primera representación de dicha zarzuela. Esto, sin contar las opiniones particulares de muchos bilbaínos, que tuvieron la suerte de sumar sus aplausos y vítores a las resonantes aclamaciones que en honor de los autores sonaron en la sala de la Zarzuela la tarde del jueves, opiniones que coinciden plenamente con las informaciones periódicas publicadas.

Para el país vascongado es una honra éste éxito de "El caserío". Tanto por la aureola popular que rodea la figura del maestro Guridi, como por la significación del ambiente de la obra que hasta la fecha no había sido llevado con acierto por ningún libretista. Los señores Fernández Shaw y Romero han logrado realizar lo que para otros venía siendo una quimera. El libro de "El caserío", según los críticos más autorizados y los autores de más prestigio popular, reúne todas las características esenciales de la zarzuela clásica. Pero, con una particularidad que acrecienta su mérito literario. Y esta es fácil vislumbrarla. En lugar de la acción, la justeza de los personajes, la gracia de los episodios totalmen-

"Pueble Vasco"

(Bilbao)

13-XI-926.

te nuevos en nuestra escena, y el sentido lírico de la fábula. Con tan excelentes materiales, el maestro Guridi pudo trabajar a gusto, sin esas sumisiones odiosas del músico a lo que otras letras menos afortunadas imponen, ni las acostumbradas limitaciones de la Empresa cuando se trata de argumentos aparatosos. El maestro Guridi, orientado hacia la música vasca por una innata atracción, ha podido acumular con la maestría que le acredita, lo más genuino de su país, que es, precisamente, lo que los grandes compositores han hecho siempre y lo que nunca les ha fallado ante el público.

Jesús Guridi ha logrado con este triunfo elevar su prestigio musical. Es decir, que lejos de suponer su paso de la ópera a la zarzuela una pérdida de su jerarquía artística, ha sido un encumbramiento que le permitirá no sólo el goce de una fama más difundida, sino también el disfrute de otras compensaciones que en el campo de la ópera son pocos menos que utópicas.

Y como todo ello nos complace íntimamente, unimos nuestras más fervientes felicitaciones a las muchas que recibe en estos momentos tan memorables de su vida, haciéndolas extensivas con igual efusión a los señores Fernández Shaw y Romero por su feliz participación en el éxito.

ESCENAS DE "EL CASERIO"



LA ESCENA DE LA PROCESION, DE LA NUEVA ZARZUELA DE GURIDI, "EL CASERIO" (Ft. Pío.)



ESCENA DE LA CANCION DEL TREBOL. CUARTETO DE FINA COMICIDAD, UNO DE LOS MAS AFORTUNADOS NUMEROS DE "EL CASERIO" Y QUE SE REPITIO ENTRE GRANDES APLAUSOS (Ft. Pío.)

"La Tarde" (Bilbao) 12-XI-926.

ESTRENO DE "EL CASERIO"

La obra del maestro Guridi constituyó una jornada gloriosa para el arte lírico

Lo que opinan los críticos musicales en la Prensa madrileña de hoy



UNA ESCENA DEL SEGUNDO ACTO DE "EL CASERIO"

Ayer tarde se estrenó en el Teatro de la Zarzuela, en Madrid, con un éxito enorme y desacomunado, la zarzuela "El caserio", musicada por el gran compositor vasco Jesús Guridi.

Desde hace mucho tiempo no se conocía emoción ni expectación como las despertadas por el anuncio de esta obra, de la que habían circulado las mejores referencias en todos los Centros donde se reúnen elementos artísticos.

En el Teatro de la Zarzuela se congregaron lo más saliente entre músicos, literatos y artistas, viéndose también muchos políticos. La representación de la colonia vasca fué nutridísima.

No se condensa en estas líneas un juicio crítico de la obra, ya que eso lo harán firmas autorizadas y técnicas, sino una relación periodística del estreno de "El caserio", que constituyó una página de las más agradables para los autores y para el arte lírico.

La representación de la obra comenzó con gran solemnidad. A poco de atacar la orquesta las primeras notas comenzó a correr por la sala un murmullo de aprobación, que fué protestado con ligeros silbidos de los que no querían desperdiciar un detalle de la obra. El preludeo admirable de ritmo y orquestación se une a un número que cantan coros lejanos en precioso aire de zortziko.

Terminó la orquesta esta primera parte y sonó la primera ovación, muy calurosa, aunque no tomó parte en ella todo el público, por reservarse los que no se dejan ganar por la primera impresión favorable.

El número siguiente, un dúo de tiple y tenor de corte bellísimo, levantó a su terminación una ovación ensordecedora y mantenida, que exigió la presencia de los autores en el escenario.

A algunas escenas muy bien teatralizadas y de gran agrado del público sigue un relato cómico, composición muy bonita, basada en un tema vasco, que terminó entre aclamaciones, haciéndose salir a Guridi y demás autores a escena y dedicándoles una ovación enorme.

El número final del primer acto es un concertante, formidable de expresión, tema y orquestación, que hizo vibrar al público, quien en ovación enorme y continuada hizo levantar el telón infinidad de veces y salir al escenario a los autores, al director de orquesta al escenógrafo y a todos los artistas que tomaron parte en la obra.

Los pasillos se llenaron de espectadores, comentándose con gran calor el triunfo de la obra, que muchos calificaban de jornada gloriosa para el arte musical. Todos eran unánimes en el elogio, y coincidían también en la opinión de que ya era hora de que se estrenara algo serio y que apartara al teatro de la ramplonería ambiente.

El segundo acto aumentó el interés del público. La orquesta, que estuvo muy bien, electrizó al público en la interpretación acabadísima de un maravilloso preludeo de aires vascos populares, con un solo de txistu magistral. Uno de los temas predominantes en este preludeo es la alborada de San Juan.

Al terminar el preludeo la ovación fué enorme, y Guridi salió nuevamente a escena a recibir los aplausos de una multitud entusiasmada. La orquesta, a la que se hizo levantar para ovacionarla también, tuvo que repetir el preludeo.

Siguió la obra con gran éxito, del que también correspondió a su parte hablada, teatralizada con gran tino y acierto en los tipos y muy bien compuesta en situaciones cómicas y chistes de buena ley.

Después otro número, con su baile de ezpata-dantz, muy movido y valiente, que fué ovacionado largamente, hubo también que bisarlo.

Se repitió la ovación clamorosa poco más tarde, en un número breve, pero lleno de originalidad y delicadeza y rico en motivos musicales, para tiple y barítono.

Viene después otro número que causó una gran impresión. Se trata de una contienda de bersolaris, interpretada por el tenor y el tenor cómico, que se disparan una serie de versos, musicados en motivos populares vascos.

La ovación duró largo rato, y tuvieron que salir de nuevo a escena Guridi y los autores de la letra repitiéndose el número.

El número final del acto, en el que intervienen todas las partes cantantes, se recibió con otra gran ovación, levantándose el telón ininidad de veces, en tanto que otros espectadores se atropellaban para llegar al escenario y felicitar a los autores.

En el tercer acto otra vez el público entusiasmado insistió en las ovaciones a cada momento, haciendo repetir varios números y festejando las situaciones cómicas de la obra.

Al terminar la representación el telón se levantó incontables veces, en medio de una ovación inacabable para todos.

Los autores recibieron ininidad de felicitaciones, y en la calle se les hizo objeto de nuevas demostraciones de simpatía.

Todas las opiniones de los críticos y maestros madrileños coincidían en reconocer que se trataba de una brillante jornada para el arte lírico.

COMENTARIOS DE LA PRENSA MADRILEÑA DE HOY

Madrid.—Los críticos teatrales de todos los periódicos madrileños dedican grandes espacios a comentar el estreno de la zarzuela "El caserío", sentando la conclusión de que se trata de un acontecimiento artístico de excepcional importancia.

Floridor, en "A B C", tiene para los autores de la nueva obra frases muy encomiásticas.

Dice que ante el merecido éxito alcanzado por Guridi, no puede menos de recordar a otro compositor vasco, de gran fibra: José María Usandizaga, arrebatado a la vida cuando prometía elevar el arte lírico a las más altas cimas de la gloria.

Adolfo Salazar, en "El Sol", dice que los músicos y libretistas han realizado con éxito el intento de restaurar el viejo arte de la zarzuela.

Añade que los personajes cómicos zarzueleros superan a los dramáticos, y esto ocurre tanto en las tablas como en la orquesta. Así sucede con la música de Guridi, que está arrancada de la realidad.

La orquestación del maestro Guridi es amplia y robusta, y los coros están tratados de manera excelente, cosa menos nueva en quien dirige con fervor y entusiasmo la Sociedad Coral de Bilbao.

Termina elogiando a los intérpretes y al escenógrafo Eloy Garay.

Joaquín Turrina, en "El Debate", dice que Guridi no se puede quejar del público madrileño, pues el estreno de su obra casi rayó en un apoteosis.

Añade que los escritores de "El caserío" son verdaderos ases de los libretistas y que su última producción quizá sea de lo mejor que han hecho.

Estima que la música hace recordar a Barbieri, a Chapí y a Chueca.

Vive en ella el alma vasca, con una

suavidad de técnica perfecta, sin complicaciones. Lo mismo que cuando hacían cantar al alma madrileña los tres maestros citados, así Guridi hace cantar el alma de su país sin recurrir al fox-trot ni al charleston.

También elogia a los intérpretes y al coro de danzantes, así como al escenógrafo Eloy Garay.

Larios de Medrano, en "El Liberal", sienta la conclusión de que "El caserío" es una preciosidad y que la música de Guridi es un encanto indefinible de ternura y de inspiración.

En suma, termina diciendo, un gran triunfo para los autores y actores.

Antonio de la Villa, en "La Libertad", dice que ya hay teatro lírico nacional.

El esfuerzo—añade—no ha resultado baldío y hemos tenido la buena suerte de conocer una obra que nos aleja la preocupación de creer agotado el venero lírico.

Jesús Guridi—agrega—es un técnico formidable, que reúne facultad constructiva y rica fantasía.

Núñez, en "El Socialista", dice que ni un solo momento se sale de la música del ambiente vasco, desarrollándose con gran acierto diversos temas populares.

Añade que Guridi conquistó un triunfo en toda la línea, porque a la sabiduría del maestro se ha unido una elevada inspiración.

Carlos Bosch, en "El Imparcial", dice que la fecha de la tarde de ayer supone un avance glorioso en la continuación del arte lírico, principalmente en su típica peculiaridad de la zarzuela.

Añade que la obra tiende a la diversidad escénica de finísima gracia costumbrista, que le da ocasión a recoger las clásicas danzas populares en el país vasco.

En cuanto al libro estima que tiene intención y que la fábula es muy interesante.

